

TIERRA DE NADIE

ANTOLOGÍA HISPANOAMERICANA DE NOIR



NOIR | GÉNERO NEGRO

PERDIGONADA

EST *Co* 2020

TIERRA DE NADIE

ANTOLOGÍA HISPANOAMERICANA DE NOIR



Primera edición: Diciembre 2021

Foto de Portada: Eric Meola

© De los autores

Publicado por:
www.perdigonada.com.ar

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

EL TRABAJO ES SAGRADO Imanol Caneyada	7
MOTO / TAXI Rodolfo Santullo	15
MÉTODO Ramona Solé	45
AGUJEROS Marc Moreno	57
DE PARTE DEL SR BROWN Carlos Salem	69
TOCOTOCOTOC Guillermo Orsi	81
EL MALIGNO Iris García Cuevas	89
EL TECHO DEL MUNDO Tato Tabernise	101
SOL Y SOMBRA Darío Zalapa	111
LA VENTANA Alicia Plante	123
CACERINA LIGERA Charlie Becerra	133
CHAQUETAS ROJAS Jerónimo García Tomás	159
HOLLYWOOD FOR EVER Cecilia Ríos	175
EL PUÑAL DE CARAVAGGIO Kike Ferrari	185

EL TRABAJO ES SAGRADO

IMANOL CANEYADA

Soy uno de los tantos dioses de esta ciudad desmembrada. Y como cualquier dios, una vez terminada la creación del mundo, me aburro eternidades. Por eso invento juegos macabros y perdones que justifiquen mi existencia. Camino las calles como una divinidad hastiada y mi libre albedrío viene dictado por el capricho. Tengo mandamientos, reglas, capillas y fiestas de guardar. Los vendedores de droga, los padrotes, las putas, los asesinos, los secuestradores y los ladrones celebran todo tipo de ritos para aplacar mi ira de niño mimado. Pero como soy un dios inconstante, cada noche reinvento los dogmas, los rezos y los cánticos. Mis feligreses viven aterrados y sus fanfarronadas poseen la medida del miedo. Algún día, uno de ellos me venderá, no por treinta monedas, sino a cambio de que su vileza supere a la mía. Todavía no llega el momento.

Camino por una calle sin nombre en busca de la cuota que religiosamente deben pagarme para poder trabajar en esa barriada al norte de la ciudad. A mi paso, las mujerzuelas buscan las sombras de los portales mientras un escalofrío les recorre el espinazo. A mi paso, los padrotes

sonríen como ancianas sin dientes y esconden el dinero que les arrebataron a sus mujeres. A mi paso, los dealers hurtan su mercancía adulterada en los cojones y practican la humildad. He llegado a la entrada del tugurio más exclusivo de la calle. Un gigante mongoloide, de corte militar, ojos de buey y sonrisa alelada (esa sonrisa que precede al sadismo) me cierra el paso. Me porto condescendiente porque adivino que no me ha reconocido. Él hace su trabajo y eso lo honra. Al abrirse la puerta, tras dos ejecutivos en traje Armani, se cuele la luz cenital del antro e ilumina mi rostro. El portero abre más si cabe sus ojos vacunos y balbucea una disculpa. Se hace a un lado y me cede el paso con un gesto reverencial. Su humildad tiene algo de eunuco. En la mano tendida y gorda, asesina y puñetera del guardia de seguridad, deposito un billete de doscientos.

Avanzo entre cuerpos aturridos por la descarga de decibeles. En una especie de templete elevado unos tres metros sobre las cabezas de los parroquianos, una pareja copula en vivo. Su disciplina gimnástica remite más a las olimpiadas que al erotismo. Salvo unos pocos clientes nuevos que babean ante el espectáculo, el resto (los habituales) contempla la piel aceitosa del par de animales con una indiferencia que se parece a la compasión. Lo demás es el anodino rito de cualquier otro congal: la posibilidad de asomarse por un instante a la inmortalidad.

Vengo en busca del dueño del negocio, un ex agente de migración que se enriqueció explotando a los ilegales en su paso hacia el norte. El prostíbulo que regentaba en algún pueblo de la frontera sur era famoso por ofrecer a precio de oro vírgenes centroamericanas no mayores de dieciséis años. En el menú también podía encontrarse niños de entre diez y doce años. La clase política y empresarial de todo el país acudía al elegante putero en medio de la selva con la garantía de una discreción más cara que el servicio mis-

mo. El tipo, Conrado Pesqueira, juntó un buen capital y se mudó a esta ciudad porque el escándalo había asomado sus narices en las páginas de los periódicos locales. El tipo piensa —envalentonado por una cartera de clientes poderosos y televisivos, públicos hombres de familia— que puede edificar templos sin despertar mi ira.

Y me he convertido en azote. En plaga y diluvio. Conrado Pesqueira lo intuye en cuanto me ve aparecer a las puertas de la oficina que tiene al fondo del local, vigilada por un guardaespaldas con facha de guardaespaldas: una caricatura. Sólo he tenido que caminar derecho hasta el gorila y encajar el cañón de la Beretta en sus huevos. No importa lo que hagas frente a estos sujetos. Lo sustancial es que en tus pupilas se acumule todo el vacío y la soledad del universo. De inmediato sabrán que estás dispuesto a apretar el gatillo. Y ninguno de ellos, lo sé mejor que nadie, suele querer morir en nombre del desgraciado que los contrata. Encuentro al tal Pesqueira sentado tras un escritorio muy barroco, muy cutre. Entre sus piernas, la cabeza de un adolescente sube y baja. Un muchachito que se tragó por primera vez una verga cuando todavía usaba uniforme de secundaria. Amanecerá muerto en un callejón antes de cumplir los dieciocho. A cambio de unos gramos de cristal, encaja por el ano cualquier objeto que el cliente desee.

Ya dije que me considero un dios, principalmente por las epifanías que me arremeten. Un iluminado de una particular genialidad. En cosa de un segundo surge ante mí la imagen como una revelación. Todo pasa muy rápido. De dos saltos me sitúo a espaldas del chico hincado. Se encuentra tan drogado que su felación parece funcionar con baterías. Conrado Pesqueira adivina tarde mis intenciones. Toma al adolescente del cabello y trata de quitárselo de encima. Yo dejo caer con fuerza el talón del pie derecho sobre la nuca del mamador. Por instinto, éste cierra las mandíbulas.

—¿Cómo se te ocurre pensar que puedes dejar de pagar?

Los aullidos del dueño del antro me obligan a gritar. El muchacho tose, escupe una mezcla de sangre y semen. El orangután que vigilaba la entrada del privado ha desaparecido. Una mancha roja se extiende a lo ancho del pantalón del propietario del club. Sigue chillando más, pero mucho más que un cerdo en el matadero.

—Mañana vendré por lo que me corresponde. Tenlo listo, hijo de tu puta madre. No soporto a la gente que no paga por el trabajo de los otros.

Abandono el antro con un deseo loco de ser carne, instinto, cópula. ¿Qué puede haber más místico? A tres cuadras, en una esquina iluminada por los ángeles, me encuentro a una puta bella como un salmo. Sus ojos grises anuncian la presencia de la muerte. Frágil, consumida por la cocaína, hace la calle como quien sueña con un jardín de rosas. Detengo un taxi. La alzo en brazos y la introduzco en el coche con el cuidado que su propio padre pondría si la encontrara en esta ciudad. Le indico al chofer la dirección del hotel de siempre. Ella recuesta la cabeza en mi hombro. Entre susurros, me pregunta si tengo coca. Sus dedos escarban en la punta que he dejado en su regazo. La minifalda de cuero descubre unos muslos no más gruesos que los brazos del taxista. Siento una peligrosa ternura cuando la puta levanta su rostro y en la punta de la nariz, una mota de polvo blanco la dibuja como un payaso. Ella sonrío idiota. Yo sonrío triste.

Una habitación de un hotel sin nombre. La noche parece un paraguas abierto a un sol que amenaza con despuntar en el oriente de la ciudad. Son las cinco de la mañana. Una mujer duerme a mi lado. Al igual que el hotel, tampoco tiene nombre. Recuerdo haberla levantado en una esquina del centro porque era barata y bella. En el contorno de sus fosas

nasales se distinguen aún destellos blancos, visibles por la pálida luz de neón que entra por la ventana. Después de haber eyaculado en su ano un par de veces, sigue siendo hermosa. Y ello es prueba infalible de belleza. De todas formas, me gustaría que se largara ya. La despierto de un codazo.

—Vete.

El fajo de billetes aletea bajo el viento que un abanico arroja sin gracia. Antes de coger, siempre pongo el dinero sobre el buró. Es una forma de establecer las reglas del juego. Imagino que ellas también prefieren el pago por adelantado. Me excita observar los billetes apilados con mimo sobre la mesa. Hace un rato tuve que concentrarme especialmente en el montón de manoseados pesos para sostener la erección. La belleza tipo heroinómana de esta puta me inhibe. Su palidez, la piel adherida a los huesos sin mediar un gramo de grasa, el brillo demencial de sus ojos grises... no es una mujer, es un fantasma que desaparece dejando un enredo de silencios.

La habitación, más vulgar que barata, tiene una cama, un buró, una cómoda y un espejo; un baño con cucarachas gordas que dejan un concierto de tripas cuando las aplasto. Orino sin fijarme si mojo el piso o la taza.

Las cinco treinta de la mañana. Demasiado temprano para caminar las calles, demasiado tarde para dormir. Por el tragaluz del baño se cuelan los destellos rojos y azules de los códigos de una patrulla. Al cabo escucho un grito. Un golpe seco y otro grito. Camino hacia la ventana del cuarto. Me asomo oculto tras una cortina raída con olor a jabón de familia numerosa. Un policía sujeta de los brazos a la mujer mientras el otro le arranca la falda de cuero. Van a violarla. Comienzo a vestirme con parsimonia. Nunca me han gustado las prisas. Las palabras obscenas de la mujer trepan por los muros ciegos de la ciudad al tiempo que, imagino, es penetrada por los agentes de la ley. Me fajo la Beretta en el cin-

to. Abandono la habitación y desciendo los tres pisos hasta la calle que recién nace al mundo. Doblo en una esquina y alcanzo el callejón donde el otro policía, el que sujetaba a la mujer, ahora se la tira. Resopla como un asqueroso cerdo. Tiembla como un asqueroso cerdo. La mujer, aprisionada por el abdomen del hombre contra el cofre de la patrulla, es un manojito de abandono. Observa obstinada un punto en el cielo amanecido, una pálida luz que lame sus ojos grises. Es hermosa, estremecedoramente hermosa, confirmo una vez más. Me acerco a los policías que ya se abrochan los pantalones. Las mandíbulas en sus rostros fatigados de eyacular, de patrullar la noche, son un arco en tensión que a duras penas mascullan palabras. A unos cuantos pasos, la mujer se acurruca entre dos tambos de basura.

—Páguenle por sus servicios, es lo justo —grito desde las sombras—. La tarifa es de mil pesos por cabeza.

—¿Y tú quién eres, pendejo? ¿Su padrote?

Fallo el disparo. En lugar de acertar en el hocico, la bala entra por el cuello. El policía se tambalea, apoya la espalda en el muro del callejón y se desliza hasta quedar sentado. No ha dejado de oprimir la herida con ambas manos, empujadas en sangre. ¿Por qué a los hombres les cuesta tanto creer que van a morir? Los ojos del policía son dos planetas negros que se extinguen a medida que se desangra. ¿Por qué este saco de mierda en uniforme agoniza sorprendido como un niño? El otro policía comete el error de desenfundar. Sólo tengo que desviar el brazo un metro a la derecha y disparar. El proyectil se aloja en el pulmón izquierdo. En unos segundos la hemorragia le impedirá respirar. Registro a los polis hasta encontrar sus carteras. La mujer, desde el nudo de brazos y piernas en que se ha convertido (un feto anciano), me contempla alucinada.

—No traen mucho dinero encima —le digo—. Entre los dos, mil quinientos pesos.

Apilo los billetes con mimo, simétricos, junto al cabello de la mujer que flota en un charco.

—Hijos de puta —susurra.

—De nada. Me molesta mucho la gente que no paga por el trabajo de los otros.

No sé si acariciar sus mejillas, tal vez su frente. Pronunciar una palabra de consuelo que nunca me enseñaron. Mejor doy media vuelta y me alejo. La ciudad ha recobrado su rostro, recuperado sus ruidos.

MOTO/TAXI

RODOLFO SANTULLO

1.

Claudio se pasó la lengua por el paladar. Sabía a tierra. Pero no a la tierra que recordaba, que su cerebro asociaba al sabor a “tierra” y que a su vez estaba integrada a los recuerdos de una infancia con veranos en la chacra de un abuelo en Piedras Blancas, sino a tierra sucia, amarga, de mal sabor. Una tierra que desde que había llegado a Ciudad del Este no podía sacarse de arriba ni, al parecer, de adentro. Una tierra rojiza, “por el alto componente en hierro” le había escuchado decir a una guía turística una vez, que se te pegaba en la ropa, en la piel, en los labios. Una tierra que cubría todo. Una tierra que se volvía un barro sangriento los días que, como hoy, una llovizna perseverante caía sin pretensiones de parar. Una tierra que se le pegaba a la moto y que oscurecía el amarillo del tanque y, de seguro, el brillante casco. Algo que, por lo general, Claudio combatía pasando un pañito que de tanto uso ya estaba tan rojo como la misma tierra, pero que hoy le venía bárbaro. Hoy la moto tenía que verse lo menos posible. Si no se veía la moto y él hacía las cosas rápido, capaz que todo terminaba bien.

Ya eran menos en la espera. Normal, eran más de las cuatro de la tarde. Con todo, seguían haciendo un ruido endemoniado, acelerando los motores, no menos de veinte motos, todas prontas para cruzar el puente cuando habilitaran el sentido. Ninguna moto llevaba pasajero a Paraguay a esta altura. Era comprensible. Era uno de los últimos cruces del día para traer a los pocos turistas y bagayeros que todavía estaban del otro lado, aquellos que se habían arriesgado a quedarse hasta el cierre de las tiendas. Los que negociaban hasta el último minuto. Los que se demoraban buscando el mejor precio. Los adictos a comprar, la gran mayoría de ellos por vez única en la ciudad paraguaya, que se habían cargado de bolsas y paquetes más allá de lo aconsejable y que todavía se tentaban ante las gritonas ofertas que los acosaban metro a metro, paso a paso en las calles del centro de la ciudad.

Claudio tenía la camiseta pegada al cuerpo por la transpiración y el calor húmedo que se le metía bajo la piel. La campera, por liviana que fuera, no ayudaba. Los gases de las motos apestaban y los motores sólo calentaban aún más el ambiente. Aceleró a la par de sus colegas, todos deseosos por poder arrancar de una vez y así, al menos unos segundos, aprovechar el viento en la cara, el aire algo más fresco al acelerar entre los autos. Autos que estaban prácticamente inmóviles, cruzando a paso de paquidermo y en no menos de tres horas un puente— Puente Internacional de la Amistad, ¡Ja!— que se hacía en veinte minutos a pie y en menos de tres en moto, sobre todo si se conducía como conducían ellos. Autos que sobrecargaban aún más el ambiente, que de tan denso era irrespirable. Conductores que habían perdido ya hasta la impaciencia y se limitaban a esperar sin expresión las horas y horas que les llevaba el cruce. Los últimos ómnibus de turistas, alguno de ellos volviendo de vacío, ya que muchos eran los turistas que preferían volver a

pie para ser recogidos por otro ómnibus del lado brasileño, abultando aún más el paso. Choferes de mirada perdida, a los que el caos del puente ya no los asombraba más.

—¡Uruguasho puto! —le gritó Matías, a tres motos de distancia, sobre la derecha de Claudio. Este respondió con una media sonrisa—. ¡El último que vuelve paga la birra!

Claudio le dijo que no con la cabeza pero Matías ya estaba planteando el mismo desafío con alguien a su otro costado. Nadie le prestaba mucha atención. Ya casi habilitaban el sentido a su favor una vez más. Faltaba poco y nada para que pasaran los veinte minutos. La causa era otro de los inútiles arreglos del puente, que lo dejaba tan sólo con una mano transitable y la disposición de cruzar de un lado para el otro por turnos. No arreglaba mucho nada. Las motos rugieron de nuevo y los turistas que pasaban por el paso peatonal se taparon las orejas y miraron con sorpresa y disgusto. A sus espaldas, el Paraná se ensombrecía con las pocas luces de una tarde sombría y mucho más nublada de lo que las haraganas gotas que caían podían representar. Por una vez, las aguas marrones no se adornaban por ningún reflejo y se veían tristes y sucias.

Claudio recordó la primera vez que cruzó el puente como chofer de una moto taxi. Hacía dos años ya. A la ida cruzó sin pasajero y fue de por sí algo demencial. Raspando los espejos laterales de los autos, impulsado a acelerar más y más por seguir el ritmo de las otras motos. Pensó que no iba a lograr llegar al otro lado. Peor fue el regreso, trayendo a un brasileño gordito y joven, con la cara chorreándole sudor, que cargaba además dos inmensas bolsas de plástico, con cuatro litros de dudoso Chivas Regal en cada una. El gordito le gritaba cosas que no entendía, en portugués, al oído. Recién casi llegando, Claudio entendió que le pedía ir más rápido. Aquel primer día como Moto Taxi en Ciudad del Este, Claudio comprendió que estaba en un lugar de locos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Va embora! —El murmullo de los choferes pasó a ser un griterío. El paso estaba a punto de habilitarse. Las motos rugieron y, sin dilación, arrancaron a toda velocidad. Claudio aceleró y dejó de pensar. De manera mecánica, su moto se puso en punta —sólo superada por Matías— y burló los autos y ómnibus que aunque daban la impresión de también haberse puesto en marcha no parecían haberse movido nada. Las motos esquivaron y avanzaron riesgosamente, en espacios mínimos, en carriles inexistentes de escasos cuarenta centímetros. El cruce no llevaba más de tres o cuatro minutos, pero durante ese tiempo el cerebro de Claudio se apagaba. Se transformaba en todo reflejos y accionar automático. Sabía que de ponerse a pensar, de darse cuenta lo peligroso que era aquello que estaba haciendo, lo demencial de los finitos que le hacía a los otros vehículos y por momentos a las otras motos que jugaban la misma carrera, la adrenalina se transformaría en miedo y parálisis. Parálisis que podía, de seguro lo haría, desembocar en accidente y muerte.

Cuando quiso acordar, ya estaba en Ciudad del Este. Dónde sus colegas giraban y ya eran asaltados por los posibles pasajeros llenos de bolsas que esperaban cruzar al otro lado en el próximo cambio de sentido, Claudio esquivó el inicio del puente y en cambio, siguió adelante. Se vio obligado a disminuir la velocidad hasta lograr tomar la avenida principal, dónde allí todos los vehículos, absolutamente todos, iban tan rápido como las motos que cruzaban el puente. Esto era así hasta que se llegaba a un punto donde, por ninguna razón en particular, el tráfico estaba trancado, amontonado sin ton ni son, y los choferes y conductores quedaban en sus lugares, chorreando sudor hasta poder volver a arrancar a todo lo que da. Claudio avanzó, entre audaz y medido, burlando las trancaderas y acelerando donde podía— casi pisando a una pareja con un niño rubio, turistas

sin duda, que se mandaron a cruzar la calle a la carrera sin mirar hacia ningún lado— hasta que en minutos dejó atrás el centro, con sus griteríos, multitudes y miles de personas amontonadas en las dudosas calles dónde las veredas apenas se distinguían del asfalto, todas cubiertas por el infaltable manto rojo húmedo y terroso. Un mar humano compuesto por turistas, a los que los tours llevaban una tarde para que pudieran arrasar con sus ahorros en el paraíso de las imitaciones sin impuestos, y bagayeros venidos de Brasil, que superaban a los primeros en una relación tres a uno. Se distinguían de los otros por las miradas profesionales y el trato regular con los vendedores. Por no tener las caras marcadas por el asombro y el miedo, también.

Alcanzaba alejarse tres cuadras de la avenida principal como para estar en otra ciudad. Tres cuadras era el límite de lo tomado por las tiendas y los negocios y luego desaparecían los carteles, las multitudes y los compradores. La otra Ciudad del Este era un sinfín de casitas bajas, derruidas, de pintura descascarada, vacías a horas tempranas, pero que ahora ya comenzaban a poblarse por personas de mirada esquiva— mirada que contempló pasar a Claudio— y andar lento. La Ciudad del Este de la tarde—noche. La Ciudad del Este que convenía esquivar.

Se detuvo frente a una casita con las paredes sin revocar. Esperó. Llovía un poco más fuerte y Claudio se estremeció bajo la campera y adentro del casco, pero fue un estremecimiento nervioso. Se seguía muriendo de calor. A los pocos minutos de no pasar nada, bajó de la moto y se acercó al muro que hacía límite de lo que hubiera sido un jardín en otro universo. Allí, en la entrada, esperó un poco más. Al rato de seguir sin pasar nada, aplaudió un par de veces, como anunciaban su presencia los vecinos allá en Piedras Blancas.

Una mujer se asomó por una ventana sin vidrios o cortinas. Al momento exacto de asomarse, sonó música de aden-

tro de la casa, una música indistinguible con un leve dejo tropical. La mujer quedó ahí, con media cabeza visible, la mirada fija en el visor oscuro del casco. Resignado, Claudio abandonó la seguridad que le daba que no le vieran la cara y lo subió.

—Me manda Elena —dijo a modo de saludo. La mujer no respondió. Nomás apretó los labios un momento y lo que se veía de su cara se transformó en un gesto pensativo.

—Vengo a buscar un paquete —insistió Claudio al cabo de otros segundos de silencio.

—Es temprano —contestó la mujer al fin. Su voz sonaba cansada, apagada.

—Me dijo que pasara antes de las cinco.

—Es temprano —repitió ella, para luego desaparecer.

Claudio se quedó ahí parado, sin saber qué hacer. Pero de repente la puerta se abrió y la mujer salió con paso rápido. Cargaba una caja embalada en papel de estraza de cuarenta por cuarenta. No parecía gran cosa y cuando Claudio la recibió, no era muy pesada. Más bien era livianita. Una caja vacía, eso parecía.

—Sabés qué hacer —ahora que la tenía cerca podía ver que le faltaban algunos dientes y que tenía ambos ojos inyectados en sangre. Aunque no había sido una pregunta, Claudio asintió. Eso le bastó a la mujer que giró sobre sus pasos y fue de regreso para la casa. Sin embargo, antes de entrar se giró y se rascó junto a la nariz, recuperando su expresión pensativa.

—No te conviene antes de que sea de noche—comentó como al pasar.

—Ya sé —asintió Claudio.

Ella asintió junto a él y luego entró a la casa, dando un inesperado portazo. Claudio se rascó la nariz y luego se bajó el visor. Volvió a la moto.

Mató un par de horas comiendo en un puestito árabe. Un Shawarma y un Kebab. Bajó ambas cosas con una Sprite. Sentado a la mesita de plástico, con la moto casi apoyada en la espalda, contempló aquel paquetito de aspecto inocente— tan inocente que nadie más le daba ni una mirada— que era su chance de volver a Uruguay. De volver sin las manos vacías. De poder decirse a sí mismo que los dos años que había pasado en Ciudad del Este no habían sido una pérdida de tiempo. Que no había perdido dos años de su vida al santo cuete. Una única entrega, una última entrega. Algo que no había hecho nunca, pero que sabía de otros que sí. Otros que habían hecho una buena plata y otros que los había agarrado la cana y nunca más había visto. Mientras masticaba Claudio pensó que no le importaba tanto la policía. Más le importaba volver a Montevideo tan pelagatos como se había ido. Tan miserable y pobre como cuando estaba allá. Se había ido por algo y volvería con algo. Con su moto y los bolsillos bien cargados.

2.

—¿Y vos cómo terminaste viniendo a heder acá?

La pregunta sorprendió a Claudio, quien no esperaba que la cosa se pusiera personal. Elena se inclinó sobre él y fue una ola de carne blanca y fofa que amenazó con aplastarlo. Incómodo, se recostó en el silloncito de mimbre, con un almohadón rojo escuálido, y carraspeó.

—Y... andaba en la vuelta. Vine de pedo y me terminé quedando.

Era esencialmente la verdad. Al terminar cuarto año de liceo, luego de haberlo repetido dos veces, no encontró gana o motivación alguna en seguir estudiando. Nadie lo contradijo tampoco. Su padre no aparecía mucho en casa

y cuando lo hacía era para llenar la heladera de comida o traerle regalos que le compensaran la culpabilidad por dedicarle casi todo su tiempo a su otra familia. Su madre trabajaba dieciséis horas por día y cuando Claudio le dijo que no seguía el liceo— ni pensaba anotarse en la UTU tampoco— apenas si lo registró tras su muro de cansancio. Sólo su abuelo, viejito, cansado, sentado con el termo y el mate en el porsche de la casa de Piedras Blancas, le preguntó francamente qué carajo pensaba hacer de su vida. Lo mismo se preguntó él los cuatro años que estuvo boyando al pedo, sin encontrar un laburo que le durara más de tres meses o que no le pagara una miseria. Anotándose en cursos rápidos y de prometida inserción laboral que abandonaba a semanas de empezar. Juntándose cada vez más con inútiles e inservibles como él mismo.

La decisión de irse a la mierda vino de la mano de lo que pasó con Julián. De todos los inútiles e inservibles era el más simpático. Encaraba un poco más las cosas y no se pasaba en pedo o fumado, lo que le daba algo de ventaja. Fue con Julián que empezó en aquel delivery de empanadas y por el que se enteró que en los mismos viajes se podía diversificar el mismo negocio. Que si llevabas tres de jamón y queso y tres de carne, también podían ir cinco gramos de merca. Que a la coca de litro y medio con envase se le podía sumar una piedra de porro. Y que así te hacías unos manguitos más. No cagas a nadie y nadie te complica, había sido el discurso de venta de Julián y Claudio había comprado.

Había sido una verdad a medias. Sobre todo en la parte de “no cagas a nadie”. Julián había terminado por cagar a alguien, particularmente a otros pibes que se trabajaban la misma zona donde estaba el bar de las empanadas y no veían con los mejores ojos que las motitos de mierda les jodieran el negocio. Porque resulta que la gente prefiere que le lleven las cosas a la casa en vez de salirlas a buscar, sea

merca o empanadas. Y ante tal demostración de la efectividad del libre mercado, de la oferta y la demanda, una noche como tantas otras arrancaron a correrlo a Julián. No hubiera pasado a mayores sino hubieran tenido un exceso de entusiasmo, los muchachos. De las pedradas que le tiraron cuando lo vieron pasar habían saltado a perseguirlo en un auto. Para asustarlo nomás. Pero se le vinieron demasiado arriba. Y Julián no era el mejor piloto de motos tampoco. Se había estampado como una mosca contra un bondi y se había matado de manera instantánea. Flor de joda lo de Julián.

Claudio había entendido entonces que precisaba hacer algo. Qué, no sabía. Pero si no cambiaba las cosas iba a terminar reventando como Julián o hundido por la apatía al tratar de evitar justamente terminar como Julián. Entonces, cuando uno de sus tíos, uno de los tantos hermanos de su madre, le contó que había agarrado un currito de camionero y que se iba para Paraguay, le preguntó si podía ir con él. Y fue cruzando la frontera cuando, sin demasiada explicación, no volvió al camión que seguía rumbo a Asunción y se había quedado en Ciudad del Este, cubierto desde el primer momento por la tierra rojiza. Con un par de meses de changas, empaquetando bagayo en Mega, una tienda de electrónica, se había comprado la moto. Y aquí estaba, una vez más, tratando de irse, de volver, de cambiar, de poner dirección hacia algún lado, hacia cualquier parte.

—Mmh —replicó Elena y se recostó ella también. Su vientre enorme se fue para atrás y le apretó las tetas. Su rostro enrojció por el mínimo esfuerzo. Tenía la frente perlada de sudor y un olor fuerte a un perfume dulzón que hacía que Claudio se mareara. Hacía muchísimo calor en la casa.

—Matías dice que manejas muy bien —dijo ella.

Claudio no contestó. Estaba fascinado con sus labios, pintados de un rojo violento y que reflejaban la luz de los tubos incandescentes del techo. Otro tanto le pasaba con los

reflejos colorados del pelo, teñido de un intenso y brillante rojo.

—Igual, no se precisa a ningún Fangio —agregó Elena al cabo de un momento.

—¿Quién?

—Fangio. Un piloto de carreras muy famoso. Argentino, como yo.

—¿Motos?

—No, autos de Fórmula 1.

—Ajá.

Se quedaron en silencio. Elena parecía agotada tras el breve intercambio de palabras. Un hombre grandote salió de una puerta del fondo. Le traía un vaso con agua. Ella se lo bebió de un trago y el agua le chorreó por el mentón. Claudio tragó saliva. Él también tenía mucha sed pero nadie le trajo nada.

—Bueno, a lo nuestro. Vas a llevar un paquetito. Algo liviano, no te preocupés.

—Sí.

—¿Viste las rejas y planchas que hay a lo largo del puente? ¿Sabés para qué son?

—Claro, sí. Matías me contó. Antes llevaban bagayo hasta la mitad del puente y lo tiraban para abajo. Había botes que venían del lado brasilero y lo agarraban.

—Sí, así es. Y pusieron todas esas rejas y las planchadas de acero y hormigón a los costados para que no lo hicieran más. Por un tiempo fue un tira y afloje. La gente agujereaba las rejas y la cana la volvía a poner. Y después de un tiempo, se dejó de tratar. Los bagayeros encontraron otra vuelta para cruzar sus cosas y listo. Y el puente quedó así, con las rejas y las planchas agujereadas cada tanto, al pedo.

—Sí, sabía.

—Bueno, nosotros venimos usando este método hace un par de meses. Y viene saliendo bien. No lo han notado los

canas y nosotros re contentos. No hacemos quilombo tampoco. Paquetes chiquitos, a última hora de la tarde.

—Entiendo.

—Es sencillo. Vas con el paquete en tu moto. Te parás faltando unos cien metros de la aduana y vas a ver una planchada con un graffiti de color verde. Ahí hay un agujero. Tirás el paquete para abajo y lo levanta un bote. Y seguís lo más pancho hasta la aduana, de vacío. No sos más que un moto taxi que se demoró en Ciudad del Este. Simplísimo.

Era muy simple, de verdad. Elena había completado la charla con un par de datos: hora y lugar de dónde levantar el paquete y el consejo de tirarlo del puente cuando cayera la noche. Claudio había aceptado todo sin réplica. Recibió la mitad de su pago, generoso pero sin exagerar, y la confirmación de que tendría la otra mitad al día siguiente de hacer la entrega. Todo como se lo había adelantado Matías, así que por ese lado no hubo sorpresas.

Y allí estaba, sacándose restos de kebab de entre los dientes, mientras caía la tarde en Ciudad del Este. El ambiente estaba poniéndose espeso. No quedaban ya ni bagayeros ni turistas. Los negocios habían cerrado todos o casi y en su lugar empezaban abrirse aquí y allá las puertitas de los quilombos. A su lado pasaron corriendo media docena de niños y Claudio vio clarito como el primero de ellos llevaba un revólver corto y grueso. Nadie se fijaba en él todavía pero sabía que era cuestión de tiempo. Incluso para los moto taxi la noche en Ciudad del Este era algo ajeno, casi que prohibido. Había que ponerse en movimiento.

Arrancó la moto y la metió, despacio, entre autos que avanzaban a paso de hombre y personas que avanzaban a paso de hormiga. La noche llegaba a Ciudad del Este y aparecían caras que nunca verías a la luz del sol. Caras que se miraban de reojo, que se reunían en esquinas, que intercambiaban paquetes. Caras con ojos paranoicos que mira-

ban en todas direcciones. Y cuando te encontrabas con una mirada segura y tranquila, era mucho peor. Era alguien a quien no te convenía mirarlo a los ojos. Seguía lloviznando.

El puente apareció adelante al poco rato. Había cambiado poco en estas horas. Seguía estando colmado por cientos y cientos de autos y camiones— muchos más camiones que autos a esta hora y ni un sólo ómnibus de turistas a la vista— que no parecían moverse. Ya no cruzaban peatones a pie. Las luces rojas traseras y los faros se combinaban con los vapores de los motores y la llovizna para dar un ambiente fantasmagórico. Nadie tocaba la bocina, nadie se impacientaba. Se cruzaba a ritmo de cortejo fúnebre y los dolientes estaban acostumbrados.

Claudio avanzó despacio con la moto entre los autos prácticamente inmóviles y notó que llamaba la atención al hacerlo. No era para menos, era la primera vez que cruzaba el puente a menos de ochenta kilómetros por hora y probablemente la primera vez que una moto taxi lo hacía a su vez. Tragó saliva y se obligó a mantener la velocidad. Le chupaba un huevo las miradas de los camioneros. Lo importante era no pasarse de la planchada con el graffiti verde. Se mantuvo como pudo del lado de la acera, aunque por momentos tuvo que esquivar automóviles demasiado pegados al cordón. Empezó a preocuparse. La aduana ya se hacía definida ante sus ojos y ni rastro del graffiti. Claudio empezó a transpirar. La nuca se le humedeció por completo y adentro del casco era un infierno irrespirable. No quiso levantar el visor. El miedo de ser visto se transformaba en pánico. Tragaba saliva otra vez, una y otra vez, convencido de que algo mal estaba con su garganta, no bajaba nada. Y de repente, ahí estaba. Una planchada de hormigón con terrible buraco en el centro, del tamaño de un televisor de veintitrés pulgadas y el graffiti arriba. Não estamos a viver

bem decía el graffiti. Seguía abajo, pero el agujero se había llevado lo que fuera que dijese a continuación.

Claudio subió la moto de un tirón a la vereda. Notó las miradas curiosas de los choferes. Recién entonces pensó en su matrícula. Fue un breve momento de terror. La mirada curiosa que se centra en su matrícula, que lo ve tirar al paquete y ese buen samaritano que anota el número. Pero entonces la recordó cubierta por completo de barro rojo que en el correr del día se había transformado en varias capas. Y eso si existía algún samaritano tan bueno como el que su terror le quería hacer creer. Llegó hasta el hueco. Era un rectángulo perfecto, cortado Claudio no sabía con qué. Buscó rápido bajo la campera. Tocó el paquete, al que su propia transpiración había manchado el papel de estraza. Rápido, lo más rápido que podía, metió la cabeza por el agujero— el casco rebotando contra los bordes de hormigón— y miró para abajo. No vio nada. No sólo no había ninguna luz ahí abajo, los reflejos del puente le permitían ver que no había tampoco ningún bote ni embarcación parecida. Elena no había especificado si tenía que esperar el bote o no. Imaginó que lo debían estar esperando desde la orilla brasilera. Que saldrían a toda prisa al ver caer el paquete. No esperó más.

Sacó la cabeza, metió el brazo y lanzó el paquete. Era tan liviano que apenas si voló. Sin trayectoria ni peso se fue para abajo de manera casi que vertical. Listo, cayera donde cayera, ya estaba fuera de sus manos. Había que volver a bajar a la ruta y avanzar hasta la aduana como si nada. Pero en vez de hacer eso, Claudio se levantó el visor del casco y volvió a meter la cabeza por el agujero. Miró para abajo. Nada. No veía el paquete, por supuesto, pero abajo no pasaba nada. No salía ningún bote a buscar nada, no aparecía una veloz moto acuática. Nada de nada. Sólo las olas que se mecían allá abajo, sin siquiera demasiada violencia.

Sacó la cabeza de nuevo y miró al frente. No entendía. ¿Había hecho algo mal? Todo había sido como Elena se lo había pedido. No importaba. Él ahora ya no podía hacer más de lo que había hecho. Para bien o para mal, había terminado con su trabajo.

Y entonces los vio. Los policías de la aduana avanzaban despacio, por la vereda. Sin apuro ninguno. No venían solos. Varios policías del ejército, armados hasta los dientes, los acompañaban. Sin prisas, ni urgencias. Pero Claudio lo supo al instante. Venían por él.

3

La moto arrancó sola. Derrapó sobre la rueda trasera, al momento en que Claudio la obligaba a girar sobre sí misma, a realizar una mínima vuelta en u en la estrecha vereda que era el paso de peatones en el puente. Un policía empezó a correr hacía él. Sólo uno. El resto, los de la Aduana y los Policías del Ejército, siguieron avanzando al mismo paso, cómo si lo que pasaba delante de ellos no les incluyera en lo absoluto. Incluso el que corría lo hacía con algo de desidia. Cómo si hubiera iniciado su carrera sin pensárselo bien y ahora, ya corriendo, no encontrara la razón para seguirlo haciendo y se sintiera medio un boludo. De todos modos, ya casi estaba sobre Claudio cuando este bajó a la ruta y aceleró. El policía extendió su mano derecha, los dedos de su mano derecha, y alcanzó apenas a rozarle un hombro. Gritaba algo, además, pero con el casco y el motor de la moto, Claudio no le entendió. El policía quedó atrás de inmediato, una figura cansada que apoyaba ambas manos en sus muslos, reflejada en el espejo retrovisor mientras Claudio se alejaba por el puente a contramano. Pescó varias miradas sorprendidas en los choferes de los autos y camio-

nes prácticamente inmóviles. Él se concentró en no hacerse paté contra nada.

Por un momento temió encontrar cortado el puente desde el lado paraguayo, pero cuando llegó ahí no había nada fuera de lo común. Era la primera vez que se internaba de noche en Ciudad del Este. En los dos años que llevaba ahí, ni una sola vez había pasado fuera de Foz de Iguazú, donde dormía en un cuarto de pensión, en el mismo edificio donde vivía Matías y varios otros moto taxistas. Las calles tenían menos autos que nunca, o al menos, que cualquier otra vez que Claudio las hubiera recorrido. Él aceleró más entonces y siguió adelante. Más y más rápido. Cruzó Ciudad del Este como una exhalación en escasos seis minutos. Pronto estaba en la ruta y a sus costados había campo pelado y algunos arbolitos que se adivinaban todavía en este preludio a la noche cerrada.

Paró al ver los carteles que anunciaban la represa Itaipú. Cruzó con la moto la banquina y se instaló en un terraplén. Quedó ahí, mirando pasar los autos y camiones, que pronto fueron sólo estelas de luces blancas y rojas y zumbidos de motor en la oscuridad. Se sacó el casco. Tenía náuseas pero no vomitó. Obligó a bajar por su garganta esa bilis ácida con gusto a carne con limón. Apoyado en su propia moto, mirando sin ver los vehículos que seguían pasando, pensó.

Lo estaban esperando. Eso era un hecho. No el bote, que sí debía hacerlo, sino una multitud de policías. Y la única explicación a que lo estuvieran esperando era que lo habían vendido. La pregunta era quién. ¿Elena? ¿Pero qué interés podía tener Elena en que agarraran al tipo que llevaba su paquete? ¿La muchacha que le había dado el paquete? Cierro era que ella sabía detalles de la entrega. Le había sugerido incluso que dejara pasar unas horas. Pero ¿para qué? Y el otro que quedaba era Matías, aunque él no sabía que justo iba a hacer la entrega esa noche. Aunque podría haberlo

imaginado o averiguado. Quién sabe. ¿Pero porqué Matías lo entregaría a la cana? Las náuseas ahora se combinaban con dolor de cabeza.

Y había preguntas bastante más urgentes como qué carajo hacer ahora. Miró con atención su moto y comprobó aliviado que la matrícula estaba oculta bajo capas y capas de barro rojo seco y el mismo vehículo no tenía nada que lo identificara. Su casco era amarillo como el de todos los motos taxi. Y la campera, azul oscuro, de tela avión, era como cualquier campera. No había ninguna seguridad en que fuera reconocido al volver a cruzar. Pero lo mejor sería volver ya entrada la mañana, mezclado entre la multitud de motos taxistas y, de preferencia, ya cargando con un bagayero para disimular aún más.

Sólo quedaban dos asuntos a solucionar. El primero, mínimo: dónde pasar la noche. Bien podía meterse campo traviesa y quedarse junto a algún arbolito. Aunque seguía lloviznando no iba a ser tampoco un problema y no creía que nadie lo encontrara o fuera a buscarlo ahí, lejos de la ciudad. Pero el segundo asunto sí era complicado: la otra mitad del pago. Si era Elena quien lo había vendido, no existía esa otra mitad. Y si no era Elena, una vez hubiera logrado volver a Brasil se despediría de manera permanente de ella, ya que maldita la gana le quedaba de volver a Ciudad del Este después de este susto.

Pero entonces fue que se despertó en Claudio una furia sorda. Esta iba a ser la despedida. El adiós a Ciudad del Este, pero también iba a ser el regreso sin bolsillos vacíos. El volver a Montevideo sin tener que mostrar o contar a nadie que había vuelto a ser un fracaso. Con esto claro, era evidente que no cruzaría el puto Puente de la Amistad sin la otra mitad del pago. Y que era mejor sí ponía todos sus asuntos en orden esta misma noche. Eso implicaba volver a

Ciudad del Este e ir ya, ahora mismo, esta misma noche, a ver a Elena.

Le costó casi dos horas cargarse del valor necesario y eran las once de la noche cuando llegaba nuevamente a Ciudad del Este. Elena lo había recibido la primera vez en un edificio del centro, un apartamento al que se accedía por un ascensor al final de una galería de locales de venta. La galería estaba cerrada a esta hora y una gruesa reja cortaba el paso. Allí parado, transpirando de nervios y calor, Claudio miró más allá de la reja, sabiendo que en las calles oscuras ahora era un blanco. Un boludo que no tenía que estar ahí, regalado en una moto y encima, con un buen faco de guita en los bolsillos. Pero ahogó las ganas de irse, incluso cuando notó que una barrita lo miraba fijo desde la esquina. Tenía que entrar al edificio.

Alguien baldeó la vereda a su costado y lo sobresaltó. Un viejo terminaba de limpiar un corredor y sacaba bolsas y bolsas de basura. Claudio recordó que en otro piso del mismo edificio funcionaba un local de comida por peso. Esta debía ser una entrada lateral que llevaba allí y, por ende, al resto del edificio. Miró su moto un segundo, pero no encontró otra solución. La dejó allí y entró por el corredor a grandes zancadas, fingiendo seguridad. El viejo lo miró sin decir nada.

El corredor desembocaba en una escalerita empapada de humedad mal iluminada con tubos de luz y luego de subir por ella, Claudio encontró el ascensor. Bajó en el piso nueve y caminó hasta la puertita del fondo. Adentro sonaba música y unas voces apagadas. Golpeó. No hubo respuesta. Golpeó más fuerte. Le pareció que la música de adentro subía de volumen y ahí, Claudio se calentó. Sin pensárselo dos veces, descargó tremenda patada en la puerta.

Todo pasó muy rápido. Notó que ya no había música al instante que se abrió la puerta delante de sus narices. El

hombre grandote que le había alcanzado el vaso de agua a Elena lo agarraba de la pechera y pareció que iba a golpearlo, pero se contenía abrupto al ver el casco que recién entonces Claudio notaba que se había dejado puesto. A falta de golpes, empezó a los gritos.

—¿Qué querés vos? —gritaba el grandote y lo sacudía de la pechera. Claudio se dejó hacer, en parte porque lo arrastraba hacia adentro y en parte porque lo había paralizado el miedo.

La arrastrada terminó en el living donde se había reunido con Elena, quien estaba sentada a la mesa, con platos sucios delante y una botella de vino con dos vasos. Elena lo miró y enseguida Claudio entendió que ella era quien lo había vendido. Se le notaba que no esperaba a volverlo a ver nunca en su vida. Y ahora lo miraba entre el fastidio y la sorpresa.

—Sacale el casco —le ordenó al grandote. Claudio se dejó hacer.

Quedó parado junto a la mesa, con el grandote atrás y Elena que lo miraba, mientras cubría casi todo el borde de uno de los vasos con sus labios gigantescos, grotescamente maquillados. La mujer lo miraba y apenas se sonreía, con sorna.

—¿Qué querés? —preguntó al fin.

—Me vendiste —respondió Claudio.

El grandulón le pegó en el medio de la espalda con su casco. Claudio se desaparramó sobre la mesa, tirando todo. Elena trató de moverse a tiempo, pero no fue lo suficientemente rápida. El segundo vaso cayó, se partió sobre la mesa y le tiró encima su contenido.

—¡Puta que te parió! —gritó Elena.

Claudio había quedado torcido, tirado en el piso luego de rebotar contra la mesa. Nadie se movió por un momento. Los dos anfitriones esperaron que se levantara del piso, con

dificultad, agarrándose de la mesa y volviera a quedar de pie.

—¿Qué querés? —repitió Elena.

—La otra mitad de la guita —contestó Claudio y se preparó para recibir un segundo golpe. Para su sorpresa no llegó. En cambio, Elena lo miraba, sonreía divertida.

—¿Qué pasó en el puente?— preguntó ella.

—Pasó que me vendiste.

—Sí. Pero qué pasó después.

—Nada. Me rajé antes que llegaran.

—¿Y el paquete?

—Lo había tirado, como vos me dijiste. ¿Estaba vacío, no?

Elena enarcó ambas cejas, que ahora notaba Claudio también estaban teñidas de rojo chillón, y la sonrisa dejó paso a una carcajada cantarina. Sin dejar de reír, se sirvió más vino en el vaso sano.

—¿Y para qué rajaste, boludo? Si ya habías tirado el paquete. ¿Qué te iban a hacer los canas?

Claudio quedó petrificado. Era cierto. No lo había pensado. Aunque lo hubieran agarrado, no tenían nada en su contra más allá de que lo habían visto asomarse por un agujero en las planchadas del puente. Se sintió muy estúpido.

—Quiero mi plata —se escuchó a sí mismo y el tono plañidero de su voz. Se dio asco.

—No te iba a pasar nada. —Elena seguía riendo—. El paquete no tenía nada. Te agarraban y listo, era un trámite. Tengo que darles detenciones para que no me rompan los huevos cuando cruzo de verdad. Pero no te iba a pasar nada, uruguayo. Más después de tirarlo. Ahí hasta les podías decir que paraste a tomar el fresco. Qué tarado...

Elena reía cada vez más fuerte y el grandote se le unió. Claudio se sintió chiquito, muy chiquito. Un nabo, un idiota que a pesar de sentir que en estos dos años en Ciudad del

Este había entendido de qué iba la cosa, de pensar que había aprendido a moverse, en verdad el mundo de lo real se le escapaba como se le había escapado siempre. Que sus pocas certezas no eran nada, que nunca lo iban a ser. Y sintió que esa furia sorda, la misma que había sentido en el campo junto a Itaipú y momentos antes tras la puerta, le crecía en el pecho. Se volvía un ahogo, casi un dolor, que le subía y le hacía latir más y más rápido el corazón.

La risa de Elena se cortó de repente. Claudio la miró sin comprender y vio que ella no entendía tampoco. No entendía cómo el vaso roto se le había clavado en el cuello, en la gruesa papada, y como la sangre, tan roja como sus labios, su pelo, sus cejas, le corría a borbotones. Recién entonces, Claudio bajó la vista y vio su propia mano todavía asiendo el vaso que se había clavado con pasmosa facilidad en la carne de la mujer. A sus espaldas escuchó una exclamación de horror. El grandote soltó el casco y retrocedió un paso. Claudio se giró y sin entender qué hacía, dio dos pasos hacia él.

—Pará... pará... —el grandote levantó ambas manos. Claudio paró. Lo quedó mirando, sin moverse. El grandote lo miró un momento, miró a Elena que todavía trataba inútilmente de que la vida y la sangre no se le escaparan por el cuello abierto, se dio media vuelta y se fue a la carrera. La puerta se cerró de un portazo.

Claudio tragó saliva y contempló cómo Elena moría. Fue largo. La mujer tenía muchas ganas de seguir viva. Cuando entendió que no podría evitar que tanta sangre se le escapara por el cuello, trató de levantarse de la silla y moverse, quién sabe a dónde. Cayó al piso al instante, donde entre gorgoritos y estertores, se fue quedando en silencio.

Claudio se quedó parado junto a la mesa un largo rato. No podría decir cuánto. Finalmente reaccionó. Con toda la calma que fue capaz, buscó en el cuarto primero y en todo el apartamento después. Encontró unos cuantos billetes ti-

rados en una de las mesas de luz del dormitorio— la cama destendida, todo sumergido en el aroma dulzón del perfume de Elena— no tanto como le debían pero peor era nada. Lo metió todo hecho un bollo en el bolsillo de la campera. Agarró su casco a la pasada y salió sin dedicarle otra mirada a la muerta.

Abajo el viejo terminaba de barrer el corredor cuando pasó. Si el grandote había pasado por ahí, el viejo no había notado nada raro. Su moto seguía dónde la había dejado. La barrita de la otra esquina se había ido.

Claudio se puso el casco y arrancó la moto. Cuando se iba a toda velocidad, escuchó al viejo desearle buenas noches.

4

La música electrónica se apelmataba en el aire y era una bola de sonido indiferenciable al llegar a los oídos de Claudio. Este estaba sentado sobre su moto, enfrente al club nocturno, y pensaba tristón que nunca había aprendido a fumar. Ahora, en este mismo momento, le daban ganas. Para hacer algo con las manos, para tener algo en la boca. Pero nunca había fumado, así que se limitaba a hacerse sonar las articulaciones de los dedos al tiempo que miraba a la crema y nata de Ciudad del Este entrar y salir de Nine: Bar & Lounge. Él los miraba a ellos pero ninguno de ellos lo miraba a él.

La vida nocturna no era algo que tuviera demasiado eco en la ciudad. Digamos solamente que la mala fama de su noche era fundada. Pero aún así, había zonas y zonas. Y ahora, donde Claudio se encontraba, donde había ido a refugiarse, era el único espacio que la gente “bien” tenía para ir a tomarse unos tragos o bailar un rato o comprar drogas pero de las buenas, no las porquerías que iban y venían por

el puente. No era una vida nocturna de esas que llegara hasta el amanecer. Por el contrario, una o a reventar dos de la mañana y todo ya estaba apagado, cerrado con candado y hasta mañana. Pero cuando Claudio había descubierto, al salir del departamento de Elena, que eran apenas las doce de la noche, no había podido pensar otro lugar donde ir a ver pasar las horas. Y allí estaba, justo en el momento que Nine dejaba de ser un coqueto restaurante para pasar por un par de horas a ser una ruidosa pista de baile.

Claudio había notado las miradas de los dos tipos de seguridad en la vereda de enfrente. Obviamente que un moto taxi no tenía dos carajos que hacer ahí y mucho menos a esta hora. Pero él no podía, por ahora, moverse. Simplemente porque no había a dónde moverse. A lo único que había atinado era a buscar un lugar con luces, ruidos y gente, hasta poder calmarse. Y al momento de ver manchas de sangre en la manga derecha de su campera, a vomitar contra un arbolito.

Rato antes había sacado su celular. Era de las primeras cosas que se había comprado al llegar a Ciudad del Este y de las primeras también que le había demostrado su inutilidad. No había logrado nunca programarlo correctamente y en general estaba sin roaming cada vez que cruzaba por el puente a Paraguay. A instancias de Matías había descargado el wassap y él era su único contacto en el programa. Pero hacia casi una hora que le había mandado un “tas X ahí?” que había sido enviado, recibido más no leído. Claudio miró los simbolitos esperando se volvieran azules hasta que le dolió la cabeza. Y entonces el celular volvió a tener su mayor utilidad: la de ser un reloj en su bolsillo.

Volvió a mirar a los dos porteros. Estaban preocupados, nerviosos. Lo miraban y se consultaban entre si, cuchicheando. Claudio se miró en el reflejo de un vidrio, cristal tras rejas. La imagen que vio era preocupante. Un tipo todo

manchado, tierra roja todo por encima, encorvado sobre la moto, a punto de arrancar pero sin moverse desde hacía una hora atrás. El casco puesto. Él no lo notaba, pero ahora en el reflejo veía que no se había sacado el casco en ningún momento. Ni lo sentía sobre la cabeza.

Cuando uno de los porteros finalmente se decidía y empezaba a cruzar la calle en su dirección, Claudio arrancó. Aceleró rápido y levantó velocidad en pocos metros. Alcanzó a ver al hombre corpulento que cruzaba sobresaltarse y luego intercambiar risas con el otro. Claudio, en cambio, no sonreía. Sentía un peso inmenso en el pecho, un ahogo angustiante. Aceleraba y aceleraba, recorría las calles oscuras y desiertas, convencido de que no tenía hacia donde ir. Avanzando por la más vacía inercia.

Manejó por un tiempo largo, por espacio de una hora, hasta que de repente fue presa de un pánico irracional a quedarse sin nafta y tener que abandonar la moto. Se tranquilizó al ver que le quedaba poco menos de medio tanque, pero igual este temor se le sumó a los otros y volvió a detenerse. Esta vez lo hizo en una calle de balasto que no parecía conducir a ninguna parte. Ahí se quedó poco, porque al rato escuchó unos gritos en la noche y sintió la certeza de que se le venía encima alguien. Volvió a arrancar a toda máquina, aunque no había visto nada.

Sin poder precisar como, o después de cuanto tiempo, Claudio se encontró parado frente a la casita de paredes sin revocar. Mirando el minúsculo jardincito de tierra rojiza donde aparentemente nunca había crecido nada. Se levantó el visor, se rascó la mandíbula. La casa estaba a oscuras, pero le parecía escuchar música bajita, bien bajita, allá al fondo. La misma música de aire tropical de hoy a la tarde. La calle también estaba a oscuras y sólo a lo lejos, a unas tres cuadras, pasaba un auto cada tanto por una avenida algo más transitada.

Claudio descartó llamar con las palmas como había hecho de día, apenas unas horas atrás, que se le antojaban miles, y bajó de la moto. Reaccionó a tiempo para sacarse el casco y encajarlo bajo un brazo. Con el otro, llamó a la puerta. Suave primero, fuerte después. Adentro, la música subió de volumen un segundo y luego enmudeció.

La muchacha abrió la puerta.

Se lo quedó mirando en silencio y sin sorpresa. Claudio llegó a pensar que ella lo estaba esperando, aunque tal cosa era imposible. Capaz que ya no pasaban demasiadas cosas que la sorprendieran. Fue un silencio bastante largo. Ella en la puerta y él, parado enfrente, casco bajo el brazo, moviendo incómodo los pies.

—Perdoná... —dijo él al fin. Quiso agregar un “no sabía adonde ir” pero se le ahogó en la garganta. No fue necesario. La muchacha lo miró un instante más, se rascó junto a la nariz, y volvió para adentro. Dejó la puerta abierta. Claudio entendió esto como una invitación y ya se metía para adentro cuando se la encontró saliendo de nuevo. Su cara de desconuelo debe haber sido tremenda, puesto que ella enarcó una ceja y se sintió obligada a explicarse.

—La moto —la señaló con un dedo al tiempo que le mostraba el manajo de llaves que tenía en la otra mano—, no la podés dejar ahí.

La metieron en un garage que estaba al costado de la casita, levantando una puerta metálica. Adentro no había nada más que un par de barriles de aluminio y manchas de aceite negro en el piso de tierra. Claudio no pudo evitar sentir preocupación al instante de quedar alejado de su moto— en todas estas horas la había terminado por aceptar como una extensión de sí mismo, como el casco que de repente no notaba sobre la cabeza— pero entendió que no tenía más remedio. Al menos no quedaba en la calle, como cuando había entrado en el edificio de Elena. La muchacha

trancó la puerta con el candado que había abierto y le indicó que entrara a la casa.

Claudio la siguió hasta la sala que estaba inmediatamente más allá de la puerta. Esperaba la pregunta de “¿qué estás haciendo acá?” sin tener demasiado preparada una respuesta. Podía llegar a decir que había visto algo en la mirada de ella de horas antes, un atisbo de compasión tal vez, pero la verdad era que no sabía siquiera porqué había ido para allí. Pero ella no le preguntó nada. Siguió hasta una puerta del fondo y cuando salió, traía una lata de guaraná que le puso enfrente.

—¿Tenés hambre? —preguntó y Claudio negó con la cabeza mientras tragaba a grandes sorbos el líquido tibio y pegajoso de tan dulce.

Quedaron sentados en la sala, frente a frente. Claudio se demoraba en la lata, en su silla, en la mesita baja, en todo lo que podía, con tal de no mirarla. Ella, en cambio, no le quitaba los ojos de encima.

—Elena era una cerda —dijo la muchacha de repente.

Claudio la miró por fin pero no supo qué contestarle. En cambio, al cabo de un momento, se concentró de nuevo en su lata de guaraná aunque estaba casi vacía. Se quedaron así por un rato. Él tratando de no mirarla y ella casi que sonriendo.

—Podés dormir acá —dijo la muchacha después de varios minutos—. No tengo otra cama, pero al menos es un techo.

—Me acomodo en el piso —asintió Claudio y ella le devolvió el gesto, asintiendo igual. Él sintió que tenía que decir algo más, seguro dar las gracias, pero expresar además de alguna manera sus sentimientos, poder poner en palabras la inmensa sensación de alivio que le había dado esa puerta abierta, esa sillita de madera, esa lata de guaraná. No supo cómo.

Afuera paró un auto.

Ambos quedaron petrificados. Claudio empezó a decir algo, no sabía qué, pero la muchacha lo calló con un gesto. El auto que había parado quedó con el motor en marcha, pero estaba indudablemente estacionado frente a la casita. Pasaron varios segundos. Se escuchó el cerrarse de una puerta del auto. Momentos después, alguien llamaba quedadamente a la puerta.

La muchacha se puso de pie y le señaló, sin decir palabra, la puerta del fondo. Claudio entró en la cocina— diminuta, apenas una hornalla y una heladerita móvil cargada de latas calientes— y esperó, el corazón latiéndole en la garganta. Ella abrió la puerta.

Silencio. Si hablaban, Claudio no podía escucharlos. Entendió que tanto la muchacha como su visitante de la madrugada guardaban silencio por unos segundos. De pronto comprendió. Se estaban besando. De manera larga.

—Ro heka hína uruguayo pe; ku karai paquete reme'éva kue —se escuchó una voz al fin. Era un hombre el recién llegado. Tenía voz profunda, de hombre grande, pesado, veterano. Al parecer, no había entrado en la casita.

—Nda hechavéi i chupe ... ¿mba'ére piko? —contestó ella. Nuevo momento de silencio.

—Ha ndereikuaái piko ...ha'e ningo ojuka va'ekue Elena pe.— agregó el hombre.

—Anichéne .. ndaikuaái ningo che.. — respondió ella.

Claudio sabía que estaban hablando en jopara— no en guaraní, lo había corregido Matías a los pocos días de estar en la frontera. Ya casi nadie hablaba en guaraní puro.— pero más allá de “uruguayo”, “paquete” y “Elena” no había pescado nada. En todo caso, esas tres palabras alcanzaban para ponerlo muy nervioso. El silencio que se repetía ahora en la puerta no ayudaba a tranquilizarlo tampoco.

De pronto se abrió la puerta de la cocina y Claudio no pudo evitar dejar escapar un chistido de susto. Era ella, que había vuelto adentro sin un ruido y lo miraba seria.

—Te están buscando —le comentó.

Claudio asintió por hacer algo. No se le ocurría qué más decir. Afuera se escuchó el auto que se alejaba.

Volvieron a la salita pero sólo él se sentó. Ella quedó de pie y él se sintió de repente mal por haberse sentado pero estúpido si se ponía de pie de nuevo.

—A la mañana te vas —dijo ella y él volvió a asentir. Entonces la muchacha se fue por otra puerta —una que Claudio ni siquiera había notado— y al poco rato se volvió a escuchar la música tropical. Pero esta vez bajita, buscando no molestar.

Él pasó la noche entre sentado en la silla y tirado en el piso, en un rincón. No durmió. Sí llegó a cabecear en un momento y quedar en estado de vigilia, para reaccionar sobresaltado, transpirado, cubierto por una pátina de sudor. Tomó otra lata de guaraná y fue un error, porque rato más tarde se estaba meando. No había baño a la vista— seguramente estaba pasando la otra puerta— y no se animó a salir a mear a la calle. Entre los nervios y la vejiga hinchada fue fácil no pegar un ojo. De adentro del otro cuarto no se escuchó un ruido en toda la noche.

Cuando el sol empezaba a asomarse, Claudio tomó el manajo de llaves que la muchacha había dejado sobre la mesa y salió. No se veía a nadie en la calle. Pegó una larga meada contra la pared del garage, luego abrió, sacó la moto y cerró. Dejó de nuevo las llaves en la mesa, con varios billetes de su bolsillo. La muchacha no salió del cuarto.

Sólo al irse se dio cuenta que no le había preguntado el nombre. Capaz que era mejor.

La ciudad no había despertado aún pero sí lo había hecho su centro. Pasaban apenas de las seis de la mañana y ya ha-

bía varias tiendas abiertas. Cuando la parte comercial cierra a las cuatro de la tarde, aprende temprano a levantarse. Con todo y por precaución, Claudio dio un par de vueltas por las calles desiertas antes de acercarse al creciente gentío, que cual hormigas que escapan de un hormiguero recién pisado, se desparramaban por las calles.

Cuando se sintió finalmente convencido, se acercó a la entrada del puente. No se equivocó. Ya había dos o tres decenas de moto taxis instalados en el inicio y esperando por arrancar, en el que seguro ya era su tercer o cuarto cruce. Con el visor del casco abajo se acercó y rápidamente se mezcló entre las motos. Nadie pareció fijarse en él, pero igual se sintió observado. Si alguien podía reconocer a un moto taxi de otro era otro moto taxi. No vio a Matías entre los que esperaban y sintió un sorpresivo alivio. No confiaba en Matías. No confiaba en nadie.

Cuando alguien se sentó en su moto casi se cae del susto. Era un muchacho más o menos de su edad, con dos bolsas enormes, quien lo miró sorprendido al ver su sobresalto. Claudio se acomodó como pudo en la moto y respiró rápido hasta que se calmó su corazón.

—Pah, perdoná... ¿Te tenía que avisar o algo? —preguntó el flamante pasajero.

—No, no. Está bien. —Claudio sintió como un zumbido en el cerebro. El acento del muchacho despertaba cosas en su memoria como ciertos olores disparan las papilas gustativas—. ¿Sos uruguayo?

—¡Sí! —el muchacho trató de mirar la cara de su interlocutor pero no paso de ver el reflejo del visor negro en un espejo retrovisor—. ¿No me jodas que vos también?

Claudio hizo un gesto vago con la cabeza, una respuesta indeterminada. Buscaba concentrarse nuevamente en lo que lo rodeaba, ponerse en tensión a la hora de cruzar el puente, esperar lo que fuera que encontraría del otro lado

llegando a la aduana. Pero su pasajero era de repente un torrente de palabras, una puerta abierta a un montón de cosas guardadas esperando por estallar y salir.

—Llegué hace menos de tres días. ¡Esto es un delirio! No sé cuanto tiempo voy a quedarme, pero me dicen que se hace buena plata acá, bagayeando. ¿Se hace? ¿Vos qué decís? Estaría bueno hacer unos mango y volver ¿no? Nunca crucé en moto taxi, voy y vengo caminando, pero me dijeron que así hago más viajes, claro, es obvio, una bobada. ¿Vos hace cuanto andás por acá?

Claudio trató de callarlo acelerando el motor de la moto, como ya hacían varios en la espera. Sólo logró que su pasajero se apoyara en su espalda y le gritara junto al casco.

—¿Vos bagayeaste? Yo no sé andar en moto, sino capaz que agarraba viaje como esto que vos hacés. ¡Debe dar más plata! ¿No? Sino, capaz que agarro y me pongo a laburar en alguno de los negocios. En el shopping ese, Monalisa, parece que contratan gente. ¡Pero no sé si da guita o si es mejor seguir con esto! ¿Vos qué decís?

—Agarrate —le pidió Claudio, no tanto como para evitar que se matara al arrancar, sino para lograr salir de una puta vez sin llamar más la atención. Las motos salieron todas corcoveando entre los autos y camiones y los primeros ómnibus y la gente que corría adelante evitando ser atropellada. El pasajero uruguayo dejó escapar un agudo chillido de horror y estuvo a punto de caerse o de soltar alguna de las bolsas o de putear o de rezar, pero se rehizo lo justo para poder agarrarse con cinco dedos de sus dos manos en la parrilla trasera de la moto.

Por una vez, por única vez, al cruzar el cerebro de Claudio no quedó en blanco. Pero tampoco, para su sorpresa, se concentraba en lo que lo pudiera estar esperando. Pensaba en su pasajero. ¿Él había sido así alguna vez? ¿Un paloma que no entendía nada de nada? ¿Entendía algo después de

todo? ¿O acaso los dos años en Ciudad del Este le habían demostrado que seguía siendo ese pibe de Piedras Blancas que no había sabido terminar el liceo ni encontrar un camino hacia alguna parte? Porque después de todo, de haber creído que escapaba a la nada, acá estaba. Con el culo a dos manos, volviendo— si podía volver— con unos pesos cagados y una moto de segunda.

Pero así era la cosa. Las cartas estaban dadas y él jugaba con lo que tenía. Lo único que podía decir a su favor era que nunca se había rendido. Siempre, siempre había buscado la vuelta. Sin saber cuál era la vuelta o cómo había que darla, él no se había quedado quieto. La había peleado. Mal, torpe, adivinando, dando golpes en la oscuridad, pero la había peleado.

El uruguayo, como aquel brasilero del primer viaje, le gritaba cosas al oído que Claudio no escuchaba. Esta bien que su último viaje por el Puente de la Puta Amistad terminara como el primero. Allá adelante ya se veía la aduana. A su costado, pasó como una exhalación el graffiti verde y el murallón agujereado. Le pareció ver que todo estaba normal allá adelante. Policías del Ejercito y de los otros, pero no más de lo normal. Tampoco era que se precisara un operativo para detener a un moto taxi cagado, un idiota que no sólo no había sabido quedarse quieto sino que había terminado matando a alguien. Puta, si era capaz de caerse solo frente a todos los milicos y facilitarles el asunto.

Dejó de pensar y aceleró. No sabía qué lo esperaba allá adelante. No sabía siquiera si algo lo esperaba. Pero fuera lo que fuera, no iba a quedarse quieto.

A toda velocidad, se dirigió a la aduana.

MÉTODO

RAMONA SOLÉ

La gente es metódica, me lo ponen muy fácil.

Ella se levantaba temprano, vestía a los niños y mientras desayunaban seguía arreglándose. Cuando salía de casa no le faltaba detalle. Los zapatos conjuntados con el bolso, los vestidos encajaban como un guante en su cuerpo y las uñas pintadas del color apropiado para la ropa, por supuesto. Llevaba el pelo teñido de una tonalidad diferente y el nuevo corte de pelo la hacía más joven. Labios rojo vino y una máscara de pestañas que provocaba que la dulce mirada de antaño ahora pareciera provocadora en todo momento.

Primero dejar a los niños en la escuela, eran buenos chicos, no se merecían una madre como ella. Después, al trabajo. Un nuevo trabajo, porque el otro no le gustaba y lo dejó hace unos meses, como hizo con el marido.

Comía cada día con las amigas. Con ellas sí que estaba a gusto, ellas le ayudaban a soportar el aburrimiento, la rutina y los malos tragos que supuestamente estaba atravesando su vida.

Yo me sentaba en uno de los bancos de la plaza Cervantes. Leía el periódico tranquilamente mientras observaba las idas y venidas de la gente. Personas de distinto orígenes que de un tiempo a esta parte se habían establecido en la

zona antigua de la ciudad. Algunos andaban con la cabeza gacha, otros pasaban el tiempo en pequeños grupos contándose las penas de una vida que habían inventado llena de promesas y que había acabado siendo muy diferente.

A las dos del medio día ella salía del edificio, risueña, animada por el rato que compartiría con las amigas y porque ya faltaba menos para la noche. Unos días iban al gimnasio, otros paseaban comprando caprichos aquí y allá. Después recogía a los niños de alguna de sus actividades extraescolares y volvía a casa. Cuando habían terminado los deberes, se habían duchado, habían cenado y había conseguido que se fueran a la cama, se ponía delante del ordenador y allí pasaba horas.

Sonreía medio desnuda, hablaba al aparato, se chupaba los dedos, se mordía el labio... Había días en los que deseaba escapar de mi escondite para no ver lo que vendría a continuación, pero me quedaba. Quería comprobar hasta dónde llegaba su depravación. Tenía que estar seguro de que iba a hacer lo correcto.

Un viernes de cada dos, el padre recogía a los niños. Un hombre abatido, gris, triste. Desde que ella le había dejado había envejecido rápidamente. Ya no le importaba su aspecto, adelgazaba de manera alarmante y unas marcadas ojeras rodeaban sus ojos que mantenían el azul entre las aguas de la tristeza.

Había intentado suicidarse un par de veces y quizás la siguiente lo conseguiría. Ella, en cambio, estaba feliz sin darse cuenta del daño que había causado, del que aún estaba causando. Toda la culpa la tenía ella, pero quienes lo estaban pagando eran él y esas pobres criaturas que casi se habían quedado sin padre.

Decidí hacerlo en viernes. Ella salía a cenar todos los viernes que él se llevaba a los niños. A veces cenaba con amigas y después se divertían en locales de fiesta y otras

tenía citas con alguno de los hombres de Internet, que casi siempre acababan en su casa.

Sí la cazaba en viernes tendría más tiempo antes que alguien se percatara de su ausencia.

El día elegido había quedado con amigas, luego había bebido bastante y por suerte, parecía que no se llevaría a ningún hombre a casa. Desde donde yo esperaba vi que tenía intención de coger un taxi y eso no podía permitirlo. Abordarla delante de su edificio habría sido demasiado arriesgado. Me acerqué a la acera para cogerla del brazo. “Yo te llevo, tranquila”. Me miró como si le pareciera extraño encontrarme allí, pero después me sonrió con una mirada pícara, desenfocada por el efecto del alcohol. Era una perversa, no tengo ninguna duda, y seguro que por el camino se imaginó algo muy diferente de lo que acabó ocurriendo.

Cuando la tuve en el coche, lo más complicado estaba hecho. Más tarde, atada en la cama de aquel rincón húmedo y sórdido, cuando llevaba tiempo despierta y había remitido el efecto del alcohol, la mujer había empezado a darse cuenta de que no iba a participar en ningún juego de los que le gustaban.

Su cara empezó a alternar sorpresa y miedo. “Haré lo que quieras”. Mala puta, seguro que les decía lo mismo a sus amigotes. Empecé a hacerle pequeños cortes —la primera fase—, y el miedo dio paso al terror.

¡Fabuloso, magnífico!

La tuve una semana entera conmigo.

Nunca me habría imaginado que pudiera durar tanto, o mejor dicho, que hubiera conseguido que durara tanto.

La gente es metódica, me lo ponen muy fácil.

Últimamente mis huéspedes habían sido mujeres de compleción no muy fuerte. Ya no soy tan joven como cuan-

do empecé con esta tarea, mi corazón se ha agrandado y es defectuoso, me ha provocado ya un par de sustos. Muchos objetivos se han librado del castigo por este motivo, pero con él hice una excepción, aunque el esfuerzo me dejó débil y enfermo unos días.

Cuando lo tuve desnudo comprobé que ya no era un hombre, aunque para mí nunca llegaría a ser una mujer. Su hermano lo había intentado todo, eran gemelos y el pobre sufría un auténtico calvario. Hacía años que estaba gastándose buena parte de la herencia de sus padres en mantenerlo lejos, pero el desagradecido había vuelto.

Meses atrás se había instalado de nuevo en el barrio y se paseaba como si no hubiera pasado nada. Se había marchado como una copia barata de su hermano y había vuelto vestido como una ejecutiva salida de una serie americana. La media melena y un maquillaje impecable habrían podido disimular su anterior condición sexual, si no fuera porque al ser idéntico a su hermano, a los que le habíamos conocido antes se nos hacía difícil verlo de otro modo. A pesar del disfraz, seguíamos viendo el hombre que había sido.

En los pocos meses que habían pasado desde su vuelta al barrio, se había instalado en la misma escalera que su hermano y, para más provocación, ahora estaba a punto de compartir piso con su nueva pareja, un chico recio que trabajaba en el gimnasio de la esquina.

Solo había hablado con él dos veces, pero fue suficiente para entender el malestar continuo en el que vivía su hermano. La agonía de lo que había tenido que sufrir y la vergüenza que aún estaba por venir.

Yo lo arreglaría.

La sangre chorreaba ensuciando las losas del suelo antiguo y se escurra hacia la rejilla que había en el centro de la estancia. Empecé por los pechos, para romperlo tanto por

fuera como por dentro. Unos pechos recién nacidos que me daban asco.

No duró demasiado, perdía mucha sangre. Esta vez me había costado controlar la profundidad de los cortes. Sus gritos afeminados sonaban falsos en mis oídos, su mirada aterrorizada me provocaba una mezcla de placer y repulsión, y tuve que matarlo a los dos días de haberlo atrapado.

Una lástima, no me encontraba bien y necesitaba descansar. Como en los anteriores y en los que estaban por venir, la causa lo valía, pero la desazón generada por este hizo que, en cuanto me sentí algo recuperado, me decidiera a buscar una nueva misión sin dejar pasar el tiempo prudencial que siempre me imponía.

La gente es metódica, me lo ponen muy fácil.

Me costó bastante encontrarla. Su familia llevaba años buscándola, les había robado todo lo que tenían, pero aun así la habrían perdonado. La querían. La echaban de menos y seguro que si antes de irse se lo hubiera pedido, se lo habrían dado todo sin poner impedimentos y sin tener que pasar por la vergüenza de ser robados por su propia hija.

Nunca lo habían explicado ni a vecinos ni a parientes ni, por descontado, a la policía, pero a mí sí. A la gente no le cuesta hablar conmigo, librarse de sus problemas, malestares y penas. Deshacerse de un pedacito de las cargas que hacen que caminen por la vida con pesadez.

Ella no se merece el perdón y ellos se lo habrían concedido, por eso no les dije que la había localizado en las afueras de su misma ciudad, en un chalet donde vivía y donde recibía a sus clientes. Lo había descubierto con paciencia. Tengo mucha paciencia y también muchos contactos, y por supuesto, discreción. Puedo resultar invisible para la mayo-

ría de los ojos, hacerme transparente es una de mis habilidades más preciadas.

No podía entender el motivo por el que se había instalado tan cerca de los suyos, después de lo que les había hecho. Casi no salía de casa pero, a pesar de eso, quedarse en la misma ciudad había sido una apuesta arriesgada.

En el fondo quería que la encontraran.

Supe por una vieja que vivía cerca y con quien estuve unos días compartiendo ratos de sol, sentados en un banco del parque más cercano, que no asistía a las reuniones del vecindario ni a actos organizados por la comunidad. Incluso se hacía traer la compra. Le llegaban paquetes de todo tipo, ropa, comida, electrodomésticos... Y la vieja, me susurró: “No solo los repartidores aparcan delante de la casa. Casi cada noche tiene la visita de algún hombre, y casi nunca es el mismo”.

Algunas conversaciones más y me enteré de que los visitantes iban muy bien vestidos y sus coches confirmaban su elevado poder adquisitivo.

Vivía en una lujosa jaula, llevando una vida de perversión, mientras su familia malvivía intentando que nadie supiera que su hija les había dejado en la ruina. ¿Lo sabía ella? ¿Era consciente de la situación en la que había quedado la gente que la quería?

Sí, también era de las que lo merecía y me puse a trabajar.

Salía poco, pero una vez por semana iba a un gimnasio cercano para nadar. Siempre en las horas en que había menos gente. Vestía sudadera con capucha, andaba deprisa, sin hacer paradas. La había observado durante días y me di cuenta de que siempre realizaba cuarenta y dos piscinas, ni más ni menos, y volvía a casa. ¿Cuarenta y dos? ¿Por qué? Lo anoté como una manía más y no le di importancia.

Lo conseguí por fin un día de densa niebla.

La tuve encadenada, colgada. No tenía cara de miedo, no suplicaba, no gritaba. Me dejó hacer.

Cuando empecé con los cortes por encima de los tatuajes también gritó, no pudo evitarlo. Pero me miraba de otro modo, por más que la torturara, que la llevara al límite del dolor, sus lágrimas iban acompañadas de sonrisas irónicas. Como en esas películas donde el protagonista está molido a golpes y aún es capaz de decir: “¿Solo sabes hacer eso?”.

Después de los descansos habituales, cuando reemprendía la tarea, su expresión volvía a ser plácida, con una extraña pose, insinuando que sabía algo que yo ignoraba. Intenté que sufriera, tenía muchas maneras de conseguirlo, pero no fue como esperaba. Sufría el dolor, por supuesto, pero lo sobrellevaba como algo conocido, esperado, habría jurado que deseado.

Eso no era lo que yo buscaba, tenía que pagar por su depravación. Quería oír cómo su voz se desquebrajaba y suplicaba, reconocer el terror en sus ojos cuando se diera cuenta de que llegaría hasta el final.

No llegué a ver el pánico que siempre buscaba en sus miradas. No lo conseguí. La maté con rabia, el cuchillo hasta tocar hueso, el cuerpo rebotaba contra la pared y volvía a mí. Una y otra vez. Pero lo último que vi en su cara fue alivio y paz. Agradecimiento, mientras la sangre le salía a borbotones por la boca.

¡Maldita tarada, loca asquerosa! Últimamente no me salían las cosas como quería.

Días después vino a verme muy alterada su madre, una de mis feligresas, y me enseñó la carta que había recibido de su hija donde se despedía de su familia y les pedía perdón. La leí con atención, con manos temblorosas. Era una carta de arrepentimiento, donde, además, les daba instrucciones para recuperar todo lo que les había quitado y más, y donde

explicaba los motivos por los que se había comportado de ese modo. Su psicopatía, la falta total de sentimientos.

Leerla me dio muchas respuestas sobre su comportamiento y a pesar de eso, lo que me llamó más la atención fue que sabía que le quedaba poco para morir y había enviado la carta justo antes de que la atrapara. Aseguraba que sabía que moriría de forma violenta y que su cuerpo nunca sería encontrado.

¿Cómo podía saberlo?

La policía investigó. Ni rastro de la chica, naturalmente, yo estaba tranquilo, soy bueno, muy bueno. Nunca han encontrado a ninguno de mis huéspedes.

Ella había dejado instrucciones a un abogado para que al día siguiente de que cumpliera cuarenta y dos años todo pasara a manos de sus padres. El dinero, su piso... la carta.

¿Cómo lo había sabido, si yo lo había decidido el día antes?

De nuevo fue su madre quien me lo explicó. Habían encontrado un diario entre sus cosas y habían descubierto que una vidente que la visitaba con frecuencia había predicho que la asesinarían el día que cumpliera los cuarenta y dos. Le había insinuado también que el destino se puede cambiar a veces, pero ella había dejado que los acontecimientos siguieran su curso. No tenía remordimientos, sabía que había hecho daño a los suyos y que continuaría haciéndolo, no podía evitarlo, si alguien la mataba, les haría un favor a todos.

Estaba preparada, yo no.

Nunca me había ocurrido semejante idiotez. Mis víctimas querían vivir, tenían que sufrir por mis imposiciones no porque ellos quisieran. Pasé unos días de angustia y malestar, de rabia y confusión. Me encontraba mal y me encerré en casa, buscando la manera de que volviera la paz y me ayudara a encontrar el camino.

La vidente tenía que morir.

La gente es metódica, yo también.

Investigué para saber quién era la profeta, dónde vivía, sus debilidades. Sentado en mi escritorio abrí la carpeta que le correspondía y empecé a ultimar detalles.

Tengo todas las carpetas ordenadas por años. Todas las fechas anotadas, las investigaciones previas, cómo los he atrapado, el tipo de tortura que he utilizado en cada caso, las diferentes reacciones de cada uno. Una meticulosa labor que he aprendido de nuestros antepasados inquisidores y que intento enriquecer.

He creado un purgatorio, un lugar por el que han de pasar mis condenados antes de ir al infierno. En medio del bosque, la superficie solo muestra las ruinas de lo que había sido el monasterio. Bajo esa decadencia y olvido, en su sótano, todo está casi intacto, ese es mi paraíso y el tormento de mis invitados.

La gente es metódica, él más que nadie.

Misa diaria por la tarde. Sábados y domingos, mañana y tarde, confesiones antes de cada celebración del culto. Los feligreses sabían que de vez en cuando le gustaba escaparse a la naturaleza y se ausentaba unos días o una semana. Era alguien con quien les era fácil hablar, explicarle sus penas y miserias.

Había llegado el momento de la venganza. Tenía preparada una estancia especial, pero aunque la gente es metódica, la maldita vidente no lo era. ¿Habría adivinado también que era su hora? Daba igual, no podría evitarlo.

La falta de rutinas y que casi nunca estaba sola había dificultado la planificación, encontrar el momento. Cada día

estaba más nervioso, tenía que conseguirlo costara lo que costara, quizás sería la presa más difícil pero luego, cuando la tuviera sometida... Pensar en eso le excitaba y a la vez le provocaba gran desasosiego. No podía rendirse, no dejaría que escapara. El sótano estaba vacío y él también.

Llevaba semanas durmiendo mal, tenía ojeras y había adelgazado. El seguimiento de la vidente se había convertido en prioritario. Notaba en cada centímetro de su piel el desasosiego, la ansiedad. El temblor de sus manos aumentaba acompañando su odio.

Consiguió entrar en el piso de la mujer con facilidad. Había salido y la esperó mientras la tensión lo hacía sentir más vivo que nunca. Un par de horas más tarde llegó cargada con las bolsas de la compra, cerró la puerta y lo vio sentado frente a ella. Caminó sin miedo hacia el centro del comedor, dejó las bolsas a sus pies, se puso las manos en los bolsillos con tranquilidad y lo saludó con una sonrisa, como si fueran viejos amigos.

Como si fuera ella quien lo estuviera esperando.

A pesar de la sorpresa por su actitud y la rabia que le producía, él no quería entretenerse hablando, preguntando, perdiendo el tiempo. No caería en la trampa.

El corazón empezó a latirle con fuerza, se levantó con una porra en la mano, dispuesto a atacarla. Ella no se movió, no perdió la calma. Durante unos segundos le recordó a la otra mujer y las odió a las dos aún con más intensidad.

El primer golpe la hizo caer al suelo, sobre las bolsas, que desparramaron el contenido por la estancia. El brazo de la mujer había parado la embestida y apoyándose en el codo intentaba incorporarse.

Él la miraba desafiante, deseando matarla allí mismo, pero no debía. Tenía que llevarla al refugio, allí le haría lo que quisiera, quería hacerla sufrir hasta la extenuación.

Aprovechó la situación de debilidad para darle una patada en los riñones, pero cuando se acercó para pegarle de nuevo con la porra ella dio un giro inesperado y acertó a darle un buen golpe en los genitales con la mano derecha. Por inercia, la porra impactó en la cara de la vidente, aunque ya sin mucha fuerza.

El hombre cayó de rodillas a su lado, se miraron a los ojos.

El último golpe, aunque débil, había abierto la ceja de la vidente y la sangre resbalaba por su mejilla, pero ella sonreía de nuevo. Él abrió la boca para decir algo, lo intentó con todas sus fuerzas, pero de su garganta solo brotaban ruidos ansiosos, ahogados. Se esforzaba por respirar, cada vez le resultaba más difícil. La porra resbaló de su mano y se agarró el pecho, como si con ese gesto pudiera ralentizar la creciente velocidad de sus latidos.

¿Estaba sufriendo un ataque al corazón? Estaba a punto de perder la consciencia y lo último que vio la vidente en sus ojos fue incredulidad. Su mirada le preguntaba si también había adivinado que tendría un ataque en aquel preciso instante.

Segundos después, el hombre, el cura, moría a causa del corazón en el primer piso de un viejo apartamento, situado en un callejón donde poca gente se atrevía a entrar.

La vidente observó las compras derramadas, mejor, así todo parecía más violento. Se tocó los golpes que empezaban a hincharse, perfecto. Se levantó con dificultad intentando no tocar nada a su alrededor. Casi no podía mover el brazo que había parado el primer golpe. Fue hacia la habitación con paso inseguro y escondió entre su ropa interior la jeringuilla autoinyectable de epinefrina. La adrenalina que siempre llevaba encima por si sufría algún ataque de alergia grave.

Volvió a estirarse al lado del cura y llamó a la policía. Días atrás había denunciado que alguien la estaba siguiendo.

do, incluso tenía testimonios. Algunos clientes habían podido ver al hombre que observaba escondido su casa y su pequeña tienda. No sería difícil que lo identificaran, se había asegurado de que se fijaran en él. Ella también había hecho los deberes, también sabía pasar desapercibida y sacar información discretamente, y había descubierto que el cura sufría del corazón.

Aunque le hicieran la autopsia, no creía que fueran tan meticulosos con un asaltante como para descubrir el pinchazo en los genitales, ni tampoco creía que lo que le había inyectado para acelerar su ya galopante corazón, dejara ningún rastro.

La policía no tardó, no era un buen barrio y siempre tenían un coche aparcado a dos manzanas de su calle. La conocían, veían con frecuencia cómo iba y venía de su herboristería. Era simpática con ellos y en alguna ocasión habían dejado que les leyera las líneas de las manos.

Pero siempre les decía que no se lo tomaran al pie de la letra, que aunque no siempre se puede cambiar el destino, se puede intentar.

AGUJEROS

MARC MORENO

Mira la primera: un as. Mira la segunda: otro as. Mira al tipo con pinta de borracho que tiene a la derecha y recibe una sonrisa falsa que canta a la legua.

Pringao.

¿Se piensa que me la clavará?

El pringao, antes de hablar, saca del bolsillo lo que queda del gramo y lo vacía en la caja de cd que hay sobre el tapete verde, en el centro de la mesa. Coge una tarjeta de crédito que hay al lado y suelta una mirada interrogadora.

Todos asienten en silencio desde su silla.

—Joder, tío, dale caña o espérate a hacerlas cuando acabamos la mano —reniega el de la pareja de ases.

El otro ni lo mira. Cinco rayas. Él se mete la más grande.

—Las tienes buenas, ¿verdad?

Tú sí que estás buena, piensa el pringao, mientras se come con la mirada a la rubia que acaba de hablar.

El tipo con unas greñas a lo Camarón que tiene al lado coincide con él, también le daría duro a la rubia. Pero ninguno de los dos es consciente de esa coincidencia. Nunca han hablado de ella. Sobre todo porque la rubia es hermana del que lleva buenas cartas y son amigos desde la guardería.

—Sabes que siempre las llevo buenas, sister —le responde él.

El pringao piensa que decirle sister a tu hermana es una mariconada tremenda. Pero no lo dice. Le pica la nariz por la cocaína.

—No voy —dice el pringao.

¿Para eso sonreías, idiota? ¿Ahora te cagas?

El tipo de las greñas suelta un resoplido similar al de un animal. Él habla. Si quiere pasar desapercibido para ocultar la buena mano que lleva, no lo podría hacer peor. Se rasca la cabeza con los dedos y se peina su pelo revoltoso.

Solo se peina la nuca.

—Voy —dice con resignación, como si no quisiera hacerlo pero no tuviera más remedio.

Las tienes buenas, gitano de mierda, piensa el de la pareja de ases. Si no te habrías tirado.

—¡Yo también voy!

El tipo raquítico que se acaba de meter una raya parece que se ha animado de repente. Lleva un montón de fichas al centro de la mesa con un movimiento eléctrico y le da un beso en los labios a la rubia. Todo de golpe. O casi.

Ella le devuelve el beso. Le saca de las manos el cd y esnifa la raya más pequeña. Con parsimonia.

El hermano de la rubia cada vez está más nervioso. No deja de menear el culo en la silla. Le saca de quicio que la nena se apunte a las partidas de póquer porque solo va a pasar el rato, y lo desconcentra.

¡Esto es póker, joder!

Le metería un par de buenas collejas a la sister. Pero sería el único. Los tres tipos que hay junto a él en la mesa le meterían otra cosa. Sin collejas.

El pringao le lee la mente y piensa que debe ser una puta que tu hermana esté así de buena. ¿Jugarían a médicos, de pequeños? ¿Se la habrá pelado pensando en ella alguna vez?

¿Qué miras, pringao?

La sonrisa de complicidad y resignación que el pringao le dedica al de la pareja de ases responde perfectamente la pregunta que le ha hecho con la mirada. Pero el otro no se lo toma muy bien.

Si no juegas la mano, al menos no des por culo.

El pringao baja la mirada y comienza a manejar las cartas que hay en la mesa. El otro resopla fuerte y se pone las manos en la nuca mientras se estira en la silla y lo traspasa con la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunta el pringao.

—Si no juegas la mano, al menos no des por culo —verbaliza él.

El pringao asiente. Pide perdón con las palmas de las manos en alto y se dirige hacia la nevera con el vaso en la mano para poner hielo. La ginebra no queda lejos.

¡Qué fácil, joder! Ojalá lo hubiera dicho antes en vez de haberlo pensado.

—Yo tampoco voy, brother. Esta mano es tuya.

Y el pringao empieza a pensar que aquella timba es un videoclip de reggaeton. ¿Brother? Venga, joder, a la rubia solo le falta decir "dámelo todo, papi".

Con el flop en la mesa el novio de la sister también se ha retirado y solo quedan dos jugadores. Y el de las greñas pasa.

—No tengo mucha pasta, no quiero arriesgar y perder la apuesta —se excusa el de las greñas.

El de la pareja de ases lo mira con cara de pocos amigos. Menuda mierda, con una mano de puta madre y nadie sube las apuestas.

—¿Vas corto de dinero, gitano? ¿Esta semana no has robado mucho cobre?

El de las greñas ni se inmuta. Ya está acostumbrado a las comparaciones con los gitanos desde que lleva el pelo así y las bromas al respecto. El otro está que trina. Mete la mitad

de sus fichas. Tiene que sacarles algo de rentabilidad a los dos ases. El gitano suspira como si la cosa no fuera con él. Mira las cartas. Cierra los ojos. Intenta sumar las fichas que hay. Vuelve a mirar las cartas. Suspira de nuevo. Y, como si no supiera perfectamente qué cartas tiene, las analiza de nuevo.

—¿No me jodas que no vas a ir?

—¡Déjame pensar, joder! Que tú las tienes buenas.

Y tanto, que las tiene buenas, el de los ases.

Y el de las greñas le pega otro vistazo a las cartas.

—¡No las mires más, hostia! Si no fueras gitano pensaría que necesitas gafas, pero en mi vida he visto un gitano con gafas.

Ni caso. El gitano se repeina las greñas y se lo sigue pensando.

Silencio.

—Me parece que no queda farlopa, no quiero interrumpir este mágico momento de tensión, pero si queremos pillar algo más deberíamos llamar ya al Papitu.

¡Pringao! Haz lo que te dé la gana, pero no interrumpas.

El gitano pone las fichas en medio de la mesa. Sin decir palabra.

El otro sonríe. Ya no esconde lo que todos saben: las tiene buenas.

El pringao habla una milésima de segundo por el móvil y cuelga con cara de satisfacción. En 10 minutos llega el Papitu con el material. La partida pierde interés. Ahora solo importa cuándo aparecerá el camello con la droga.

Menudo imbécil, ¿para qué tiene que llamar ahora al Papitu? ¿No se podía esperar a que acabasen la mano?

—All in —dice el de la pareja de ases mientras coloca en el medio todas sus fichas.

Y de pronto, tras escuchar la expresión más excitante que hay en el mundo del póker, todos los ojos que, atentos a la

puerta, esperaban la aparición mesiánica del Papitu, se centran en la mesa.

Todos enloquecen.

El interés por la droga ha sido superado por el del dinero. Por la apuesta. La rubia da palmas, incapaz de detener aquella risa algo tonta. Su novio también sonrío de manera nerviosa mientras le da golpes en el hombro al de las greñas y hace ruidos sin sentido. El pringao clava la mirada en la pareja de ases, hace que no con la cabeza y clava las manos en la espalda del tipo que lo acaba de apostar todo.

—Anda, gitano, ahora tienes tú el marrón. A ver qué haces —le dice el pringao.

—¡Tiene que ir! Tiene que ir, hostia, que sino siempre jugamos partidas sin emoción ni apuestas fuertes.

Salvo el de las greñas, todos estallan en una sonora carcajada. Presionando de esa manera, el de los ases demuestra que tiene una buena jugada entre manos, pero la apuesta es de las gordas y el gitano sabe que si gana acabará la fiesta haciendo un trío con un par de putas en la zona alta.

—No te lo pienses más, gitano. ¡Tú hablas!

Pero el gitano no dice ni mu. Frunce el ceño y no varía su cara pensativa. La mueca pone aún más nervioso al de la pareja de ases.

Suena el interfono.

Y la atención se traslada desde la mesa de juego hacia la puerta. La droga vuelve a superar en interés el póquer. El de los ases resopla de nuevo con negatividad. Vuelta a empezar. ¡Esto será interminable!

—¿Qué pasa, chicos, cómo llevan la noche?

Y el Papitu se convierte en el centro de la fiesta. Como si fuera el tipo más simpático del mundo, aunque no lo es.

—De cachondeo, por ahora, pero contigo seguro que mejora.

Las palabras del pringao son un resumen del pensamiento de todos, que casi bailan la danza de las reverencias alrededor del Papitu.

En la mesa, el tipo con la pareja de ases entre manos continúa sentado. No dice nada. No se mueve. No se levanta.

Tan solo espera.

—Venga, tío, queremos dos gramos.

—Tranqui, papi, vamos bien de tiempo esta noche. ¿Dónde tienen el lavabo?

La rubia le indica la puerta del lavabo y el Papitu se cierra por dentro. La espera se hace eterna, todos de pie alrededor de la mesa con la mirada impaciente en la puerta del baño. El tipo venía con diarrea, piensan. Caen unos gintonics e incluso el de los ases, aburrido, se levanta de la mesa.

La sed de droga no se va con la bebida y el póquer casi que ya es historia. Ahora solo quieren que el Papitu deje de cagar de una puta vez, salga del baño y puedan meterse los dos gramos de cocaína.

Veinte minutos.

Se han ventilado un par de gintonics por barba y, cuando se disponen a ir en busca del tercero, por fin se abre la puerta del baño. Decir desesperados es quedarse muy corto.

—Disculpen la espera, chicos, una urgencia. Aquí tienen lo suyo.

—No tienes muy fina la flora intestinal, ¿verdad?

Pero el Papitu no tiene ni idea de qué es la flora intestinal y no hace ni caso a la pregunta de la rubia. El tipo coge los 120 euros y se larga despidiéndose con besos a los cinco. El resto tampoco presta demasiada atención al ritmo intestinal de su camello. Antes de que hayan reactivado la partida ya se mentido un gramo entre pecho y espalda.

—Gitano, ¡tú hablas!

—Pues debería ir, porque si gano la mano con la pasta me pegaré un final de fiesta como dios manda.

El gitano parece que se ha animado con la raya kilométrica que le ha hecho el pringao. El de la pareja de ases no acaba de estar tranquilo del todo.

—Pero es que tú las llevas buenas, cabroncete. Y no voy bien de pasta como para jugármela.

El otro le hace un gesto de comprensión con la cabeza.

—Pero es que yo tampoco las tengo malas.

Resopla con estrépito.

—Y todavía quedan dos cartas para salir.

Otro resoplido. Más sonoro que el primero.

—Pero como pierda me dejas bien jodido.

—Mira, tío, me parecen perfectas tus filosofadas y tus dudas, ¡pero o vas o no vas, cojones! Esta puta mano parece la Sagrada Familia, la tendremos que acabar algún día, ¿no?

Un as y una Q salen de las manos del gitano y caen sobre la mesa.

—Voy.

—¡Aleluya!

El otro destapa la pareja de ases, que también cae sobre el tapete verde que cubre la mesa. Cierra los puños y lo celebra como si hubiera marcado un gol. Pero todavía hay que acabar la partida.

Todavía.

En la mesa el flop es un 3, un 10 y un as. El desesperado lo tiene todo de cara. El gitano lo ve muy negro. Faltan dos cartas.

Todavía.

—¿Hacemos unas líneas para rebajar la tensión del momento?

¿Ahora, cabrones?

Y el pringao hace cinco. De las buenas. El segundo gramo también ha volado. El desesperado, que ahora ya no lo es tanto, aguanta como puede. Le hace un gesto a la sister para que saque las cartas.

Una J y una K.

¡A la mierda! El gitano se queda de piedra, con una sonrisa de oreja a oreja y los bolsillos llenos. El otro se queda bastante más de piedra, pero de otro tipo. Ni sonrisas ni bolsillos. Con las manos en la cabeza, las lamentaciones no tienen fin. ¡Putá mala suerte! ¡Perder con un trío de ases!

No pasa nada, le dicen todos, hay que saber perder. Pero él no quiere saber nada de perder, él quería ganarle la pasta al gitano.

—Haz unas clecas, al menos —le dice el de la pareja de ases al pringao, a medida que baja el nivel de enfado.

La putada es que la segunda bolsita de cocaína está vacía. La primera hace rato que forma parte del pasado. El desesperado se vuelve a desesperar.

¡Ni dinero, ni farlopa! Puta mierda de noche.

—Puedes lamer la bolsa, si quieres, brother, siempre queda algo de polvo pegado y seguro que coloca.

Y el brother no tarda ni un segundo en pasar la lengua por el interior de la bolsita en la que antes había un gramo de cocaína.

No está mal, se le duermen los dientes.

—¿Sabéis lo que pienso? —pregunta el pringao—. Igual el Papitu no estaba cagando los veinte minutos que se ha tirado en el lavabo. Igual es que llevaba la farlopa en el culo y se la estaba sacando para darnos los dos gramos.

Y todos clavan la mirada en el que acaba de lamer la bolsita. Como si fuera una coreografía ensayada. Un movimiento de cabezas eléctrico.

El tipo empieza a hacer arcadas y la garganta le quema por dentro con los dientes aún dormidos, no se sabe si por las rayas que se ha metido o por la mierda del culo del Papitu.

—¡Hijoputa, el Papitu! Me lo cargo.

La solidaridad de los otros cuatro es automática. Incluso el pringao, que reconoce haber hablado del agujero del culo del Papitu con la mejor de las intenciones.

Para avisarte, dice.

Y la sed de venganza se apodera de la timba. De hecho, ya no hay timba. Ahora solo hay ganas de hacer que el Papitu pague por lo que ha hecho. Así que lo vuelven a llamar, y el camello no tarda más de un cuarto de hora en entrar de nuevo en el piso. Sabe que allí hay negocio.

—Qué pasa, chicos, hoy van fuertes. ¿Necesitan más fiesta? —le pregunta al pringao.

—Sí, necesitamos más mierda de la tuya.

Todos a reír.

—Qué bueno, papi. Esta noche los veo muy activos. Hoy soy su hombre favorito.

—¡Y tanto! Nos tienes locos, Papitu. Es como si te chupáramos el culo, hoy.

Más carcajadas.

—La pasan bien. Se parten el culo con la mierda que les traigo, ¿verdad?

—No sabes cómo lo has clavado. Contigo somos culo y mierda y venga, todos a reír.

Pues eso, que todos a reír. Bueno, todos menos uno, que corta de raíz el cachondeo.

—Déjate de historias, maricón, ¿dónde llevas la farlopa? —pregunta de malas maneras el de la pareja de ases.

Pero el Papitu no tiene tiempo de responder la pregunta del que se ha comido la bolsa con la mierda de su culo. Recibe un cabezazo en la nariz y cae redondo.

—¿Pero qué haces, brother? —pregunta la rubia.

—¿Qué hace, papi? —pregunta desde el suelo el Papitu—. ¡Te estás equivocando, papi!

Pero el del aliento con olor a mierda no está para tonte-rías. Agarra por la nuca al Papitu y le estampa la cara contra el suelo.

—Ahora verás lo que es comer mierda.

—¡Pero tío, que todo era coña! —grita el gitano—. ¡Con-trólate, hostia!

Pero ya no hay control posible. Después de haber lamido lo que ha salido por el agujero del culo de otro tipo, pedirle a alguien que mantenga la calma es un acto inútil.

El del aliento con olor a mierda le quita los pantalones al Papitu como puede. El cuñado le ayuda, sujetándolo en el suelo. La sister y los otros dos aún están helados. Esto va a acabar mal, piensa ella.

Le arrancan los calzoncillos al Papitu, que queda a cua-tro patas. Esto se pone interesante, piensa el del aliento de mierda.

—¿Qué hacen, chicos? ¿Quieren droga? ¡Las daré buena mierda! ¡Y gratis!

—Exactamente eso es lo que queremos. ¡Tu mierda!

El pringao cae encima del camello y lo sujeta con más fuerza que el cuñado. Le guiño el ojo a su amigo, animán-dole.

El otro no duda y se coloca detrás.

El gitano se anima y le pega una patada en las pelotas al Papitu. Aquella farlopa nunca le había gustado del todo, cuando baja te deja un sabor extraño.

—Vamos, ya le puedes sacar la mierda del culo al hijopu-ta —grita el pringao.

La mano del tipo con aliento de mierda entra con viru-lencia en el agujero del culo del camello. Sin preliminares ni hostias. El Papitu se desgañita.

El grito desesperado los hace callar a todos.

La mierda no sale, pero la sangre mana a medida que la mano se mueve entrando y saliendo del culo. La rubia deja

de mirar aquel espectáculo tan desagradable. El pringao continúa absorbido por la escena.

—¡Sacadle la farlopa, joder! —propone con entusiasmo.

No hay manera. De ese culo no sale nada por mucho que los dedos buceen en su interior. Pero este hijoputa debe llevar la coca bien dentro, gritan unos y otros. Y saldrá.

—Aquí no sale nada —dice el de la pareja de ases mientras le saca la mano del culo.

Un montón de mierda marrón con líneas rojas dibujadas verticalmente es lo único que sale del culo a la vez que el Papitu vuelve a bramar con más intensidad durante unos segundos. Después susurra algo inaudible y se desploma. El otro se queda con la mano llena de mierda.

¡Que se la coma!

Dicho y hecho. La idea del pringao es cojonuda y el otro la recibe con entusiasmo. Un segundo después, el Papitu tiene la boca llena de mierda estampada contra la mano que hace poco tenía metida en el culo.

De la cocaína ni rastro.

DE PARTE DEL SEÑOR BROWN

CARLOS SALEM

—Será un atraco cojonudo —dice Harly. Y bebe su vaso de un trago.

Yo miro alrededor, pero en realidad sólo me importa que lo haya oído Lola.

Y no. Está al otro extremo del bar, sirviendo una de las mesas.

Hay bastante gente, es miércoles y es temprano. No suelo venir a esta hora, cuando la gente se acerca para tomar una copa al salir del trabajo, antes de volver a casa, a rezarle al dios de la tele.

Tomo a Harly del codo y vamos hasta una mesa alejada.

—¿Quieres ser más discreto, Harly? —le digo al oído—
¿O es que en la cárcel no te enseñaron a tener la boca cerrada?

El Harly sonrío como un niño. Pero es un majara. Y estoy harto de los majaras, de verdad. Es cierto que estuvo en la cárcel un par de veces, y presume de ello. Y me da consejos sin venir a cuento.

—Cuando una tía se pone histérica durante un atraco, nunca le pegues una bofetada como sale en la pelis —me dijo un día.

—¿Ah, no?

—No. Es peor. Tienes que darle un golpe seco y suave, pero firme, seco, ¿sabes?, en una teta. Y santo remedio.

Siempre está diciendo cosas así, desde que se me adosó una noche, aquí en el bar. Su verdadero nombre no es Harly, pero se apellida Davidson. Y eso lo condicionó para toda la vida. En lugar de ser un buen muchacho judío que trabajaría para heredar la tienda de su padre, Harly hizo honor a su destino. Comprar la primera moto lo llevó al golpe que le valió la primera condena. Pero luego aprendió bastante, según él.

Y ahora quiere dar el gran golpe. Esta noche.

Y quiere que lo ayude.

Dudo. Yo siempre he soñado con atracar un banco. Todo el mundo tiene derecho a un sueño. Pero esto no es un atraco a un banco.

—Poe, Poe, deja de dudar, que será coser y cantar —asegura, y se bebe otro trago que toma de una mesa de al lado.

Harly es enorme y la gente tiende a ser gentil con él, porque además de su corpulencia, está esa mirada de niño loco que inquieta a la gente.

A mí me da igual. Tengo un máster en tratar con majaras y todo ese conocimiento se reduce a la certeza de que nunca se sabe por dónde saldrán. Por eso son majaras.

—Tengo los datos, el soplo, me costó lo mío, no creas, pero no te lo descontaré de tu parte, Poe. Al fin y al cabo, empiezas en el oficio.

Habla del oficio de atracador a mano armada. Pero suena como si me hubiera asociado a un taller de fontanería.

—No sé, Harly, igual te conviene alguien con más experiencia —digo mientras saco un puñado de cerillas del bolsillo.

—No, Poe. Para estas cosas, con que uno sepa lo que se hace, basta. Es temple lo que hace falta. Y cojones. Tú tienes

cojones. La otra noche vi cómo ese rubio se te venía encima con su botella de cerveza, lo viste venir y ni

siquiera te inmutaste. Sólo sacaste la mano y le diste con el culo de tu botella en la cara, chocó con ella, y cayó. Genial. Nervios de acero. Economía de movimientos. Capacidad de reacción. Eso es lo que hace falta en un socio y tú lo tienes.

Sé que sería inútil argumentar que esa noche que dice yo iba tan borracho que apenas veía, que el rubio se me vino encima por mi puñetera costumbre de meter el cuello de mi botella de Mahou en el culo del tío más grande que tengo cerca cuando me deprimó, y que en realidad sólo levanté la botella para con—vidarle un trago y él chocó con ella.

Además, qué coño, cuando él lo cuenta con tanta admiración, suena muy bien.

—Y está lo del coche —dice—. Mi Harley canta mucho para un golpe así.

En cambio tu coche, con todo ese barro y lo mal que lo cuidas, nadie lo mira dos veces. Y tiene un buen motor. Después del golpe lo llevamos a un lavadero y nadie lo reconocerá.

—Ni yo. Llevo años sin lavarlo. —Por eso. Hoy es la noche. Se levanta a por un par de cervezas y pienso que tiene razón. Han salido catorce cerillas: es un sí. Tengo que hacerlo.

Además, está lo del dinero.

Harly dice que ese golpe es de los grandes, lo suficiente como para olvidarme de trabajos de mierda por un par de años o más. Y Lola ya me ha ofrecido varias veces que venga a trabajar aquí con ella. Sé lo que quiere decir y lo agradezco. Pero aunque sea una basura y un fracasado, no pienso asociarme con Lola por la vía urinaria. Si tuviera algún dinero sería diferente.

Y está el revólver. Harly me lo mostró en el baño, hace un rato.

—Éste será el tuyo —dijo sacando de su mochila algo envuelto en un paño.

Era un 38 largo. Oxidado. Pesado. Joder.

Cuando yo intentaba escribir algo decente, siempre se acababa colando en el relato un 38 largo oxidado. No lo planeaba. Sólo ocurría. Pero nunca había tenido un 38 largo oxidado.

—Repasemos el plan —dice Harly al volver—. En media hora salimos y nos vamos a seguir al tío bajito, el correo. Sé el recorrido que suele hacer los miércoles por la noche, que es cuando llena el maletín.

—¿Y cómo sabes que lo lleva ahí?

—Coño, Poe, es mi oficio. Slobotzkovich, el tío bajito, es correo de gente que blanquea dinero, lo sé. Lo huelo. Oficialmente, es contable de varias pequeñas firmas judías, entre ellas la tienda de mi padre. Pero siempre supe que estaba metido en algo gordo. Y lo he seguido varias veces, pero no podía saber cuándo tendría encima la recaudación. Y el lunes lo oí. En la tienda de mi padre.

—Oye, ¿no acabas de decirme que te enteraste por un soplo que te costó tu dinero?

—Eso ahora no importa. El caso es que el lunes, en la oficina de la tienda de mi padre, no me vio. Llevo tiempo rondándolo, esperando el dato definitivo,

¿lo captas? Hablaba por teléfono con alguien y decía que el miércoles por la noche pasaría a re—coger al señor Brown, que esperaba que estuviera completo. El señor Brown ¿Lo captas?

—No. ¿Brown es un apellido judío? No parece...

—No me jodas, Poe. El señor Brown es el maletín, la pasta que él recauda y que provendrá del juego ilegal, de negocios poco claros, sobrepuestos en la venta de pisos, putas,

pornografía, cosas así. Es dinero negro, por eso se llama así, ¿lo captas?

—Vamos a ver, Harly. Si se llamara así porque es dinero negro, sería el señor Black, preguntaría por el señor Black...

—¿Y que cualquier chorizo del tres al cuarto lo pillara a la primera? No, Poe: esta gente sabe trabajar, tiene clase. Se merecen el honor de que los despojemos.

No pongo más pegas porque las cerillas han decidido.

Además, me gusta la idea de hacerme con una buena cantidad de dinero y ofrecérsela a Lola como aporte para asociarme, en el bar y en lo que sea.

Es increíble la facilidad con que un naufrago confunde cualquier astilla con una balsa. Ya estás resignado a hundirte, sólo es cuestión de tiempo, casi lo estás disfrutando, cuando llega flotando una caja de cerillas y piensas que montándote encima llegarás a tierra firme.

Y mis cerillas han dicho que sí.

Salimos un rato después. Nos llevamos varias cervezas para el viaje. Hay que empujar mi coche, pero es cuesta abajo.

—No importa —dice el Harly—. Daremos unas vueltas hasta que se cargue la batería. Además, conozco el recorrido del fulano. Lo he seguido un par de miércoles y siempre hace el mismo trayecto, recogiendo la pasta, ¿lo captas?

Un rato después, detenemos el coche en un lugar oscuro y bebemos. Bebemos bastante.

Harly me pasa mi 38 largo oxidado y se mete en los riñones la automática que ha reservado para él.

—¡Coño, casi me olvido! —dice el Harly, y saca algo más de la mochila. Caretas.

Me tiende la mía. Me la pongo sin pensar y me miro en el retrovisor. Oh, no. Es del canario Piolín.

—¿Piolín? —grito—. ¡No pienso ponerme una careta del maldito pollo Piolín! ¿Lo captas, Harly? ¡Ni lo sueñes, odio a

ese puto pollo chivato de Piolín, es peor aún que el Correca-
minos, me he pasado la vida esperando que el gato Silvestre
lo atrape un día y le dé por el culo!

Él levanta la cara, y mira a los lados, alarmado.

La gente, poca, que pasa por la acera, mira hacia el co-
che. Veo su careta y exploto otra vez:

—¡Bugs Bunny! ¡Tú eres Bugs, el conejo de la suerte, el
cachondo orejudo que se folla a las conejitas más guarras,
y yo tengo que ser el marica del pollo Piolín! ¡De eso nada!

Es que estoy harto de majaras. De verdad. Y bastante bo-
rracho. Levanto el 38 oxidado y apunto a su cara.

Él hace lo mismo con su automática, que ha sacado sin
que lo viera.

Es rápido, Harly. Nos quedamos así unos minutos, con
las caretas puestas y las armas apuntado a los personajes de
la Warner.

Quiero disparar.

Quiero que diga algo incorrecto. Quiero otra cerveza.

—De acuerdo —dice lentamente Harly—. Yo seré Piolín.

—¿Ves cómo hablando se entiende la gente? —le digo
mientras nos cambiamos las caretas. Las dejamos sobre la
frente, como viseras.

Abro dos cervezas.

Harly propone que brindemos por la amistad pero yo ob-
jeto que el pillo de Bugs no puede ser amigo de Piolín.

—¿Quieres dejarlo ya? —grita Harly quitándose la careta
con rabia.

En eso veo pasar al tío bajito. Debe ser Slobotzkovich o
como se llame. Viste pantalón gris y chaqueta negra anti-
cuada. Y tiene cara de contable. Lleva un grueso maletín en
la mano.

Harly también lo ha visto.

Es Slobotzkovich. Nos ponemos las caretas y bajamos. El
tío bajito entra en un portal. Llama y le abren. Entra.

—¿Ves? Es una clave, Poe. El miércoles hizo lo mismo: primero pasó por una tienda de licores, luego por el sex shop de la avenida. Entró y salió por la puerta trasera, la que da al callejón. Pero ahí no convenía atracarlo, porque acababa de empezar el recorrido. Luego... —consulta una libreta pero no alcanza a ver bien. Harly es miope. Busca las gafas en su cazadora y se las pone sobre la careta de Piolín... Luego pasa por el garito ése, el Café Premier, cerca del río, todos saben que ahí se juega por dinero y fuerte. Y termina el recorrido aquí. Aquí se queda un buen rato. Seguro que tiene mucho dinero que contar. Ahora hay que esperar.

Nos ocultamos entre las sombras del portal de al lado, que pertenece a una tienda vacía. Aunque yo preferiría ir a beber algo a un bar cercano.

Pero Harly es inflexible:

—Coño, el trabajo es el trabajo —dice.

Un niño de unos siete u ocho años se planta frente al portal y nos mira.

—Vete, niño —dice Harly.

—Vete tú a tomar por culo —contesta el niño—. A mí no me da órdenes el mierda de Piolín.

—¿Ves? —le digo a Harly—. Te dije que Piolín era un mierda. No es adecuado.

—Vale, Piolín es un mierda, pero tienes que marcharte, niño.

—Ya —dice el crío. Y se sienta en el portal, con los pies sobre la acera.

—¿No es hora de que estés en tu casa? —pregunto. Como soy Bugs, el niño me hace algo de caso.

Señala con la barbilla una ventana al otro lado de la calle:

—Dentro de un rato —dice—, cuando mamá acabe con su cliente. Ahora no puedo estar ahí porque no los dejo concentrarse para follar y ella teme que alguno me lo quiera hacer a mí.

—Hace bien —digo para ganarme su confianza—. Hay mucho tío raro por ahí...

—¿Y lo dices tú, que llevas puesta una careta de conejo?

El crío es duro. Le susurro a Harly que habrá que tomar medidas drásticas y se preocupa, pero asiente.

—Dale dinero al chico —le digo—. Que traiga unas cervezas. Le damos unos billetes y se marcha.

—Ése no vuelve —dice Harly—. Es un hijo de puta.

—Eso es cierto. Pero si no vuelve, mejor. Es lo que queríamos.

—Es que ahora me ha dado sed. Y el jodido Slobotzkovich que no baja...

Se oye el ruido del portal al abrirse y cuando pasa Slobotzkovich tiramos de él hacia dentro. Está aterrado.

—Venimos de parte del señor Brown —dice teatral el Harly.

Slobotzkovich se hace el que no entiende, pero es obvio que el nombre le suena de algo, sabe de lo que hablamos. Harly, después de todo, tenía razón. Es que no hay como ir a la cárcel para aprender.

—No te duermas. Cachéalo —ordena Harly.

Slobotzkovich tiene un brazo en alto y con el otro sostiene el maletín. No tengo idea de cómo se cachea a alguien, pero cuando rebusco en sus bolsillos, me quedo con la cartera.

—No están muy frías. Y no había Mahou —dice el niño, que ha vuelto con cuatro cervezas y la vuelta.

No hay nadie más honesto que un hijo de puta, pienso.

Estiro la mano y cojo una, mientras sigo revisando a Slobotzkovich. Parece limpio.

—Pero... El señor Brown... Ustedes no pueden... No en—tiendo —dice él.

—Ni falta que hace. ¿Te han dado lo tuyo, allí arriba, está todo?

—¿Se refiere a la cena de mi madre? —pregunta Slobotzkovich. El tío es bajito pero tiene huevos. Hay que reconocerlo.

—Me refiero al señor Brown. ¿Qué coño haces, Poe?

—Trato de abrir la cerveza, ¿no lo ves?

—¿Con el 38? No seas burro.

—Claro —dice el niño—. Con una 45 es más fácil. Así abre las cervezas el cliente que está ahora con mamá. Debe estar por bajar. Espera y se la pides. Es policía.

Reacciono primero, porque Harly lleva la careta de Pio-lín con las gafas por encima y no puede hacerlo. Le pego un rodillazo en los huevos a Slobotzkovich, no muy fuerte, y le arranco el maletín. Se lo alcanzo a Harly

—Ustedes no entienden, el señor Brown...

—Ya, ya —dice Harly y sale corriendo hacia el descampado donde dejamos el coche.

Le doy al niño tres de los billetes grandes que hay en la cartera de Slobotzkovich. Hay bastantes billetes grandes. No son millones, pero hay bastantes billetes. El niño me mira. Alcanza para pagar una noche con una puta de las buenas.

—Dile a tu madre que te dedique todo el día, mañana, que se lo compras. Le regalo la careta de Bugs.

Y salgo corriendo detrás de Harly. Slobotzkovich llora por perder al señor Brown.

El jodido coche no arranca y tenemos que empujar calle abajo. Cuando el escape estalla con su petardeo, creo que son disparos. Subimos y nos alejamos.

Cerca del bar, donde está la casa abandonada y ronda El Loco, nos detenemos a contar el botín.

Nos internamos en esa selva de matorrales. Cuesta abrir el jodido maletín y me niego a que Harly se ponga a disparar tan cerca del bar de Lola.

Rompemos los cerrojos a pedradas y con la barra de metal que uso para fijar el volante de mi coche. Al fin se abre.

Y en eso llega el coche de policía.

Se detiene junto al coche y bajan dos agentes.

Harly y yo nos zambullimos en las malezas altas y arrastramos el maletín hasta la casa abandonada.

Los policías parecen esperar algo.

—Mete la mano en la maleta, Poe —susurra Harly—. Calcula cuánto hay. Sin dejar de mirar hacia los policías, meto la mano y toco.

—No son billetes. Es algo sólido, como una pasta o así. Paquetes.

—Igual son drogas —dice Harly—. Yo las pasaré.

—Y yo pasaré —digo—. Una cosa es un golpe y contar billetes y otra meterse en esa mierda. Paso.

—Mira a ver qué es, Poe, que en la carrera perdí las gafas. Tanteo en la oscuridad, palpo y no reconozco la mercancía. Hay una etiqueta o lo que sea. Un cartón.

Tiro de él y lo arranco. Trato de leer a la luz de la luna.

Mientras tanto, los policías han hallado lo que buscaban: El Loco.

Lo habrá denunciado algún vecino cabrón por su costumbre de tenderse en el centro de la carretera con los brazos en cruz.

Se lo llevan en el coche. Dentro de unas horas estará de regreso.

—¿Sabes lo que te digo, Harly? Que todo el botín es para ti. No valgo para esto, tío. Y si no es efectivo, no lo quiero. Prefiero que te lo quedes tú, que al fin y al cabo has planeado el golpe, conseguiste la información, todo eso.

—Joder, Poe, no sé. No es justo.

—Que sí, tío, que sí. No se hable más. Yo soy sólo un aficionado y casi lo jodo todo con lo de las caretas.

Recuerda que lleva puesta la suya y la guarda en la mochila.

Decide regalarme el 38 oxidado y acepto. Lo acompaño hasta donde tiene la moto y se marcha impaciente, a su casa, a calcular el botín.

No le digo nada de la cartera de Slobotzkovich, porque eso son minucias. Hay una buena cantidad, sí.

Suficiente para saldar mi cuenta con Lola, comprarme algo de ropa y muchas, muchas cervezas.

Y para invitar a Lola a cenar a un sitio elegante, si me decido, un lunes que libre.

Entro al bar y todavía hay gente.

Lola se alegra de verme de regreso y el pelma que ya daba por hecho que se iría con ella esta noche me maldice en silencio.

Tampoco me iré yo con ella, creo que no. No todavía. Un rato después suena el teléfono y es para mí.

Es Harly: —Poe, ¿sabes lo que había en el maletín?

—No —miento—. Yo no entiendo de esas cosas, Harly.

—¡Una colección completa de consoladores! ¡Una docena de pollas de negro, con vibrador y de diferentes tamaños y grosores! ¡Eso es el señor Brown!

¡Maldito Slobotzkovich, pedazo de maricón! Los habrá recogido en el sex shop y la semana pasada, cuando lo seguí, habrá ido a encargarlos.

—Joder.

—¿Me quieres decir que hago yo ahora con esa colección de gigantescas pollas de negro?

—Harly, tú mismo —digo sin reírme—. Si te da reparos, siempre puedes ponerte la careta de Piolín.

Y cuelgo.

Estoy harto de majaras. De verdad.

TOCOTOCOTOC

GUILLERMO ORSI

Hay que estar condenado a morir apenas amanezca para saber de verdad qué es el insomnio.

La sentencia que pone a Ramón Puerta frente al final precipitado de su vida no ha sido dictada por ningún juez ni tribunal de última instancia. Es la promesa que acaba de oír en su celular inteligente, deformada la voz aunque sepa que no hay al otro lado de esa llamada de medianoche la menor intención de ocultar su identidad.

¿Por qué lo hace, entonces?

Patricia nunca le ocultó nada. Ni su fortuna ni su homosexualidad. No habían terminado de compartir el cigarrillo entre el primer y el segundo polvo cuando, envolviéndole el rostro con el humo, le advirtió que no era con él, ni con tipos como él, que pensaba compartir su vida. Porque la vida no es un cigarrillo después del amor, ni siquiera es el amor –le dijo. Y tengo suficiente dinero para comprar este acto de ilusionismo de feria de variedades y pagarlo como si fuera real, ¿entendés? Como si de verdad creyera en lo que estás diciendo.

No, Patricia no. Aunque su voz deformada no haya podido disimular las inflexiones del desprecio, la música insignificante y opaca del hartazgo.

El llamado del portero eléctrico lo obliga a saltar de la cama y manotear el auricular que se le escapa como un gato arisco y golpea contra la pared de la cocina.

—Subo a verte.

La voz, esta vez acuosa, de sonoridad submarina, podría ser la de Lorena.

Lorena es de aparecerse a medianoche sin avisar, de desatar un escándalo de celos por el puro placer de ver qué sigue, con quién estás, Ramoncito, con qué puta me engañas ahora, quiero ver las caras de los dos como en una selfie, dale, sonrían antes de morir.

Pero Lorena debería estar al otro lado del mundo, mudada a Corea del Sur con el coreano profesor de literatura inglesa que conoció en Londres cuando estuvo un año estudiando allá, y del que dijo haberse enamorado por fin y para siempre.

—Aunque no entienda de qué habla el coreano cuando me habla en su idioma natal penetrándome como un ente extraño, un eté parecido al de Spielberg.

Y rieron, Lorena y Ramón, la última noche juntos imaginando y recreando Ramón al coreano profesor con oraciones ininteligibles y gestos de amante oriental que le reza a Buda mientras se corre.

Ningún rencor, nada pudo haber hecho Ramón para que Lorena se haya tomado el trabajo de cruzar de regreso el mundo y largarse a las calles porteñas en plena madrugada sólo para matarlo.

—Pasá —dice él, cuelga el auricular y vuelve a la cama, se acuesta a esperarla sea quien sea, oye el zumbido del ascensor subiendo los veinte pisos.

Podría ser Sofía, ahora que lo piensa y la imagina retocándose el pelo frente al espejo del ascensor, encerrada en su solitario ascenso al infierno que Ramón supo construirle.

Porque si tuviera que hacer un ranking, una escala del odio que pudieron llevarse sus mujeres como recuerdo de su relación con Ramón Puerta, Sofía tendría un lugar de privilegio. Ella sí prometió matarlo si volvían a cruzarse. Sea donde sea, dijo Sofía, en la calle, en un lugar público, en una fiesta privada, no te atrevas a cruzarte nunca en mi camino porque sos hombre muerto, Ramón.

Le consuela saber que si es Sofía la que sube en el ascensor todo acabará pronto. Nunca fue de demorar la ejecución de sus decisiones, estalló de furia, no soportó encontrarlo en brazos de otro hombre, desnudos los dos y en su propio departamento, aprovechando la ausencia de Sofía por un viaje del que regresó anticipadamente. Como en el tango, dijo Ramón, burlándose, volvió una noche. Reían aún, él y su amante, atronando a carcajadas la calle desierta mientras huían desnudos porque Sofía no les había dado tiempo a recoger sus ropas y total que Edgardo o Eduardo, no recuerda el nombre exacto, terminó siendo el amante de Sofía cuando acabaron reencontrándose en un cóctel del embajador de Italia en Buenos Aires.

Le divierte pensar que si es Sofía tal vez venga con él, con Edgardo o Eduardo, que hayan planeado matarlo entre los dos, uno o una cerrándole el paso, otra u otro ensartándole las consabidas puñaladas que merece todo traidor. Aunque tal vez sea el deseo lo que los haya empujado a las calles, la necesidad de conformar ahora y amorosamente el trío al que Sofía se negó, ciega de odio entonces, tan patética con su cuerpo flaco de tetas exangües, madre de tres críos y un marido golpeador que la secaron a mamadas y golpes, tres varones y con el golpeador, cuatro. Piensa ahora Ramón Puerta que a lo mejor por eso eligió a Edgardo o Eduardo, un puto para una pareja diferente, aunque el puto resultó tan fértil como el golpeador y la inundó con un esperma de

laboratorio genético y le sembró cinco embarazos de los que abortó cuatro para quedarse con el último.

Cuando el ascensor se detiene en el piso veinte, los pasos son de tacones sobre las baldosas del pasillo, firmes aunque discretos.

Los pasos de Marianne, no pueden ser otros. Los de la bella francesa que abandonó todo para seguir a Ramón en un viaje iniciático a la selva de Colombia, una inmersión en la lujuria y la ayahuasca pero también en la sordidez y la mugre de una tribu de famélicos que afirmaba ser la corte de un dios indio de nombre impronunciable. Ramón Puerta justificó su viaje en un artículo para la revista Nature que estaba escribiendo y Marianne pero qué casualidad, yo también escribo para Nature sobre experiencias extremas y culturas de los márgenes, qué espléndida oportunidad para descubrir nuevos mundos, dijo mientras se amaban en la habitación de un hotel de extramuros de París.

El tocotocotoc de los tacones aumenta su volumen con la cercanía creciente, seguro que de Marianne aunque Ramón se pregunte cómo salió con vida de la expedición a la selva si cayó en manos de un grupo de fanáticos, guerrilleros senderistas escapados de los escombros de Sendero Luminoso, la guerrilla que había assolado al Perú y que, diezmada por fuerzas especiales de la contrainteligencia norteamericana, acabó con sus militantes centrifugándose por montes y cenagales de la América latina. Recuerda Ramón haber negociado su vida por la de Marianne, una exótica belleza del primer mundo a cambio de un carapálida vicioso sin más atractivo que servir de alimento a los jíbaros o a los buitres.

Podría ser cualquiera de las cuatro mujeres cuando cesa el tocotocotoc de los tacones en el pasillo y el silencio se despereza con los primeros arañazos en la puerta del departamento a oscuras.

Tiembla Ramón Puerta de excitación en su cadalso privado al imaginarlas abalanzándose sobre él, amándolo hasta despedazarlo, luchando como fieras hambrientas para quedarse con la mejor parte. Sonríe aún, Ramón Puerta, al recordar que si en algo coincidieron las cuatro mujeres no fue en el odio sino en la admiración golosa por su mejor parte.

En ese estado de ensoñación que alimentó desde la medianoche fumando marihuana y bebiendo whisky no le molesta el estrépito, suena a timbales y redoblantes el derrumbe de la puerta del departamento y no desafinan las voces —barítono, tenor y soprano— de los policías que irrumpen exigiéndole una rendición a esa altura excesiva, una orden tan inútil como pretender rescatar a un ahogado en el fondo del mar, insuflarle aire en los pulmones para que suba como un globo hacia cielos de ángeles turbios y tormentas de recuerdos.

—Es un puto drogón a punto de expirar —dice uno de los policías, el bajito y gordo con rostro mofletudo de bulldog.

Sugiere dejarlo morir antes de llamar al forense, beber a cuenta de la botella de Chivas sobre la mesa de luz, pero el policía alto y flaco, rostro de inspector de homicidios de película francesa, le recuerda escupiendo al piso que están de servicio, que se limite a leerle sus derechos aunque no los entienda.

Y mientras el bajito y gordo cumple la orden, el cara de inspector de película francesa recoge el Chivas y bebe largos tragos desde la botella.

—Un trago por cada una de las mujeres que asesinó este miserable —dice ante la impotencia del bajito y gordo que mira evaporarse el preciado whisky en la garganta de su superior mientras una voz que podría no ser la suya las va nombrando: Patricia Montes, Lorena Padilla, Sofía Ríscolo, Marianne Beltour.

—Salud a todas ellas —dice mirando a Ramón Puerta que duerme con la paz de los sicópatas y los muertos, tal vez soñando con que se lo están disputando a dentelladas y besos tiernos, lamiéndole los genitales y bebiendo del manantial inagotable con el que supo hacerlas felices antes del odio, de la repulsión, del asco que sintió siempre por las mujeres que cedían a sus cortejos.

—Marianne Beltour no ha muerto.

Irrumpiendo en la habitación, la soprano tocotocotoc anuncia lo que podría haber sido su resurrección si no fuera también ella investigadora en jefe de Homicidios y hubiera estado a cargo de dar con el asesino serial.

El inspector alto y flaco sirve Chivas en un vaso que encuentra sobre la mesa de noche para un convite que rechaza la que se hizo llamar Marianne cuando durante una misión especial en París se enamoró de quien habría de entregarla a una presunta célula guerrillera, en realidad un batallón de la CIA que operaba encubierto para la DEA en la selva colombiana.

—Déjenme a solas con él —ordena Marianne al cana gordo y al cana flaco, que intentan desobedecerle diciendo es imprudente de su parte, inspectora, estaríamos violando el protocolo y un gruñido de protesta que comparten mientras abandonan la habitación.

Se sienta, Marianne, al costado de la cama donde Ramón flota sobre ciénagas de imágenes de sus mujeres acariciándolo y rogándole que las mate pero después de hacer el amor.

—Hola, Ramón.

Apenas si entrecierra los párpados para verla desde su penumbra, Ramón Puerta, y tiende su mano hacia el lejano rostro de la francesita que fue y será su último amor.

—Marianne —dice, murmura en un intento por abandonar el sueño y enfrentarla.

—Me llamo Betiana González, inspectora Betiana González, lo lamento.

Tiende su mano al rostro tan lejano, Ramón Puerta. Quisiera acariciarlo y atraerlo, recuperarlo de la selva donde creyó abandonar a Marianne mientras la mano de la inspectora se cierra sobre el sexo endurecido de Ramón y con una pulsión que no deja de sorprenderla lo sacude arriba y abajo, abajo y arriba y arriba y abajo como al puñal que prometió clavar en su corazón, aquella oscura noche de la emboscada en la selva cuando juró vengarse así, así y así hasta el alarido, el último grito, la explosión de placer de quien matando mujeres se preparó toda su vida para el amoroso encuentro con la muerte.

—Le falló el corazón —informa la inspectora Betiana González a sus subordinados cuando atraídos por los gritos entran en la habitación.

Ordena que llamen al forense y sale.

Camina despacio por el pasillo hacia el ascensor, la que fue Marianne, tocotococ, con la prematura tristeza de quien se abandona.

EL MALIGNO

IRIS GARCÍA CUEVAS

La casa está abandonada, puertas y ventanas abiertas, una luz al fondo permanece encendida. Seguro que en toda la semana nadie se ha atrevido ni a cruzar el patio. “Allí se peleó contra el maligno”, se deben repetir, mientras aceleran el paso, cada vez que caminan por aquí. La gente del rumbo es supersticiosa, aunque ni así me explico que 40 personas se encierren en un cuarto y terminen quemándose con cera ardiente nomás porque lo dice un curan. ¿En qué cabeza cabe? Pinches curas. Pinche gente.

A ese padre ya lo habían corrido de tres pueblos. En La Cruz y San Antonio de plano amenazaron con lincharlo. Por algo sería. La Iglesia lo defiende. Ahora mismo el Arzobispo sale a decir que el párroco está en tratamiento siquiátrico porque quedó muy afectado por los hechos, que tuvieron que entrar a rescatarlo, que fue testigo pero no participante, que no pudo hacer nada. ¿Cómo chingados no?, si fue él mismo quien llegó al pueblo diciendo que era experto en exorcismos, quien vino a Tlaxcalancingo porque el diablo andaba suelto. Ahora resulta que no tuvo vela en el entierro. Al loquero lo hubieran mandado antes de que anduviera haciendo sus desmanes.

Siento la mirada de la gente asomándose recelosa por las ventanas, no los conoceré; se deben estar preguntando quién soy y qué hago acá. Tenía como veinte años sin venir, por eso se preguntan. Si no me hubiera ido tanto tiempo me reconocerían como uno de los suyos. Vengo de civil, por eso se preguntan. Si viniera con el uniforme sabrían que estoy investigando. O más bien haciéndome tarugo. Ya se sabe que al cura lo va a esconder la Iglesia y quien va a pagar los platos rotos, o mejor dicho, los brazos tatemados, va a ser Mario, por andar prestando su casa para expulsar a los demonios.

Recojo piedras del piso y como si no supiera que la casa está vacía las empiezo a tirar una por una contra la ventana.

—No hay nadie —me dice una mujer después de un rato.

Ya era hora, pienso. Volteo a verla y sé que la conozco.

—¿Andrea? —me arriesgo.

—Sí —contesta desconfiada.

—Soy Ramón, ¿te acuerdas?

Entrecierra los ojos.

—¿Monche?, ¿el hijo de doña Cleo? —me pregunta sin que la desconfianza se vaya por completo.

—Ese mero.

No encuentro otra manera de explicar mi presencia que echarle la culpa a la nostalgia. Aquí crecí con mis hermanos, aquí estudié la primaria, de aquí son mis primeros recuerdos. Dejé de venir cuando murió mi madre aunque aquí la enterramos.

—Por estas fechas cumplía años —miento—, y no sé, me agarró el sentimiento y quise venir al pueblo.

Andrea me sonrío, por eso me animo a invitarle un refresco. Cruzamos la calle y caminamos hasta la miscelánea. Espero hasta que nos sentamos en la jardinera para preguntarle:

—¿Y Mario?

Cuando me enteré de la denuncia me ofrecí para ayudar en las investigaciones. En parte para quedar bien, a ver si con esto gano puntos para que me asciendan, y en parte por chismoso. En el Tlaxcalancingo que recuerdo nunca pasó nada. Ni para bien ni para mal. La vida transcurría con una calma insoportable. El peligro más grande era espinarte cuando jugabas entre las nopaleras. Con Mario estudiamos juntos la primaria, lo recuerdo enojón, pero buena gente. A veces me daba de lo que le mandaba su mamá para el almuerzo, casi siempre nopales, pero guisados de distintas maneras, guisaba rico su madre. Ese es el tipo de recuerdos que tengo. Por eso no termino de entender como acabaron todos metidos en semejante lío.

—¿No supiste?—me pregunta Andrea y yo pongo cara de que no entiendo—. Salió en todos los periódicos de Puebla y hasta en dos de la capital. Lo anda buscando la policía.

Ni siquiera necesito preguntarle qué hizo para que empiece a contarme lo del exorcismo, los alaridos que se escucharon esa madrugada en casa de Mario; la llegada de la policía que no se atrevió a entrar cuando les dijeron que estaban luchando contra el demonio; la llegada del padre de San Andrés Cholula, que es el vicario episcopal de la zona, para calmar los ánimos. Luego las ambulancias, la decena de heridos, la chiquilla que está en el hospital a punto de perder un brazo a causa de las quemaduras provocadas por la cera ardiente.

—Qué barbaridad —le respondo y le pregunto lo que ya sé— ¿Y acusan a Mario de haberlos quemado?

—Esa es la cosa, Verónica, una de las “exorcizadas”, acusa al cura de haberla golpeado y quemado, dice que estaba como loco. Las otras dos, las que presentaron la denuncia después, son las que acusan a Mario y a su hermana Ofelia. Dicen que el padrecito no les hizo nada, que el nomás estaba rezando y bendiciendo el agua para que salpicaran a la

muchacha, pero a mí se me hace que nomás se presentaron al Ministerio Público para contradecir a Verónica y salvarle el pellejo al pinche cura.

—¿No te cae bien el padre?

—Hijo de la chingada. Que me perdone Dios, pero por más que rezo no puedo perdonarlo. Tengo el odio atorado bien adentro.

Tampoco tengo que preguntarle qué le hizo.

—Hace casi dos años mataron a mi hermana. Su marido la agarró a martillazos porque llegó borracho. La familia del hombre comenzó a decir por todos lados que la mató porque la agarró poniéndole los cuernos, así que cuando fuimos a pedirle al padre que dijera una misa por su alma nos mandó por un tubo diciendo que ya estaba condenada.

A Andrea se le quiebra la voz, se le escurren las lágrimas que me parecen más de rabia que de tristeza, se limpia con el cuello de su blusa y trata de recomponerse.

—¿Crearás que desde entonces no voy a misa? A ver si no me condeno por culpa del pinche cura ese. Muy moral, muy moral, pero bien que tiene a Bernardino como líder de su consejo pastoral y es un pinche borracho mujeriego. Todo está torcido en este pueblo, pero la gente le tiene miedo y no dice nada.

—¿Y los otros heridos? —Le pregunto para volver al tema— Dices que fueron un montón los que salieron quemados. ¿Ninguno he declarado contra él?

Andrea mira para todos lados, como si temiera que alguien escuchara lo que va a decirme.

—Nadie se atreve. Dicen que cuando sacaron a la gente esa noche aquello parecía más una orgía que un exorcismo. Dicen que las mujeres salieron nomás tapadas con las manos. Dicen que hicieron un pacto de silencio y que habrá excomunión para quien diga algo. Otros dicen que el cura los tiene amenazados porque les sabe muchas cosas, que

si hablan de lo sucedido él hará públicos todos los pecados que le confesaron . La verdad nadie sabe, pero ya sea por miedo o por vergüenza todos los demás cierran el pico.

★★

Llego a las oficinas del juzgado y me dicen que está el párroco adentro, que por fin se presentó a declarar, que la cosa va empezando, así que me apresuro para escuchar su versión. El cura viene vestido de civil, pero trae bien puesto el alzacuellos para que no se nos olvide que es “un hombre de Dios”. Se ve bastante traqueteado, pero no lo había visto antes, así que no puedo saber si ese es su estado natural o es porque le está llegando el agua al cuello.

El padre trata de poner una expresión beatífica, pero parece más bien un ave de rapiña, o a lo mejor nomás a mí me lo parece porque no se me olvida que además de cura también es abogado, y eso me parecen todos los abogados que conozco. Tal vez por eso no me cuesta creer que haya amenazado a los testigos y les haya pedido a sus más allegadas que contradijeran a Verónica para confundir a las autoridades.

—Me había llamado Ofelia —responde el cura cuando la juez le pregunta qué hacía en casa de Mario la noche del 25 de julio—, me dijo que se sentía angustiada. Fui como parte de mi ministerio, para ofrecer consuelo.

Luego se ve que trae los diálogos bien ensayados. De Ofelia tampoco me supieron dar razón cuando fui al pueblo. Andrea piensa que los hermanos salieron del estado, pero no lo creo; la gente no se va de Tlaxcalancingo; hasta los que no queremos estar ahí nos quedamos rondando los alrededores.

—Ya en la casa me dijo que el espíritu de su madre le hablaba, la poseía, la obligaba a hacer cosas. Yo le expliqué que eso no era posible, que los muertos no regresaban ni habla-

ban con los vivos —relata el cura tratando que se note que es un hombre sensato y no cree en esas supercherías—. Le sugerí que rezara para que la abandonaran esos pensamientos. “Espíritus”, me dijo ella, y yo no la desmentí, “reza para que te abandonen esos espíritus”, terminé diciendo. Tal vez ahí, sin querer, le di la idea del exorcismo.

—¿Fue idea de Ofelia que exorcizaran a Verónica?

—No, era Ofelia la que creía estar poseída y quería ser exorcizada. Se lo dijo a su hermano Mario y él estuvo de acuerdo. Yo acepté ayudarlos porque pensé que con algunos rezos y agua bendita lograría calmarla y después vencerla de que buscara ayuda para lo que me pareció, en ese momento, un fuerte desequilibrio emocional por la pérdida de su madre. Sólo quería ayudarla.

—¿Cómo se salió de control la situación? —pregunta la jueza que, me parece, está igual de confundida que yo. Ninguna de las denunciantes había dicho que Ofelia fuera la posesa.

—Llegó mucha gente, casi treinta personas, la cuarta parte del grupo de estudios bíblicos que conformamos, al principio sólo eran rezos y agua bendita, pero luego Ofelia gritó que el espíritu seguía adentro, que si no era su madre quería que lo expulsáramos a toda costa. Fue Mario el que recordó que en alguna reunión yo les hablé de la cera bendita para arrojar al enemigo, me siento responsable por eso, fue cuando Verónica y algunos otros expresaron su desacuerdo, se opusieron con fuerza, y entonces los hermanos los acusaron de estar poseídos y tratar de impedir que desterráramos al maligno.

—¿Qué hizo usted?

—Traté de intervenir, pero no me dejaron. Ya ve cómo es la gente de esos pueblos cuando se les mete una idea en la cabeza. Estaban como locos. Me llevaban cubetas de agua para que las bendijera, con esa agua empapaban a los su-

puestos posesos que para ese momento eran como diez, gente que se quiso salir del lugar o que dijo que no estaban de acuerdo con el tono que estaban tomando las cosas; no sé de dónde sacaron los cirios y comenzaron a quemarlos con cera, le gritaban al demonio que abandonara el cuerpo. Yo vi cuando Mario cacheteaba a Verónica, la quemaba con cera en los brazos y la rociaba con agua bendita.

El padre se cubre el rostro con las manos, niega con la cabeza, como si el recuerdo de esos momentos lo horrorizara; respira, se quita los lentes, se limpia el sudor con un pañuelo blanco, mira a los presentes como miraría a sus feligreses desde el púlpito y agrega bajando la voz, pero con suficiente fuerza para asegurarse de que todos lo escuchen:

— Yo no pude hacer nada, sólo pedirle a Dios que terminara pronto con todo eso.

Habrá quien le crea. Incluso aunque el testimonio de la principal afectada lo contradiga. Habrá quien diga que Verónica lo señala directamente a él como su agresor porque está confundida. ¿Y quién no lo estaría después de semejante tortura? Fueron horas expuesta a la cera y las llamas de los cirios y vaya a saber a qué otras vejaciones por parte de la congregación enloquecida.

Yo creo que el cura miente. Trato de ser objetivo y sopesar que en una historia con tantas versiones los mentirosos pueden ser los otros, pero su teatralidad no me deja tenerle confianza. Me parece que es más un abogado disfrazado de cura, que un cura que ejerce de abogado. Un hijo de la chingada que fomenta el fanatismo para después sacar tajada de la ignorancia de la gente. No me gustan los curas ni los abogados, así que él no me gusta por partida doble. Pienso en lo que me contó Andrea, en su doble moral para juzgar a sus feligreses; en sus pequeños actos de intolerancia, como prohibirle a la gente que se hincara en las misas porque a él le molestaba el ruido que hacían al acomodarse.

La jueza da por terminado el procedimiento. El cura se va, pese a que tienen una orden de aprehensión en su contra, no pueden detenerlo porque tiene un amparo. Antes de la salida una parvada de periodistas lo rodea, hacen más preguntas que la jueza.

—Yo sólo cumplí mi ministerio —dice por toda respuesta.

Me gustaría encontrar suficiente evidencia para probar que es responsable de todo esto, pero mientras Mario y Ofelia sigan prófugos no podremos contrastar las versiones, y aun así, sigue siendo la palabra de unos contra otros. ¿Dónde están? Pienso y se me ocurre una respuesta. Marco el número de Andrea. Le digo que después de que hablamos me quedé con una espina.

—¿Don Epigmenio vive?

El padre de Mario y Ofelia. Lo recuerdo como un hombre fuerte, pero ahora debe ser un anciano. Andrea me dice que está vivo. Le digo que me inquieta pensar en el viejo, con los dos hijos prófugos, sólo. Que conociendo a la gente del pueblo no habrá quien le dé una vuelta o le eche la mano. Me dice que hace mucho que se fue del pueblo, incluso antes de la muerte de su esposa, consiguió otra mujer y se fue de la casa. Le pregunto si sabe para dónde.

San Francisco Totimehuacan es un barrio bastante grande, me tomó un par de días encontrar a un albañil de nombre Epigmenio. Toco la puerta y una voz correosa que remueve la memoria de mi infancia me pregunta quién soy.

—¿Está don Epigmenio? —Contesto con otra pregunta.

El hombre que me abre se parece más a mi recuerdo que a la imagen del anciano que yo había fabricado. Debe tener casi setenta pero se ve entero.

—¿No se acuerda de mí? —le pregunto, dispuesto a seguir con el cuento del buen samaritano.

Me mira con atención pero no me contesta.

—Soy Monche el hijo de Cleotilde. Éramos sus vecinos en el barrio de Santiago. —Trato de pasar aunque sea con la mirada, pero el hombre reduce de manera instintiva la abertura de la puerta. Deben estar con él, sino los dos, al menos alguno de los hijos—. ¿Está Mario con usted?

La puerta se abre de golpe y en un instante estoy en el piso. Tengo el brazo de Mario presionándome el cuello.

—Soy Monche —repito, como si eso bastara para borrar la desconfianza de un animal que se siente acorralado. Veo el miedo en sus ojos, aunque ahora no sé si es un reflejo del miedo en los míos. El aire me falta. Lucho por puro instinto.

—¡Mario, ya suéltalo!

De nuevo respiro. Me atraganto de aire hasta que me duelen los pulmones. Me quedo en el piso sobándome el pescuezo.

—¿Estás bien?

Miro a mi salvadora. Ofelia. No sé parece en nada a la niñita que corría tras nosotros en las nopaleras, nomás el cabello sigue siendo el mismo, y el lunar abultado arriba de la boca del que le hacíamos burla diciéndole que se le había parado una mosca en la cara, por eso sé que es ella.

Le contesto que sí con la cabeza y me siento en el piso.

—¿Quieres un vaso de agua?

También digo que sí, nomás por ganar tiempo, porque ya no sé cómo seguir.

—¿Por qué me andas buscando? —pregunta por fin Mario.

—Porque quiero ayudarte. Trabajo en el juzgado y me enteré de lo que está pasando.

Ofelia me alcanza el vaso de agua y don Epigmenio permanece en la puerta en actitud vigilante, como si temiera que detrás de mi llegara una patrulla. Me cuido de decirles que yo soy judicial y que ando investigando el caso.

—¿Eres abogado?

Niego con la cabeza pero de mi boca brota un sí.

—El cura también es abogado.

Abogado del diablo, pienso, e intento decir algo que me permita ganarme su confianza:

—Si me dicen qué fue lo que pasó voy a ver que puedan defenderse, que alguien les ayude legalmente para que no tengan que seguirse escondiendo.

Mario mira a Ofelia, diría que con rencor. Ofelia baja los ojos, diría que avergonzada.

—El cura declaró que ese día lo llamaste para decirle que estabas poseída.

—Hijo de la chingada —dice Mario y acompaña sus palabras con un golpe en la mesa—, él le metió al demonio en la barriga, luego quiso sacárselo pero no pudo.

Miro a Ofelia con detenimiento. Está sentada en una silla de plástico, encorvada, con los brazos protegiéndose el vientre, demasiado abultado para su cuerpo enjuto.

—¿Estás embarazada?

Se tapa el rostro con una mano y se contrae como si quisiera deshacerse. Me parece que llora pero no estoy seguro.

—Contesta, pinche puta —grita Mario—, dile que eso te pasa por andar de piruja con el padre.

—¡No! —estalla Ofelia— ¡El padre me violó!

—¿Quién chingados va a creerte?

—Yo —contesto por Ofelia y ahora no les miento.

El día que encontré a los hermanos salí de casa de don Epigmenio con el estómago revuelto, caminé seis cuadras hasta el bulevar para tomar mi camión de regreso, recuerdo el camino porque me la pasé pensando si debía dar aviso de dónde estaba Mario; me habrían felicitado por haber con-

tribuido a la captura de un prófugo de la justicia y en una de esas hasta me ascendían a policía primero; pensaba en el aumento de sueldo, no mucho, pero por lo menos para ponerle queso a los frijoles. Ahora cada vez que me quedo sin lana antes de la quincena vuelvo a pensar que debí haberlo hecho, pero no lo hice.

Dos semanas después Ofelia se presentó en el juzgado por propia voluntad a declarar —Mario, para entonces, ya debería estar cruzando la frontera con rumbo a Nueva York en busca de paisanos, al Tlaxcalancingo del otro lado—. La jueza de Cholula escuchó la manera en que el sacerdote había llevado a Ofelia con una promesa de trabajo como cebo hasta su oficina de abogado en Puebla, el intento de seducción, la agresión ante su negativa, “bien que quieres pinche india, por eso estás aquí”, la embestida que la tumbó en el suelo, la mano del cura tapándole la boca, el dolor, la vergüenza. “Mejor no digas nada, nadie te va a creer”, aun así la amenaza de quitarle a su hermano la mayordomía si decía algo, seguida por la excomuniación de toda su familia, el rechazo del pueblo y el fuego eterno por andar provocando a un siervo de Dios.

El 23 de julio había ido a decirle al sacerdote que estaba embarazada. ¿A quién más decirle si tenía prohibido hablar con nadie de lo sucedido? El preparado verde que le hicieron beber al día siguiente las mujeres que ayudaban al cura, la espera infructuosa de que arrojara el producto, la representación del exorcismo como último recurso para provocarle un aborto. Fue el cura el que convocó a la gente para que detuviera a Mario si se oponía.

No, no era la primera vez que el cura practicaba un “exorcismo” con ayuda de las mismas mujeres, pero a diferencia de las otras “poseídas” ella quiso escaparse, salió del cuarto donde querían practicarle el legrado clandestino y afuera, donde estaban todos, las opiniones se dividieron y los áni-

mos se calentaron. Verónica fue la primera en intervenir en defensa de Ofelia, así que el padre le ordenó a algunos hombres de la congregación que la sujetaran y le pasaba los cirios encendidos en los brazos diciendo que también estaba poseída. Después todo se salió de control.

A partir de ahí el párroco empezó a dar palazos de ciego, primero mandó a decir con su abogado que Ofelia había querido extorsionarlo con lo del embarazo, “le pedía 500 mil pesos a mi cliente por no calumniarlo”; luego dijo que había sido una relación consensuada y que él no sabía que estaba embarazada, y que en caso de que las pruebas de paternidad, cuando naciera la criatura, resultaran positivas, estaba dispuesto a otorgarle manutención a la madre y al niño. Después, cuando le negaron el amparo en el caso de las lesiones de Verónica y se emitió una nueva orden de aprehensión en su contra, por la violación de Ofelia, se dio a la fuga.

Ahora, año y medio después, por primera vez puedo decir que me da gusto seguir siendo policía tercero, trabajar veinticuatro por veinticuatro y que hoy, precisamente hoy, me haya tocado estar de guardia en los separos, porque así puede ver cómo metían al cura tras las rejas. Me da gusto mirarlo, con su cara buitre acorralado, esperando sentencia, me da gusto escuchar cómo le dice a su abogado dónde están los papeles de sus coches del año para que los venda, para ver si consigue conmover corazones y que todo se resuelva con el pago de una fianza. Pero los ánimos están caldeados con eso del feminismo y los derechos humanos y hay mucha gente interesada en que reciba castigo, así que dudo mucho que lo suelten. Me va a dar gusto que lo encuentren culpable, y todavía más gusto cuando pueda decirle a todos los internos del Cereso que es un violador vestido de sotana. Entonces va a saber, el muy cabrón, lo que pararse enfrente del maligno.

EL TECHO DEL MUNDO

TATO TABERNISE

Yo quería ver la Torre Eiffel. Es lo único que quería, si no ¿para qué carajo voy a venir a París?

En la villa había un tipo que la había visto, lo recuerdo como si fuera hoy, hablaba con la lengua trabada en medio de la niebla que por un rato tapaba el barro. Era marino mercante, creo, o algo así. El tipo había viajado por todo el mundo. Chupaba como una esponja y cuando se ponía en pedo, allá en el bar de Roly, empezaba a hablar de lugares: que el Pan de Azúcar esto, que la Estatua de la Libertad aquello, que el Glaciar Perito Moreno lo otro; pero sobre todo hablaba de la Torre Eiffel. El tipo decía que había subido hasta la punta, y que estar ahí era como estar en el techo del mundo. Pero no de este mundo, porque entonces se vería un montón de chapas, de ropa colgando y de miseria. No, de otro mundo, de un mundo como Puerto Madero, pero más grande. A mí siempre me intrigó, a pesar de que los vagos lo empezaban a cargar, el tipo se calentaba y todo, como siempre, terminaba a las piñas.

De ahí me quedó la idea. Por eso y porque el Langa, que siempre fue un ganador con las minas, un día le “distrajo” a una veterana una buena cantidad de guita. Fue ahí cuan-

do me dijo que estaba podrido de la villa y de “este país de mierda” y se fue. Nunca más lo vimos.

Con el tiempo nos fuimos olvidando del Langa. Pensamos que había caído preso o que andaba por la Isla Maciel. ¿Adónde iba a ir el boludo? Además, siempre fue medio mentiroso.

Sí, ya sé. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Tiene que ver.

Porque un par de años más tarde, yo salí del penal de Sierra Chica, después de haber purgado un año por robo, y justo a la semana llegó carta del Langa. Venía con una estampilla rara. ¡Era de París! El Langa se estaba dando la gran vida. Hablaba de cosas que solo se ven en la tele: Montmartre, el Sena, el Moulin Rouge y... la Torre Eiffel. El Langa había zafado del paco, de la mierda cotidiana de la villa y ahora miraba el mundo desde arriba.

Se dio que una semana después yo estaba sin un peso y fui a levantar un auto, con tanta mala suerte que apareció el dueño con un arma. No me quedó otra que bajarlo. Yo nunca fui de tirar, pero era él o yo. Los vagos me dijeron que me tenía que ir por un tiempo. El puntero de la villa tenía un arreglo con la cana y bancaba cualquier cosa, menos un fiambre.

El auto quemaba y no le pude hacer mucha guita. El Gurka me ayudó, acababa de robar una moto y me ofreció una salidera. Esperamos en la puerta de un banco y se la dimos a un gil que, de pura suerte, venía forrado. No lo pensé. Hablé con el Turco que me dibujó un pasaporte, compré pilchas, saqué un pasaje a Francia y me fui a ver a la Yoli. La mina se había portado de diez mientras yo había estado en cana y la verdad es que yo me había encariñado.

La Yoli soñaba con zafar de la villa, me pidió que la lleve, pero era demasiado riesgo. Le prometí que la iba a mandar a llamar, le saqué un polvo y me fui.

Cuando llegué a París el tipo de la aduana me miró mal. A pesar de mi ropa cara había algo que no le cerraba. Después el Langa me contó que te sacan por la pinta, que a los morochos como yo les desconfían. No sé qué me preguntó el tipo porque no le entendí un carajo. Le contesté en castellano que venía a ver al Langa. El tipo dudó un poco más, pero al final me selló el pasaporte sin avivarse de que era falso y me dejó pasar.

Yo tenía la carta del Langa con la dirección de un hotel en la Rue Blanche. Por suerte la mina de informaciones hablaba español y me dijo que eso quedaba en Pigalle y me explicó cómo llegar.

—¡Pedazo de pelotudo! ¿Qué hacés acá? —me preguntó apenas me vio.

Yo creía que se iba a poner contento y el hijo de puta me recibió como el culo. Le conté lo que me pasaba, que estaba jugado, que a esa altura ya no podía volver. Yo no entendía nada. Siempre habíamos sido amigos, lo había sacado de un par de feas allá en la villa, y ahora me trataba mal. Después me avivé. El Langa había mentido una vez más. Hacía dos años que se estaba muriendo de hambre en París. Había terminado cuidando un prostíbulo en Pigalle y vivía en una pieza de mala muerte con una china que patinaba en la calle Saint Denis.

Finalmente el Langa aflojó. Me dijo que me podía aguantar un par de semanas pero que después me tenía que borrar. Le dije que no había problemas, que lo único que quería era subir a la Torre Eiffel, que después seguiría viaje a España que por lo menos ahí iba a entender el idioma. Me preguntó si tenía plata y le dije que algo. Uno se acostumbra a no decir toda la verdad.

La china cuando me vio se enojó. Discutió feo con el Langa medio en francés medio en chino, me parece. No tengo ni puta idea cómo carajo el Langa le entendía, pero

en un momento le metió dos trompadas y la china se dejó de joder.

Esa noche dormí en el piso extrañando a la Yoli mientras escuchaba cómo el Langa se amigaba con la china. Yo no sé cómo tenía estómago. La mina era realmente fea y el Langa siempre fue un ganador. Está bien que en Buenos Aires levantaba veteranas, pero eran minas que se tiraban todo encima, minas bien.

Al otro día me dijo que se tenía que ir a trabajar y me dio mil recomendaciones. Sobre todo que no me metiera con los negros y menos con los árabes, que ahí cada uno hacía la suya y que no mezclaban el ganado. Me extrañó que justamente él me dijera eso cuando se había metido con una china, pero qué sé yo... No conocía los códigos así que le dije que se quedara tranquilo, que no me iba a meter con nadie y que me contara de la Torre Eiffel. Me confesó que jamás había ido, que nunca había salido de ahí. Pero me dio un mapa y me dijo cómo llegar. No se fue tranquilo hasta que le prometí que por nada del mundo iba a ir para el lado de Barbès.

El Langa creía que yo era un boludo. Pero yo no soy ningún boludo, no, señor. Si había sobrevivido a la Villa 31, ¿por qué no iba a poder arreglármelas acá? ¡París al lado de Buenos Aires es Disneylandia!

Me aseguré de que la China durmiera y busqué un lugar donde esconder la plata. Después miré el mapa que me dio el Langa, pero no entendí nada, no me podía ubicar. Me dije que mejor iría a la torre cuando me sintiera más seguro.

Pasaron tres días. Todas las tardes yo salía a dar una vuelta por Place Clichy y me metía en un bar a tomar café —que se dice igual—. Miraba la boleta y pagaba. Eso sí, tenía que aguantarme que los mozos me miraran mal. Acá no te perdonan que no hables francés. ¡Cómo si fuera una obligación!

Todos los días la misma historia: el Langa se iba, me dejaba con la china que dormía hasta el mediodía y después ella salía a yirar. Yo salía, me tomaba mi cafecito, volvía y me quedaba solo hasta que llegara el Langa y nos armábamos un par de porros esperando a la china. Cuando llegaba la mina comíamos por lo general un sánduche y a la cama, a escuchar cómo el Langa le daba con todo a la China. Me llené las pelotas.

Al cuarto día después de que se fuera el Langa no pude seguir durmiendo. Me puse la campera y salí. Llovía —siempre llueve en esta puta ciudad—. Pasé por el Moulin Rouge, que dicho sea de paso no me parece gran cosa, el Teatro Colón es diez veces más grande. Siempre llegaba hasta ahí y doblaba para la izquierda, pero esa vez decidí doblar a la derecha por el Boulevard de Clichy. Me asombró la cantidad de puteros que hay y de la mezcla de gente de todos los colores. Ya hacía rato que no me desahogaba con una mujer y estaba caliente. Empecé a mirar. La verdad es que las minas no valían dos pesos. Vi una negra que me gustó, pero me acordé del consejo del Langa.

—Más vale me la aguanto —me dije. Si el Langa se cabreaba y me echaba de la pieza no tenía adonde ir.

Pasaron un par de minas todas tapadas. Árabes. La verdad es que me dio curiosidad. ¿Cómo serían debajo de toda esa tela? Pero ahí me vinieron otra vez las palabras del Langa: “Sobre todo no te metas con los árabes”.

Parece que los tipos son jodidos. Pensé que estaba mintiendo, como siempre. ¡Mirá si yo me iba a asustar de un árabe cuando estaba cansado de agarrarme a trompadas con los paraguayos! Y esos sí que son jodidos. Pero también me las aguanté.

En eso pasé por un putero y una mina que estaba en la puerta me empezó a hablar. La verdad es que me gustó, no era gran cosa, pero me hizo acordar a la Yoli y dudé, pero

entre que a la mina no le entendía nada, y que yo no había llevado mucha plata, seguí caminando. Me senté a fumar un cigarrillo, me quedaban dos. Fui a un bar—tabac y quise comprar, pero me querían cobrar como cinco euros. Ahí me acordé de que el Langa los compraba de contrabando en Barbès. Dudé por la promesa que le había hecho al Langa, pero después de todo, ¿qué podía pasar? Peor que Retiro no podía ser, así que me fui hasta ahí y me compré dos atados por seis euros. No era tan difícil. A la vuelta me compré un sánguche en la calle y me lo comí sentado en un banco, como hacían todos. Un poco sentí que me estaba acostumbrando. Pero cuando iba para el hotel otra vez me siguió la flaca hablándome en inglés. ¿Qué pensaba la pelotuda, que yo sabía inglés? ¡Si tengo una pinta de sudaca que mete miedo! Me la quise sacar de encima, pero la mina era muy pesada, estaba muerta de hambre y dada vuelta. Me mano-seó. Le saqué la mano mal y ya la estaba por fajar cuando salieron un par de tipos del local. Eran árabes: —La puta que los parió. ¡Justo árabes! —recuerdo que pensé.

Los tipos se acercaron medio disimulando, pero uno me agarró fuerte del brazo mientras el otro miraba que no se diera cuenta la gente de lo que estaban haciendo. Me querían llevar para adentro y ahí sí que perdía. Le di un pisotón al que me agarraba y cuando aflojó la presión le metí una trompada en el estómago que lo dobló en dos y escapé antes de que el otro pudiera hacer algo.

Llegué a la pieza a las puteadas. Ya me había metido en un quilombo y no aguantaba el encierro. Me estaba volviendo loco. Y para colmo seguía re caliente. Me acordaba de la Yoli y echaba humo. Cuando entré a la pieza, la china todavía estaba durmiendo. La sábana se le había corrido y se le veían las nalgas con la tanga metida bien adentro. Fue demasiado. ¿Al final uno es hombre o qué? Me le metí en la cama. Al principio la china no se dio cuenta, estaba dormi-

da. Empecé a tocarle el culo y la mina respondía, pero en eso se despertó, y cuando vio que era yo, saltó como leche hervida. Le metí dos trompadas, le arranqué la bombacha y le di con todo. La China se dejó hacer. Cuando terminé, no dijo nada. Se limpió, se cambió y se puso a cocinar. Ahí me puse a pensar. Le había hecho una fea al Langa. Está bien que era una mina que tenía para hacerla trabajar, pero yo hubiera tenido que pedirle permiso.

Entré al baño y mientras estaba ahí decidí irme. Después de todo estaba podrido de París, no era lo que yo pensaba. Me juré que esa misma tarde iba a visitar la Torre Eiffel y después me iba a España. Cuando salía, la china se había ido con todo lo que tenía. Esperé al Langa —finalmente era mi amigo, tenía que explicarle—. Cuando llegó y vio que la china no estaba se puso loco. Me preguntó qué había pasado. Le conté y se puso peor. Nunca lo había visto así. Puteó hasta en francés. Yo no entendía nada, después de todo era una china de mierda.

—Eso es lo que vos creés, ¡boludo! —me dijo—. Esa mina me dio de comer todos estos meses. ¿O te creés que me puedo mantener con lo que gano cuidando un putero de cuarta?

Le dije que no se hiciera problemas, que yo tenía plata, más de lo que le había dicho en un principio. Ahí se calmó. Yo fui a buscar la guita adonde la había escondido. Recién ahí me di cuenta de que la mina me la había robado. La hija de puta había descubierto el embute y se había llevado toda la plata que yo tenía. Entonces el que se desesperó fui yo. Me quedaban cincuenta euros y estaba en el culo del mundo y sin entender nada.

Con el Langa salimos a buscarla por todos lados. Nos metimos en los peores lugares de París, pero no hubo caso. La mina se había evaporado. Al volver vi a la flaca de la

mañana todavía parada en la puerta. Le dije al Langa que cruzáramos.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Qué otra cagada te mandaste?

—¿Yo? Nada —le dije—. La mina se puso pesada y aparecieron unos tipos, pero me rajé antes de que se armara.

—¡Boludo! —explotó—. Te dije veinte veces que no te metas con los árabes. A esos tipos los conozco, son argelinos y no joden.

Al llegar a la pieza el Langa se tiró en la cama sin hablar, con una depresión padre. A eso de las doce yo estaba muerto de hambre y muy preocupado. El boludo del Langa no reaccionaba. Le dije que iba a salir a levantar un auto.

—Bien —me dijo el Langa—. Vos sí que sos un piola bárbaro. ¿Y una vez que tengas el auto qué? ¿Conocés a alguien que te lo compre para reducir? ¡Te lo vas a meter en el culo!

—Dos años en París, Langa. ¿Me vas a decir que no conocés a nadie?

Recién ahí se animó un poco.

—Dejame ver —me dijo.

Agarró el celular y empezó a llamar. No sé con quién carajo habló pero al rato, ya mucho más tranquilo me dijo:

—Necesitamos un cuatro puertas que ande fuerte. Es para un laburo. Lo pagan bien.

—No hay problemas —respondí—. Por las dudas traje las herramientas.

Me volvió a putear.

—¿¡Eso trajiste en la valija, boludo!?

Ya me estaba cansando. Le dije lo que tenía atragantado: que el boludo era él, que mintió con lo de París y que al final era un cuatro de copas. Creí que me iba a boxear pero se la aguantó.

—Tenés razón —me dijo—. Soy un boludo. Creí que iba a zafar de la villa, pero es al pedo. Nosotros no podemos zafar, loco. No podemos.

Eso me calentó, yo iba a zafar, le había prometido a la Yoli que iba a zafar y que la iba a mandar a llamar. Pero me callé la boca, ¿para qué se lo iba a decir al Langa? Después de todo, el que yo creía que era el más inteligente de nosotros resultó ser un reverendo pelotudo.

Nos abrigamos bien y salimos. Lloviznaba.

—¿Siempre llueve en esta ciudad de mierda? —le pregunté.

—A veces no —me dijo.

Caminamos por calles laterales, no había nada, ya me estaba poniendo nervioso cuando doblamos en la Rue Puget y vi un BMW cuatro puertas casi cero. Estaba como esperando que lo levante.

—Pan comido —me dije.

Le metí la palanca y tiré. En ese momento sonó la alarma. Rápidamente me metí y la apagué, pero fue tarde. De una puerta salieron los argelinos con armas en la mano. Tuvíamos tanta mala suerte que fuimos a robar el auto de los tipos que me la tenían jurada. Igualmente pelé los cables y alcancé a arrancar. El Langa no llegó a abrir la puerta. Le dieron en la espalda y ahí quedó, tirado en la calle. Yo aceleré y cuando estaba a punto de llegar a la Rue Coustou escuché el disparo. Rompió la luneta y me dio en el omóplato. Sentí que me quemaba y supe que me la habían dado. Igual alcancé a doblar en contramano y escapé.

No sé cuánto tiempo anduve ni por dónde. Yo solo luchaba por mantenerme despierto. No sabía qué hacer, no tenía adonde ir. Pensé que tenía razón el Langa, que nosotros no podíamos zafar. Ya casi estaba a punto de mandar todo a la mierda y buscar un hospital cuando la vi. Estaba iluminada y se veía hermosa. ¡La Torre Eiffel! Ya casi amanecía. Me bajé del auto y me metí en un zaguán para aguantar hasta que abriera la boletería. Recé por primera vez en mi vida. Lo juro. Recé para no quedarme dormido. Sabía que si me agarraba el sueño estaba perdido. Me hice un torniquete

con la camisa, por suerte en París siempre hace frío y uno anda con mucha ropa.

En un momento un patrullero frenó en donde yo había dejado el auto y bajaron los policías. Se veía que lo estaban buscando, en un rato eso se iba a llenar de canas. Me levanté preguntándome adónde carajo ir y justo en ese momento abrieron la boletería.

Caminé como pude, saqué la entrada e hice la cola. Sentí flechazos de dolor atravesándome desde el omóplato hasta el estómago, pero aguanté. Estaba ahí, faltaba poco. La gente me miraba mal y se alejaba, pero ya todo me importaba un carajo, lo único que quería hacer era llegar hasta arriba. Miré hacia atrás. Se habían sumado tres patrulleros más y los canas estaban rastrillando la zona.

—No me pueden agarrar justo ahora. —me dije.

Traté de tranquilizarme. ¿Cómo me iban a encontrar si era un mundo de gente? Me di cuenta de que estaba sangrando y que había dejado un reguero en el piso que me delataba. La gente se dio cuenta. Uno le avisó a un tipo de vigilancia que fue a buscar a los del patrullero.

—Perdí —me dije —perdí, pero antes me quiero asomar, quiero ver al mundo desde arriba.

Casi no me podía mantener despierto, pero hice de tripas corazón y seguí subiendo. Los canas venían detrás de mí, no tenía escapatoria, pero no me importaba. Lo único que yo quería era alcanzar, aunque fuera por un instante, el techo del mundo. Mirar todo desde arriba, sin ver chapas, ni ropa colgando, ni miseria.

Con el último aliento y la cana pisándome los talones llegué, por fin estaba en el mirador más alto de la torre, en la cima del mundo. Como pude me asomé.

Estaba nublado y lo último que vi antes de desmayarme, fue un manto de nubes grises igual a la niebla que se levanta por la mañana en la villa.

SOL Y SOMBRA

DARÍO ZALAPA

PARA EL PROFE GIL

*La familia no mata por paga, no mata mujeres,
no mata inocentes, se muere quien debe morirse,
sépanlo toda la gente, esto es: Justicia Divina.*

Narcomanta atribuida al cártel de La Familia Michoacana,
bar Sol y Sombra, Uruapan, septiembre de 2006.

Entramos a la ciudad a las ocho de la noche, luego de un viaje de doce horas en autobús: Bienvenidos a Uruapan, capital mundial del aguacate, rezaba en mayúsculas el letrero después del cual brotaban los primeros signos de urbanización: un par de gasolineras, paraderos de tráileres, salones de fiestas incrustados en las faldas de los cerros, algunas fábricas, los imbatibles muros del CERESO municipal. Aunque ese era el primer rostro que ofrecía Uruapan, en realidad su esencia primigenia se anunciaba desde muchos kilómetros atrás, exactamente desde el punto en el que te descubrías, de súbito, recorriendo largos tramos de carretera donde el cielo se convertía en un mero fragmento de memoria aciaga, mostrado a lo lejos y a cuenta gotas, detrás del tapanco construido por los árboles de aguacate que brotaban de todos lados y en todas direcciones, y que podrían devorarte de no ser por los kilómetros y kilómetros de ma-

lla ciclónica que los mantenían contenidos y en aparente orden dentro de las huertas a las que pertenecían.

El calor era demasiado húmedo; contrario al de Monterrey, en su vaho llevaba implícita la falsa promesa de una frescura que nunca terminaba de llegar, pero que te hacía esperar por ella detrás de una neblina de sudores y bochornos, prensándote por el cuello, adhiriéndose a tu piel como un velo que ya nunca habría de abandonarte. Nos lo advirtió Kim, mi contacto en Michoacán y quien me había acercado a Maru, la única fuente que teníamos en Uruapan para cubrir el caso de los decapitados del Sol y Sombra: Lleven ropa ligera, mi familia es de allá y te juro que la Tierra Caliente es el meritito pinche infierno en cualquier época del año.

Mira, Julia, es ahí, me dijo René, mi camarógrafo, cuando el autobús quedó frente al Sol y Sombra al detenerse en un semáforo: detrás de una barda de piedra que anunciaba un próximo baile a cargo de los Tucanes de Tijuana, vi los muros blancos que se alzaban sobre el carril lateral, a desnivel, y que componían parte de la fachada de una construcción de dos pisos, coronada por un tejado de lámina y dividida a media altura por otro de barro, debajo del cual surgían, inclementes, cinco ventanas de marcos acentuadísimos e innecesarios, gendarmes de un gran portón que, a su vez y a pesar de estar abierto, no ofrecía a la vista nada de su interior, como si un vapor oscuro e inexpugnable floreciera todas las noches para esconder de los curiosos lo que sea que ocurriera más allá de ese quicio, y como si el único detalle no para descubrir, sino para suponer o siquiera imaginar qué había del otro lado, fuera el anuncio luminoso –patrocinado por la Corona–, que proyectaba el nombre del sitio, con un sol acompañando a la palabra Sol y una luna haciendo lo propio con la palabra Sombra: Sol y Sombra, Club Nocturno.

El autobús volvió a avanzar al mismo tiempo que se encendieron las luces del interior como una primera advertencia para los pasajeros que estaban dormidos. La terminal se encontraba en la siguiente esquina; en menos de cinco minutos la rodeamos, entramos por el acceso de los autobuses y volvimos a pisar tierra. No demoramos en abandonar los andenes y conseguir un taxi: nos urgía llegar al hotel, comer lo que sea que no fuera un sándwich de autobús, dormir hasta el día siguiente.

Nuestro hotel, el Plaza, estaba a unos pasos del centro de la ciudad. Nos registramos y subimos a nuestras habitaciones. Al llegar a la mía sólo conseguí sacarme los zapatos y tirarme en la cama. Me preguntaba si seguía valiendo la pena vivir así, paseándome por las ciudades más peligrosas de México, con tal de armar el reportaje que había consumido los últimos seis meses de mi vida: una investigación que recogía los hechos más violentos ocurridos durante la pendeja guerra contra el narcotráfico del presidente Calderón. Michel, el jefe de corresponsales de la CNN en México, me alentaba a terminarlo, seguro de que nos valdría varios premios internacionales, pero a mí empezaba a cansarme lo estéril de la situación. Guerrero, Tamaulipas, Chihuahua, Veracruz..., sin importar cuál estado pisara, me encontraba con el mismo impedimento: fuentes temerosas que abrazaban su testimonio como si callarse los detalles verdaderamente importantes fuera lo único que les asegurara mantener la cabeza en su sitio. De ahí la única certeza que había conseguido luego de seis meses de aviones, autobuses, carreteras abandonadas y caminos de terracería: la guerra no había terminado cuando Calderón dejó la presidencia, dos años antes, porque tampoco había comenzado con él; la verdadera guerra no la estaba librando el Estado, sino todos los habitantes de regiones como esa, obligados desde hacía décadas a defenderse por cuenta propia de los criminales

que peleaban por sus territorios, aunque ya no fueran sino tierras arrasadas por la plaga más desesperanzadora de todas: la de la sangre que brota de un cuerpo al que le han arrancado la cabeza como máximo signo de anulación, esa sangre que corre para regarse entre un surco y otro, que se encharca y pudre todo lo que la rodee.

No supe en qué momento me quedé dormida, pero el sonido del celular me despertó hasta el día siguiente, cuando René me llamó para decirme que ya me estaba esperando en el restaurante del hotel. Le pedí quince minutos para tomar un baño. El incipiente rumor del tráfico, afuera, amenazaba con convertirse en la balada que habría de acompañarnos el resto del día.

La cita con Maru era a las diez en el Starbucks del único centro comercial de Uruapan. Se trataba de una vieja prostituta con la que sólo había hablado por teléfono, y que por cien dólares estaba dispuesta a contarnos todo lo que vio esa noche, cuando un comando con falsos uniformes de la AFI entró en el Sol y Sombra, en septiembre de 2006, para dejar sobre la pista de baile cinco cabezas recién decapitadas, algo poco común por aquel entonces pero que se interpretó como lo que era: una llamada de atención para que todo el país se enterara de cómo estaban las cosas en el estado natal de su próximo presidente.

Pasaron dos horas sin que Maru se apareciera. Estábamos a punto de irnos cuando hizo su repentina y despampanante entrada: aunque eran evidentes sus más de sesenta años, el cúmulo de décadas le sentaba de maravilla: de cabellera platinada y ensortijada, con un par de tetas que podrían alimentar a un orfanatorio completo, el recuerdo aún latente de una cintura mortal, y unas piernas que me dieron envidia, era simplemente la recreación purépecha de Maribel Guardia con barriga post embarazo. El cuadro lo

completaban unos leggins color rojo cereza, una blusa de animal print que simulaba el pelaje de un tigre y unos tenis Nike con burbuja de aire.

Nos reconoció de inmediato, pues, apenas nos vio, cruzó la cafetería hasta el área de fumar, donde René y yo la esperábamos. Hola, mis niños, ¿ustedes son los reporteros de la tele gringa?, nos dijo antes de saludarnos de beso, pero sin permitirnos contestar a su pregunta, pues de inmediato comenzó a explicarnos su plan, agitando sus manos al aire y haciendo sonar los kilos de joyería falsa que le forraban las muñecas:

Vámonos yendo, ándenle, aquí traigo las llaves del bar, estamos cerquita, nomás invítenme un cafecito porque todavía es muy temprano para mí.

Caramel macchiato en mano, Maru se convirtió a partir de ese momento en la guía de nuestra excursión: abordamos un taxi en el estacionamiento —ella en el asiento del copiloto— y le indicó al chofer que nos llevara a la central de autobuses, pero por la calle trasera. Al llegar ahí completamos el recorrido a pie, teniendo como únicos testigos a los incontables grafitis que adornaban la barda de la terminal, mientras Maru nos explicaba que debíamos entrar a prisa, ya que tanto el ejército como los dueños del bar mantenían rondines de vigilancia debido a que lo habían clausurado una semana antes. Pero no se me asusten, mis niños, si vienen conmigo no les va a pasar nada.

Cruzamos el portón, ignorando un sello de clausurado que claramente ya había sido violado antes, sólo para acceder a un gran terrero vacío. Maru nos aclaró que ese era el estacionamiento y nos ordenó que la siguiéramos por una diminuta puerta situada a la izquierda que bien podría pasar desapercibida. Avanzamos por un oscuro, serpenteante y estrecho pasillo. Pocos metros después, una barra en forma de medialuna nos dio la bienvenida al Sol y Sombra, como

si fuera la navaja que lo abriese en canal para dejarnos otear sus entrañas: desde el exterior resultaría imposible advertir las dimensiones del salón que funcionaba como punto de venta de armas, drogas y mujeres; una gran nave que podría albergar la celebración de una boda, sin más decoración que imágenes de mujeres desnudas y de camionetas 4x4, muros cubiertos por tiras de espejos, y un par de inmensos cuadros que proyectaban árboles de aguacate pintados al óleo. El aroma imperante era el del encierro absoluto: el encierro de la cerveza y el licor rancios, el encierro de los baños sin limpiar, el encierro de la ceniza y del humo de cigarro, el encierro de los mil litros de sudor y jugos corporales que suelen derramarse por noche en un lugar donde los fluidos son la moneda de cambio.

Disculpen el desorden, nadie ha venido a limpiar desde que clausuraron, nos dijo Maru con franca vergüenza, como si estuviéramos entrando en su propia casa, pero ni René ni yo le prestamos atención: él comenzó a disparar su cámara avanzando entre las mesas, sobre las cuales brotaban envases de cerveza y de licor y ceniceros como fuentes de colillas, mientras yo caminaba directo a la pista de baile, que en medio del salón se erguía como la piedra angular de una noche infinita, de rincones inabarcables.

Cuando colmamos nuestro morbo, y René me aseguró que la luz le servía –una luz ambarina, casi mortuoria, que en su totalidad se filtraba por las ventanas de la fachada–, improvisamos el set para la entrevista: sobre la pista de baile, a un costado del tubo, pusimos una silla con estampado de la Corona, quedando de fondo las mesas y el montón de botellas abiertas: pétalos de una flor a punto del deshoje. Sentamos a Maru, le pusimos el micrófono, me situé a un lado de la cámara y empecé las preguntas sobre sus inicios en la prostitución y su trabajo en el Sol y Sombra, temas de los que ya me había adelantado un poco por teléfono.

Uy, mi niña, este es el único oficio que conozco. Empecé a putear antes de los veinte y no te voy a decir cuántos tengo ahorita, porque soy una dama, nomás figúrate que ya cobro mi INAPAM, tú saca las cuentas. Pero no te me asustes ni me veas con asco, que ya no puteo, nomás atiendeo a las niñas: les preparo sus cambios de ropa, les ayudo con el maquillaje y los trucos, les llevo de cenar, les bajo la borrachera o las mando a dormir cuando ya cubrieron su cuota..., las cuido, pues, porque eso es por lo que me pagan. A final de cuentas, ellas son las que hacen el billete y hay que cuidarlas de los pendejos que se ponen hasta la madre, sobre todo de los cortadores de aguacate, los peones, pues, que nomás cobran su semana y se sienten los dueños de la pinche huerta, aunque lleguen al bar y entre diez cabrones apenas les alcance para una botellita de bukanas.

El tintineo de su falsa joyería resonaba con generosidad. Maru lo hacía bien para alguien que seguramente nunca había sido entrevistada, así que aproveché el ímpetu y le pregunté sobre la noche de las cabezas.

Yo lo vi todo, mi niña: los uniformados llegaron, dispararon, soltaron chingadazos, sacaron las bolsas y aventaron las cabezas aquí, en la pista de baile..., cinco bultos que rodaron como pelotas de fútbol desinfladas..., ay, me acuerdo y quién sabe qué siento en el pecho, como una tristeza que ya no me voy a poder quitar nunca, como un granito de esos que te salen en la panocha cuando coges sin condón y que nomás está ahí, chingando la madre, haciéndote pensar mil pendejadas, obligándote a rascarlo aunque sepas que eso sólo hará que se te ponga más feo..., no sé, mi niña, una no vuelve a ser la misma después de ver cosas así..., te juro que a veces hasta pienso que me voy a ir al infierno nomás por haber visto eso..., no sé, mi niña, no sé.

Maru se quebró en ese momento, su presencia frente a la cámara fue la de un costal de cebollas desparramado sobre

la silla. Pude haber parado ahí, darle un respiro, pero esa era la primera ocasión en muchos meses que alcanzaba a vislumbrar un testimonio sincero. Continué, sin saber que estaba entrando a un pasadizo que nunca imaginé descubrir cuando inicié esa pinche investigación, y le pregunté quién protegía al Sol y Sombra, por qué seguía abierto ocho años después, cómo sorteaba las constantes clausuras como la que les acababan de hacer apenas una semana antes.

Qué quieres que te diga, mi niña, así funcionan las cosas aquí y a nadie le conviene que esté cerrado. Luego viene el ejército, o la policía, y arman un relajo por cualquier pendejada, pero no pasan más de quince días cuando esto ya se volvió a abrir. Pero esta vez no sé, me dijo Chavita el gerente que ahora está más cabrón, que nos cerraron porque la pendeja de Genito ya soltó la sopa y que hay personas de más arriba que prefieren que ahorita no se le mueva mucho al asunto.

Las manos de Maru se entrelazaron nerviosamente, como si protegieran a un diminuto animal moribundo, tal vez la cría de un gorrión que saltó del nido y cayó en picada hasta quedarse ahí, en el suelo, con las alas rotas, a la espera de que Maru llegara para procurarle otro destino y no el que la naturaleza le tenía sentenciado. Sin dudarle, hurgué en esa vereda y le pregunté quién era Genito y qué sopa había soltado.

Es que ella también estuvo la noche de las cabezas. Yo sé de buena fuente que la tenían protegida porque su testimonio era muy importante, según eso, pero que no se lo podían tomar hasta que cumpliera dieciocho años, cosa que ya ha de haber sucedido.

René me miró mientras yo sacaba las cuentas con los dedos, como si retrasar el resultado de la operación aminorara el terror y el asco que producía. Aún sin aceptarlo, le pregunté cuántos pinches años tenía esa niña entonces.

Diez, once, doce..., no me acuerdo, mi niña, a mí no más me la trajeron una noche y me dijeron Maru, cuídala porque vale oro, y te juro que sí lo valía para nosotros y para todos los clientes que venían a verla, sobre todo los huerteros: le pintaba bien la cara, le ponía un truquito en el brasier, y se veía como de quince, que es la edad promedio para empezar a putear por aquí, porque después de los dieciocho ya se les hacen muy manoseadas..., es corto este oficio, mi niña, y si no consigues que antes de los veinte te lleven a Cancún para que los gringos te pagan en dólares, o que algún cabrón se te enamore y te cumpla eso de sacarte de trabajar y ponerte casa con sirvienta, ya no la hiciste y te vas quedando como yo: cada vez más puta y más vieja, pero con menos ilusiones...

Abrupto, el estruendo inició en la entrada: siluetas oscuras avanzaron pateando mesas y gritando mentadas de madre, una manada hambrienta que usaba el alarido como primera herramienta de intimidación, tal vez porque no sabían que sólo se enfrentaban a un par de reporteros y a una puta de la tercera edad. Segundos después, gracias a los tonos verdes de sus uniformes y a sus armas largas que nos apuntaban directamente, supimos que eran militares. Su andar fue acompañado por el concierto de botellas estrellándose contra el suelo y los gritos de una Maru histérica que no dejaba de repetir que ya había valido verga. Rodearon la pista de baile y uno de ellos, al percatarse de la cámara, metió el cañón de su arma entre el tripié para mandarla a volar varios metros.

René y yo no pudimos sino levantar las manos y gritar que éramos reporteros, que revisaran nuestras credenciales, pero fue en vano: él, Maru y yo terminamos sometidos contra el suelo, puntas de cañón enterradas en el cráneo y, en la boca, el sabor del polvo y la ceniza de cigarro que recubrían la pista de baile: el corazón de una noche que nunca había

dejado de palpar, un ritmo cardíaco que no debíamos descubrir.

Una hora después René y yo íbamos rumbo a Morelia en total silencio, sin cámara y sin saber qué chingados pasaría con Maru. El que se identificó como sargento, un tipo de apellido Mendoza, nos había escoltado a la terminal, no sin antes quitarnos credenciales y celulares. Fue claro cuando nos obligó a abordar el autobús: No quiero leer ni una pinche palabra sobre ese negocio, acuérdense que ya tenemos sus datos, no sé qué pensaron que iban a encontrar aquí, pero mejor se van a la verga y hacen de cuenta que nomás vinieron a probar las carnitas, y que no les gustaron, ¿estamos?

Apenas llegamos a Morelia, busqué el ciber de la terminal para escribirle por Facebook a Michel mientras René compraba los boletos a Monterrey, pero él ya se me había adelantado, pues ese era nuestro protocolo si por alguna razón nos llegaban a quitar el teléfono en campo: ir a un ciber y enviar un mensaje usando alguno de nuestros perfiles secretos: Regrésense en chinga, me habló un tal sargento Mendoza para decirme hasta de lo que me voy a morir. Pinche Julia, en qué pedos nos metes, decía el mensaje enviado apenas media hora antes, lo que me hizo entender que el supuesto sargento Mendoza no estaba mintiendo y que en verdad nos quería fuera de Michoacán ese mismo día.

La espera de dos horas para abordar el siguiente autobús a Monterrey fue una tortura, minuto a minuto. En su desesperación, René llamó a su esposa para decirle que no saliera de casa por ningún motivo; aunque me pareció que exageraba, supuse que yo habría hecho lo mismo, de tener alguien por quién preocuparme en Monterrey. Abordamos, finalmente, pero no estuve en paz hasta que el autobús hizo escala en Irapuato, Guanajuato, lo que significaba que por

fin habíamos salido de Michoacán, aunque eso significara simplemente habernos mudado a otro infierno.

Por indicación de Michel, no volví a tocar mi investigación. Cuando Morelia, Lázaro Cárdenas, Zamora o Uruapan, las ciudades más mediáticas de Michoacán, salían a flote en la redacción, regularmente en notas sobre el narco, automáticamente explotaba en mi boca el sabor del polvo y la ceniza de cigarro que saboreé en la pista de baile del Sol y Sombra. Tampoco volví a tener noticias de Maru, aunque más de una vez tuve que lidiar con la culpa por nunca escribirle o llamarle para saber si la había librado.

La supuesta Genito se quedó ahí, como un tornillo barrido de mi memoria. ¿Qué más pude haber descubierto, qué estuvo a punto de decirme Maru sobre ella? No importa. Mi única certeza, una que tardé mucho en comprender, es que en Uruapan o en cualquier otra parte de México, así escriba sobre Genito o sobre cualquier otro caso, siempre habrá alguien para impedir que termine mis investigaciones, que hilvane las pocas pistas que deja sueltas este país donde el miedo no es una ficción, sino el agua de riego de todos sus campos.

LA VENTANA

ALICIA PLANTE

I.

Una vez por lo menos había pasado, así que tan raro no era. Dos o tres años atrás. El Colita no conocía al compañero pero le habían contado. En una torre cerca del puerto, no recordaba los detalles, pero seguro la sogá había sido. Difícil que se cortara, más gruesa que el pulgar. El patrón dijo que estaba podrida, no gastada, que el hombre era responsable de las sogas, los contrapesos, el aparejo, de todo, cada uno era responsable de su equipo, y que este hombre la dejaba mojada, muchas veces la había dejado mojada días enteros, poco laburo en esa época. Él, el patrón se lo había dicho, que no lo hiciera, tenía que desplegarla para que pudiera secarse. Y al final se pudrió la sogá, se cortó. Y el compañero cayó un montón de metros, en el piso veintitrés estaba, imagínate. Eso le habían contado.

Bajó un metro y mojó el rodillo. Algunas veces le pasaba, se ponía a pensar en el hombre éste, en lo que debió sentir mientras iba cayendo, el miedo, si habría gritado, si se murió enseguida, al pegar abajo, si se daba cuenta de que se moría, y entonces no lograba sacarse de encima el susto, le venía como un temblor, una cosa muy fuerte que le ar-

queaba la espalda, como náuseas le agarraban, ahí colgado. Por un momento nada más, no duraba mucho. Siempre se ponía a pensar en otra cosa y seguía con el laburo.

El rodillo goteaba un poco, tendría que cambiar el re-
puesto, la pared era muy áspera y lo despellejaba. Estaba
llegando a las copas de los plátanos, si se estirara bastante,
con los pies podría tocar las ramas de más arriba. Él era del
campo y sabía muy bien que cuando empezaba el otoño los
plátanos tiraban de a poco, todos los demás estaban pelados
y los plátanos todavía aguantando, las hojas agarradas como
nenes a las piernas de la madre. Acá las barrían enseguida
como si fueran mugre, allá era distinto, a quién podían mo-
lestarle las hojas de los árboles, a él le gustaba verlas sobre
el pasto, rodeando el tronco, hacían una alfombrita espesa
del tamaño del árbol. De chico jugaba con sus hermanas a
patearlas, a ver quién las hacía volar más alto, y se tiraban so-
bre el colchoncito de hojas, y se revolcaban, muertos de risa.

Empujó con los pies contra la pared, bajó un metro más
y metió el rodillo en la cubeta. Al sacarlo con suavidad lo
rodó por la rejilla de escurrir para evitar que chorreara pero
igual se le escapó un poco de pintura por el costado. Se ima-
ginó que habría caído sobre la escupidera del sexto, o del
quinto, medio había perdido la cuenta. No se preocupó,
cuando llegara empezaría por limpiar las gotas, para eso lle-
vaba el trapo en la cintura. Continuó hacia abajo la banda
vertical que venía pintando desde la terraza, volvió a meter
el rodillo en la cubeta y con los gestos automáticos que le
daba la experiencia, maniobró con las sogas y volvió a ba-
jar. Repitió el procedimiento otra vez y llegó a la ventana.
Vio los gotones de pintura enseguida, iban resbalando hacia
el borde de la escupidera y varios ya habían seguido viaje.
Decidió que si se había manchado la vereda no la limpiaría,
que se ocupara el encargado, la vereda era cosa de él, lo
suyo terminaba en las paredes del edificio. Las escupideras

a lo sumo. Se preparaba para limpiar con el trapo las gotas restantes, la mano debajo, como en bandeja, cuando un movimiento al otro lado del vidrio lo distrajo y ni se dio cuenta de que buscando afirmarse apoyaba la palma entera sobre las gotas. Se quedó quieto: ahí pasaba algo raro. Un hombre flaco y huesudo subía y bajaba el brazo como si estuviera inflando una rueda. Sobre el piso había una mujer, quieta, le veía la cadera, parte de las piernas, muy quieta la mujer, y el flaco éste le hacía algo, ¿le estaría pegando? Ella seguía sin moverse, en todo caso no se defendía del flaco, es decir, si era cierto que le estaba pegando. El tipo estaba de espaldas y no se daba cuenta de que el Colita estaba ahí, mirando, pero su cuerpo debió hacer sombra adentro y entonces el tipo se dio vuelta de golpe y lo miró a los ojos. Y ahí él pudo ver casi entera a la mujer en el suelo: estaba cubierta de sangre, en medio de un charco estaba. Y el flaco tenía un cuchillo en la mano, y sus ojos, redondos, enormes... nunca se olvidaría de aquellos ojos, un mechón de pelo casi rubio cayéndole por delante. Los tres inmóviles, la del piso porque seguro que estaba muerta, el del cuchillo porque no sabía qué mierda hacer, y él... él tampoco entendía nada, ahí colgado, ¡ni salir corriendo podía!

De golpe el flaco largó el cuchillo y escapó a toda velocidad hacia la puerta de la pieza, hacia el resto de la casa. El Colita miró la puerta, la cama doble toda revuelta, miró el cuerpo de la mujer, su sangre, otra vez la puerta, y sintió que la angustia le cortaba el aire. Lo ahogó la urgencia de apoyar los pies, de pisar la calle, quería largar todo e irse, correr. A una comisaría, a su pieza, a la empresa, no sabía, en realidad no le importaba adónde, lo que no quería era cruzarse con el tipo del cuchillo, aunque lo hubiera dejado ahí tirado el cuchillo, los ojos los llevaba puestos en esa cara de loco, con aquel pelo amarillo que se le cruzaba delante.

Tan rápido bajó que las manos le quedaron a la miseria, casi en carne viva de ir rozando contra la sogá, no era bueno deslizarse así, a esa velocidad, la silleta podía desbalancearse, él podía caer... Pero no cayó, llegó a la calle y se fue lo más rápido posible. Para no llamar la atención tendría que haber guardado la silleta y todo lo demás en el lavadero de arriba, junto a la terraza, algo que siempre hacía, donde fuera, al terminar la jornada de trabajo dejaba todo el equipo en orden y se adecentaba un poco. Pero no cumplió con la rutina, apenas podía controlar el temblor de las manos y la flojera de las piernas. Las sogas quedaron colgando en el frente del edificio, y la silleta, el rodillo cargado de pintura y la cubeta llena hasta la mitad quedaron arrinconados en el garaje. Nunca antes había dejado los contrapesos de arena calzados en una terraza ni las sogas castigando contra un muro ni se había largado a la calle sin cambiarse de ropa, las manos y la cara manchados de pintura.

II.

El patrón decidió apañarlo cuando dijo que no haría la denuncia. Después de todo, su empleado no había visto más que el cuerpo ensangrentado de una mujer, algo que tarde o temprano sería descubierto. Era un edificio tirando a lujoso, debía haber personal de servicio, una mucama que encontrara a la mujer muerta, o un marido, por supuesto, o los hijos. Eran pisos grandes, cuatro dormitorios, tres baños, él había averiguado un poco, y en general la gente no vive sola en semejantes espacios. Alguien se ocuparía de hacer la denuncia. Demasiado sensible este muchacho, pero bueno, por eso mismo debía ser tan responsable. Lo apreciaba especialmente y era un mal momento para prescindir de él cuando tuviera que presentarse a declarar aquí y allá. Había mucho trabajo y otro de sus hombres estaba

quebrado y no podía trabajar. Esto era mucha mala suerte y entendía que este chico, el Colita como le decían sus compañeros por la forma en que se ataba el pelo, no quisiera perder días de trabajo. Por otra parte, por ley él tendría que pagarle el tiempo que estuviera ausente por citaciones, algo que naturalmente no le hacía ninguna gracia. Si el Colita no se presentaba a hacer la denuncia, en realidad no pasaba nada y todo el mundo contento.

El incidente había ocurrido un viernes y en teoría el sábado se continuaba con el trabajo. Sólo se paraba los domingos. Sin embargo, el sábado amaneció lluvioso y ese era el otro motivo por el cual la pintura se postergaba. Cuando el lunes a las nueve —horario habitual para tareas de mantenimiento que podían molestar a los habitantes del edificio— el Colita se presentó a retomar la tarea, un suboficial de la Policía Federal le cortó el paso. Que se había cometido un ilícito, dijo, y que sólo podían ingresar los propietarios e inquilinos que habitaran en el edificio. Que él tenía la lista y qué cuál era su nombre. Lo miró de arriba abajo como desafiándolo a demostrar que vivía allí. El Colita bajó la mirada y se mostraba más que dispuesto a retirarse, cuando el oficial lo tomó del brazo e insistió en saber su nombre y a qué venía, por qué quería entrar y a qué piso iba. Finalmente resultó que al ver la soga cruzada frente a la ventana del piso en cuestión, el fiscal había estado indagando un poco. Más temprano esa misma mañana había establecido que el silletero que estaba pintando esa cara del edificio no había llegado hasta la ventana, que la parte pintada se interrumpía más arriba. Que de todos modos posiblemente lo citarían le dijo el suboficial, pero que en principio, después de dejar con él sus datos personales y número de documento, estaba autorizado a continuar con la pintura del lado externo del edificio. En 48 horas. No hoy, agregó. Primero tenían que terminar los forenses y los demás expertos.

—¿Hay un muerto...? —preguntó el Colita en voz baja.

—¿Por qué pregunta? —desconfió el rati.

—No..., por nada, yo...

—No estoy autorizado a dar información —contestó el hombre mientras anotaba el número de documento del Colita—. Vuelva a trabajar el miércoles.

La actitud del uniformado era para meter miedo, y el Colita se alejaba hacia la esquina cuando lo cruzó el encargado. El tipo era bastante campechano. Al principio, cuando recién se presentó y quiso saber dónde dejar sus cosas, lo trataba casi con desprecio, como si él fuera íntimo amigo de la gente que lo cagaba, pero después descubrieron que eran de pueblos vecinos y que tenían conocidos en común y el tipo cambió completamente.

—¿Viste lo que pasó? —le preguntaba ahora casi apoyado en su hombro—. La liquidaron a la del cuarto, por donde vos andás pintando, el fiscal se estuvo fijando y dijo que dejaste unos metros antes de llegar a la ventana. Con un cuchillo, la cosieron a puñaladas. Sola la encontraron, por supuesto, mirá que el tipo se iba a quedar ahí... ¿vos no viste nada? —El hombre estaba ansioso, excitado, todo esto en su edificio, tenía para rato.

—No, no... yo no vi nada. Me fui a la hora de siempre. ¿Por qué piensa que yo...?

—No, pibe, no lo tomes a mal, es que andan buscando pistas, hacen preguntas, viste cómo es, pero no saben ni dónde tienen el culo, el fiscal, la yuta, se ve que andan perdidos como perro en cancha'e bochas..., preparate, seguro que te van a citar, vas a ver, a mí me estuvo interrogando el fiscal mientras un botón tomaba nota. Pero yo ni me enteré hasta la nochecita, cuando oí gritos, corridas, imaginate, pero mi casa está encima del segundo cuerpo.

III.

Subió al lavadero y se cambió de ropa. Preparó todo, pero estaba tan nervioso que medio se le caían las cosas de las manos. Armó la silleta, se puso el arnés y empezó el descenso, las puntas de los pies pegando despacito contra la pared recién pintada mientras las manos entregaban soga. Miró para abajo y vio que se terminaba la franja de pintura, era la próxima ventana... Ahí empezaron las náuseas, y el dolor de cabeza que le venía amagando se convirtió en una puntada intensa en las sienes, como un mareo raro tenía. Se agarró fuerte de las sogas pero le temblaba el cuerpo, sintió frío y a la vez el sudor le corría por el pecho, todo al mismo tiempo. El vómito le salpicó una pierna y siguió de largo. La peleó fiero ahí, aferrado a las sogas, una parte de él sabía que no podía desmayarse, que le iba la vida. Pasaron los minutos, los ojos siempre bien abiertos y lentamente empezó a bajar. No se animaba a mirar para abajo y cuando tocó la vereda con los pies supo con certeza que nunca la había tenido tan cerca. El encargado lo miraba desde la entrada. Tenía un balde en la mano y una escoba. Por supuesto, el vómito... No le dijo nada. Se sacó el arnés, dejó todo como estaba y se fue.

IV.

El patrón está irritado con la situación, el Colita le está complicando mucho la vida, el laburo no da changüí, pero decide tenerle paciencia, no se consiguen fácil buenos silleteros y este muchacho ya está hecho a su forma de trabajar, está todo hablado entre ellos, no necesita andar diciéndole cómo hacer las cosas. Lo manda a otro sitio, un laburo menor en un edificio que no representa mucha guita, pero no se rechaza un cliente, ni hoy ni nunca. Por cábala casi. Es

un edificio de seis pisos, antiguo y medio pelo, con balcones franceses que se pueden pintar del lado externo sin bajar de la silleta. De esos de antes con columnitas. Lo de adentro se hace después, piso por piso, con brocha también. Ya saben, tanto el Colita como él, que con las viejas que suelen vivir solas en esos departamentos es complicado, que se levantan muy tarde o muy temprano, que a esta hora no, que no salpique, que no me manche las plantas, que cuidado con el perro, con el gato, con la puta que lo parió. En fin. Allá fue el Colita con el equipo, Barrio Norte cerca del río.

A las dos horas el pendejo estaba de vuelta, blanco como un papel, cagado en las patas. Que no puede, que se acabó, que le pague lo que le debe y él se borra, no puede hacer más este laburo y no quiera que pierda más tiempo a causa de él. Que muchas gracias. El patrón se lo quedó mirando un rato largo.

—Entrá y sentate. Ahora voy.

El pendejo estaba jodido, increíble que le pegara tan fuerte, pero andá a saber la historia del pibe, cómo había sido su vida, por ahí había presenciado alguna muerte, violencia contra alguna mujer... Esas cosas tan comunes entre la gente ignorante..., un padre borracho, pendenciero, por ahí la madre le había adornado la frente y claro, el hombre... Se pasó las manos por la cara, no iba a preguntarle nada, no era asunto suyo y el Colita no era su hijo.

Entró y ahí estaba el pibe, sentado en la silla de paja con la cabeza entre las manos, el equipo en el suelo, donde había caído.

—Colita, pibe —dijo—, vos necesitás ayuda. Tenés que hablar con un psicólogo, alguien que te dé una mano para entender qué te pasa, sabés. En los hospitales...

—No, patrón, yo le agradezco, pero no voy a ver a ningún psicólogo, yo no soy un maricón y esto ya se me va a pasar. Pero hoy no puedo colgarme, entiende. No sé por

qué, pero hoy volví a vomitar, me tiembla todo el cuerpo. No puedo, me voy a caer, patrón...

Lloraba el pibe.

V.

—Cerrará bien la puerta y ponete el cinturón, Colita. Vamos a ver este edificio, quiero tu opinión, solamente dos pisos son, ahí no puede darte vértigo ni nada. Pero hay un problema con las paredes, hubo filtraciones, picaron..., en fin, quiero que mires y me digas.

El Colita iba mudo. Seguía viniendo a la empresa porque el patrón le había pedido. Por un lado eso lo hacía sentirse bien, pero no estaba haciendo nada, boludeaba todo el día y no le gustaba. En silencio y sin más explicaciones falsas, el patrón entró en la rampa del hospital donde ya había pedido un turno en Psicopatología. El Colita ni se daba cuenta de dónde estaban. Lo hizo bajar y entraron al hall, enorme, anónimo, blanco, la gente sentada esperando o yendo de un lugar a otro. Lo miró cuando se dio cuenta pero ya era tarde. El patrón lo tomó del codo y lo hizo caminar hacia los ascensores.

—No seas tonto, Colita, este hombre que vamos a ver está preparado para ayudarte, estudió toda la vida para eso.

Esperaron casi media hora sentados en un banco largo, la espalda contra los azulejos, hasta que una enfermera abrió la puerta y dijo su nombre. Otra vez el patrón lo tomó del codo como para que no escapara y entraron al consultorio. De pie detrás del escritorio había un hombre de guardapolvo blanco con la espalda girada hacia ellos. Hablaba por teléfono en voz muy baja. En un instante fue girando hacia ellos mientras colgaba el tubo del teléfono. Sonreía. Hoy el flaco se había peinado con cuidado el pelo casi rubio y nada le ocultaba los ojos, redondos y enormes. Se miraron

en silencio mientras el Colita caminaba para atrás, hacia la puerta. Temblando.

CACERINA LIGERA

CHARLIE BECERRA

2:15 a.m.

No llevaba ni tres horas esperando y ya me dolía el culo de estar sentado.

Son los años, viejo. Un día cumples cincuenta y ya estás a un paso de que todo el mundo te comience a joder de abuelo. Te lo digo porque me está pasando y es una verdadera joda. Aunque cuando sumas la fuerza que te comienza a faltar en los brazos, el tronar de las rodillas que parecen tus propios disparos y los dolores de culo por estar sentado, te pones a pensar que de repente no te llaman abuelo por nada. Eso sin contar los problemas al sur, donde tú ya sabes. Los años pesan, viejo. Créeme.

Pensé en bajarme de la camioneta a estirar un poco las piernas, pero no lo hice por temor a que alguien me viera. O peor aún, a que en un momento de distracción «la mami» asomara la cabeza y me viera. No creo que se acuerde de mí, pero uno nunca sabe. Así que lo que hice fue reclinar el asiento lo más que pude sin perder de vista la puerta del sauna.

Eran las nueve de la noche cuando recibí al primera llamada.

Era Miguel Arteaga, el dueño del sauna.

—¿Jefe?

—¿Sí?

—¿Jefe Lucas? —preguntó con su dedo oriental.

Para que lo sepas, no me llamo Lucas. Ese apodo me lo pusieron por Rubén Aguirre, el mexicano de la televisión, que es muy alto y se parece a mí. Por ahí hay algo en la nariz pero nada más. Creo. El apodo lo tengo hace mucho tiempo y ha ganado buena popularidad incluso entre quienes no puedo contar como amigos. Es como mi alias, aunque yo hubiera elegido otro mejor. Qué le vamos a hacer. Mi nombre real es... pensándolo bien, dejémoslo en Lucas. Mucho gusto.

—Él habla —respondí.

—Soy el Sajino —hablando de apodos.

—Habla, ¿qué pasó?

—Quizás sería bueno que se dé una vueltita por mi local, jefe.

—¿Por qué?

—Hay rumores, jefe.

—¿Rumores?

—Sí, jefe —y antes de continuar se pegó tanto al teléfono que casi pude sentir su saliva en mi oreja—. Parece que viene la Mami.

El Sajino Arteaga, según su alias, había estado preso antes, pero no aquí. Su condena la había cumplido en un penal de la selva. Cuando lo soltaron decidió venir a la costa con su mujer para empezar una nueva vida. En un lugar donde no fuera fácil que alguien lo reconociera y donde no tuviera un pasado que le pisara los talones. Sí, muy bonito. Todo muy bonito. Pero para hacer eso no son suficientes las ganas, viejo, sino también tener los medios. Y eso era justo lo que Arteaga no tenía, pues el día que lo soltaron se dio cuenta de que su mujer tenía el dinero justo para comprar los pasajes a la costa y nada más. Fue entonces cuando al

pobre Sajino no le quedó otra más que volver a tocar las puertas del crimen. Pero no para volver a extorsionar y estafar como lo había hecho antes en su ciudad natal, sino para pedir una ayuda económica a una de las instituciones más sólidas y solventes de toda la región: la mafia.

Sé de buena fuente que colocan más préstamos que la mayoría de financieras que trabajan de manera legal, si así es como se les puede denominar con esos intereses. También sé que cada constructora tiene un trato especial con ellos, y ahí estamos hablando de millones. Es en serio, no hay como estos tipos.

En pocos días, Arteaga logró ponerse en contacto con un prestamista. Un tal Franco, si no me falla la memoria, que es otro de los achaques que me olvidé de mencionar antes y con razón. El caso es que el Sajino no pedía poco. Tenía en mente un negocio que iba a requerir una buena inversión de capital. Y Franco, que era lo que se llama un prestamista de mercado, uno pequeño que no maneja montos superiores a los diez mil soles, no iba a poder ayudarlo. Sin embargo, lo que sí hizo fue darle a Arteaga el dato de alguien que sí podía.

—Llámalo. Le dicen la Mami —le dijo Franco extendiéndole un trozo de papel con un número de teléfono—. Pero no te demores porque cambia de celular cada dos semanas y falta poco para que éste también lo deje —lo que es una de las medidas de seguridad típicas de los peces gordos.

El Sajino lo hizo y así fue como conoció a Eduardo Zepa, la Mami.

2:40 a.m.

Jamás he entrado a ese lugar, al sauna, pero aquella noche, estando tanto tiempo observándolo desde fuera, me

entró la curiosidad. Sin mencionar lo mucho que me hubiera gustado acomodarme en una cámara de vapor y relajar mi pobre cuerpo de viejo.

Sauna y baños turcos «Arabia», decía el letrero luminoso.

El nombre me hacía recordar a la historia de los cuarenta ladrones. Era lógico, estando al tanto, como estaba, de que se había convertido en uno de los lugares de reunión favoritos para todos aquellos ladrones, extorsionadores y demás malhechores que conformaban la fauna delincidental de la ciudad y sus alrededores. De haber entrado, no habría logrado dar ni siquiera dos pasos dentro del negocio sin que me hubieran pegado el primer balazo.

A primera vista se vía bien. La ubicación no era muy buena pero la construcción se notaba muy bien hecha. El Sajino seguro estaba orgulloso.

Y todo gracias al dinero de la Mami Zerpa.

Creo que es momento de que te hable de ella. O mejor dicho, él.

Eduardo Zerpa es una verdadera leyenda del crimen desorganizado. Crimen organizado el de la mafia italiana y la china, viejo. Lo que tenemos aquí es una perrera enorme de todos contra todos.

Eduardo comenzó su carrera cuando tenía ocho años. Entonces se dedicaba a robar los monederos de las amas de casa que iban muy apuradas a comprar en el mercado y no eran demasiado cuidadosas en revisar o poner a buen recaudo las pocas monedas de vuelto que recibían. La ganancia no era mucha, pero el riesgo tampoco era alto. Las pocas veces que lo atraparon, apenas lo abofeteaban un poco para después soltarlo otra vez.

A veces me pongo a pensar en cómo habría cambiado la historia si se hubiera hecho algo por el chico en aquel entonces. Lástima. En fin.

Luego se dio cuenta de quienes tenía buen dinero eran los hombres y no las mujeres. Pero para poder robarles a los hombres necesitabas algo más que tu rapidez o tu maña. Para robarle a un hombre necesitas armas.

Y aquí es cuando comienzan a escucharse los primeros rumores de la existencia de Zerpa. Al menos los que llegaron hasta mí. Pues lo normal es que los pillos menores de edad comiencen utilizando cosas tan simples como un cuchillo de cocina, una navaja de oficina, una de esas hojas de afeitar que venden como repuesto, etc. Hay quienes incluso utilizan un cortaúñas, un alfiler y hasta un pedazo de vidrio envuelto con un trapo a modo de empuñadura. Todo aquello que pueda herir o causar daño sirve. Pero el niño Zerpa no optó por ninguno de estos artículos. El niño Zerpa era el único pillo menor de edad que asaltaba nada más y nada menos que con una TEC—DC9.

¿Qué te parece?

El nombre no te dice mucho, ¿eh?

OK, te explico.

La TEC—DC9 es una pistola ametralladora semiautomática. Utiliza un cartucho de 9 x 19 Parabellum de fabricación alemana y está hecha con piezas baratas de polímero moldeado y acero estampado. Bien, para que te hagas una mejor idea de lo que esta belleza puede hacer te contaré que ya no se fabrica más, por la sencilla razón de que fue prohibida en 1994 en Estados Unidos por haber participado en dos de las peores masacres de su historia. Los gringos, que adoran las armas en general, las prohibieron. Te da perspectiva, ¿no? Hoy en día son muy cotizadas y no son fáciles de conseguir. En ese entonces, cuando Zerpa era niño tampoco lo eran, pero en comparación ahora es casi imposible. Tenía un compañero que hablaba mucho de la TEC y jamás pudo poner sus manos sobre una.

Y ahora de seguro te preguntas cómo es que este delincuente de menos de diez años pudo conseguirla.

Pues lo cierto es que, igual que yo, te lo seguirás preguntando. Hasta ahora es uno de sus secretos mejor guardados.

Tan solo imagina a un alfeñique de menos de metro cuarenta y la mitad de una bolsa de cemento, sostener una de estas máquinas de matar, apuntándote con su brazo en los puros huesos, temblando por el peso de los dos kilos y algo que lleva en la mano. Lo primero que se te pasa por la cabeza es que se le va a salir el disparo en cualquier momento. De hecho, así fue como Eduardo Zerpa pasó de ser un simple delincuente juvenil a ser un asesino.

Todo un debut, ¿no?

3:05 a.m.

Justo cuando pensaba que no iba a pasar nada, se abrió la puerta.

El instinto me hizo quedarme agazapado tras el volante mientras con la mano derecha le quitaba el broche a la funda de mi pistola.

La mía no es tan espectacular como la TEC—DC9. La mía es una Beretta 92 reglamentaria. Como dije nada fuera de lo común pero que me ha resultado buena y fiel. Aparte las balas me salen baratas y ya que uno mismo tiene que comprárselas...

Bueno, entonces se abrió la puerta.

Pero no era la Mami.

Quien apareció saliendo por puerta del sauna era Augusto Chang, también conocido como el chino Guto. Uno de sus sicarios y mano derecha de la Mami en varios de sus trabajos. Era de esperarse que estuvieran juntos.

Chang salió tambaleándose del local. Desde donde estaba podía verlo claramente. Se notaba que estaba entornando los ojos para ver mejor por donde iba y no tropezar con algún bache de la vereda destrozada. Caminaba agarrándose la entrepierna. Se paró junto a uno de los autos estacionados fuera del local y comenzó a orinar.

Esto también te diré que es una costumbre propia de estos individuos. Orinar en la vía pública es casi obligatorio para ellos. Yo lo veo como una especie de acto para marcar su territorio. Ya te digo, como muchos de sus apodos, estos tipos son más animales que hombres.

Ahí estaba Chang, meando galones de orín.

No hubiera sido mala idea detenerlo. Me habrían dado una buena recompensa por su cabeza.

A Chang se le atribuían más de veintidós asesinatos. La mayoría de los muertos eran pequeños comerciantes y empresarios que no habían querido o no habían podido pagar los cupos que se les exigía. Y cuando eso pasa, alguien llama y del otro lado la que contesta es la voz de Chang. Más que agenciarse de sus servicios, quienes lo contratan lo toman como una inversión a sus propios negocios. Chang es sanguinario. No tiene piedad y le importa un bledo saber a quién le está disparando. Mujeres, niños o ancianos, no importa. Una vez que le han abonado el dinero de sus honorarios, él simplemente lo hace. Sale a matar sin más. Su trabajo es de los favoritos de la prensa. No cobra poco, eso sí. El muy infeliz cobra en dólares. Aunque, a decir verdad, sus servicios valen lo que cuestan. Luego de que Chang termina el trabajo, a los demás extorsionados no les quedan ganas de saltarse ninguno de sus pagos.

Por cierto, todo lo que es se lo debe también a la Mami. Pero de eso te hablaré después.

3:10 a.m.

Dejé que Chang se marchara. Se subió el cierre del pantalón, o tal vez no lo hizo, y se perdió dentro del sauna a seguir tomando.

El dolor de culo ya me había pasado un poco aunque igual me seguía fastidiando. Pensé en tomar mi «medicina», pero, si bien me habría aliviado el dolor, me habría dejado también medio idiota. He leído por algún lado que afecta al cerebro y lo más probable es que sí. De todas formas podía soportarlo. Más bien, lo que me estaba matando era el aburrimiento.

La verdad es que hacía buen tiempo que no vigilaba a nadie y había perdido la costumbre de hacerlo. Ya no estoy para estos trotes y si lo hago es por ocasiones especiales. Si un conocido me llama y me pide ayuda, lo hago. Ahora, si encima de todo, me ofrecen algo, lo hago con gusto. No me juzgues todavía. No me considero corrupto, pero tampoco soy un santo. Yo ya voy de salida en esto, viejo, y con la pensión que me darán cuando por fin cuelgue el uniforme no me va a alcanzar ni para comer dos veces al día, esa es la verdad. Ya lo he visto en amigos míos que hoy tienen que seguir trabajando de guardianes afuera de los supermercados para revisarles las bolsas a los clientes que van de salida, o afuera de los restaurantes para abrir las puertas a los comensales, y yo no quiero eso. No, señor. Yo prefiero ser de los que entran a comer y no de los que abren la puerta.

Por eso, y aunque suene feo, me presto para ciertos trabajitos.

El Sajino Arteaga es uno de mis conocidos que de cuando en cuando me llaman para solucionarles uno que otro tema. Nunca le fallo y él tampoco me falla a mí. Se porta bien conmigo y siempre se cae con algo. Con lo que saca del

sauna, no tiene problemas de plata. Por eso, cuando a eso de las nueve y media recibí la segunda llamada, supe que iba a necesitarme.

Esta vez la que llamó fue su mujer.

—¿Jefe Lucas?

—Hola, dígame.

—Soy Luisa, la esposa de Miguel.

—Ah, hola. Dígame.

—Mire le hablo de aquí del sauna. Mi esposo quiere que venga.

—¿Dónde está él ahorita?

—Está con unos señores —me respondió con un deje de angustia—. No puede hablar, pero antes de irse a sentar con ellos me pidió que lo llamara. Que le dijera que venga.

—Voy para allá —le dije y eso fue lo que hice.

3:28 a.m.

Me preguntaba cuántos hombres más habían dentro del sauna acompañando a la Mami. Apostaba a que no eran menos de cuatro. Igual me consideraba afortunado de haber dado con él.

El paradero de Zerpa no estaba claro para nadie. La última vez que estuvo en prisión fue hace más de siete años y desde entonces se le perdió la pista. Decían que se había fugado del país, cruzando la frontera a rastras. Incluso decían que se había muerto de una sobredosis. Yo sabía que nada de eso era cierto.

El problema para ubicar a Zerpa era que hacía buen tiempo se había retirado de las canchas. Me refiero a que los atracos, estafas y extorsiones eran cosa del pasado para él. La Mami había pasado de ser jugador de primera a ocupar

un puesto más cómodo como entrenador y DT de las futuras generaciones.

¿Leíste alguna vez Oliver Twist?

Yo no, yo vi la película, pero sé que está basada en un libro y por eso te lo pregunto. En la historia hay un viejo que se encarga de enseñar a los chicos a robar y que se hace pasar por un caballero distraído mientras sus alumnos utilizan todas las técnicas que el viejo les ha enseñado para quitarle un reloj, la cartera, etc. Es muy divertido, por cierto. Bueno, Zerpa hace casi lo mismo. Ahora se dedica enseñar todo lo que sabe a niños de la calle para formar su propio ejército de sicarios y delincuentes. Ponte a pensar en la cantidad de huérfanos que hay y que mueren por una oportunidad de este tipo. Zerpa les ofrece una mejor manera de ganarse la vida que ir mendigando por ahí. De ahí que le digan la Mami, ¿comprendes? La escuela de la Mami funciona en diversos sitios fuera de la ciudad. Tiene, lo que se dice, varias sedes. Ahí es donde los chicos son entrenados, alimentados y, si se puede decir, protegidos del resto del mundo. Tiempo después salen convertido en asesinos profesionales con título a «nombre de la nación», como se dice.

Escalofriante, ¿no?

Pues es la realidad de las cosas, viejo. Muy pocas personas fuera de su organización sabemos esto. Ese es el nuevo gran negocio en el que el maldito está metido. El mismo Chang es integrante de una de sus primeras promociones. Por eso le tiene tanto cariño y respeto a Zerpa. Lo cuida como al padre que nunca tuvo y esa es la razón por la que tenía que ser muy cuidadoso aquella noche. Me sentía como si estuviera por ingresar a una casa rodeada de perros listos para atacar a cualquier intruso.

3:50 a.m.

Miré la pantalla de mi celular. Faltaba muy poco para las cuatro de la mañana. El local estaba a pocos kilómetros de la playa y una neblina helada rodeaba la cabina doble de mi camioneta. En la calle todo estaba muy quieto y solo me llegaba el ruido apagado de la música que estaban escuchando los hombres dentro del sauna.

Me preguntaba cómo la estaría pasando el Sajino y si seguiría haciéndole compañía a Zerpa, tomando cerveza de la misma botella. Pobre. Seguro se estaba haciendo en los pantalones.

«Tranquilo, Sajino, que para eso están los amigos», le decía yo mentalmente. Una babosada porque no podía oírme.

El plan era simple.

Debía matar a la Mami.

Para eso me había llamado Arteaga. Digamos que me lo había pedido hace mucho, pero nunca se había presentado una oportunidad como aquella. Ni yo ni nadie sabíamos a ciencia cierta dónde estaba Zerpa hasta esa noche. El Sajino me había prometido una muy buena suma de dinero, suficiente para vivir tranquilo un par de meses o más, pasarle algo de pensión a mi ex mujer y ahorrar otro tanto para mi jubilación que estaba a la vuelta de la esquina. También me había prometido un par de noches con las chicas que tenía atendiendo en el tercer piso de su local como para animarme un poco más. A mí me pareció un buen trato.

Sí, ya sé lo que estás pensando.

Si el gran sueño de Arteaga se había vuelto realidad gracias a la «ayudita» de la Mami, ¿por qué entonces quería deshacerse de él?

Para eso había dos razones.

La primera: plata.

Desde el momento en que Arteaga le contó a Zerpa de qué iba el proyecto que tenía en mente, éste se emocionó. La idea le fascinó. Lo del sauna le pareció genial. Tal como se lo había pintado Arteaga, aún sin conocer lo más mínimo de temas sobre mercadotecnia y esas cosas, tenía clarísimo lo que quería. Ni qué decir del propio Zerpa, que ya se veía así mismo sentado en una cámara de vapor, con las paredes recubiertas en madera, desnudo de pies a cabeza y con una morena caderona en cada brazo.

En menos de dos días, Arteaga tenía la plata en las manos: varios fajos de billetes sucios, arrugados, con manchas de sangre seca metidos en una caja de zapatos.

Ciento ochenta mil dólares.

¿Cómo la ves?

Suficiente para comprar el terreno que ya tenía elegido y construir a lo grande. A la Mami, esa cantidad de dinero no le hacía ni cosquillas.

Un año y un par de meses después, el sauna abrió sus puertas.

Un éxito, viejo.

Arteaga había acordado pagarle el préstamo a Zerpa en lo que se dice «cómodas cuotas mensuales», durante dos años y medio. El Sajino cumplía puntualito. La Mami mandaba a uno de sus empleados a recoger la plata el veinticuatro o veinticinco de cada mes y, cuando llegaba al sauna, el emisario era recibido con cerveza, una chiquilla y un paquetito de billetes bien envuelto en papel higiénico. Al comienzo también llegaba Zerpa, pero al tiempo comenzó a ausentarse y ya solo se veía a su empleado llegando por el local.

Esa fue una buena época para el Sajino.

Pero no le duró mucho.

El Sajino y su mujer ya no podían esperar a que se cumpliera el plazo para pagar por completo el préstamo y comenzar a ahorrar para invertir en otro negocio. Y viajar,

disfrutar de su esfuerzo. Pero lo que uno tiene que tener en cuenta cuando haces negocios con gente como la Mami es que el favorcito, en realidad, nunca lo terminas de pagar. Y eso fue lo que ocasionó el primer problema con Zerpa.

El Sajino creía haber saldado ya su deuda, y ya estaba pensando en irse de vacaciones cuando el veinticinco del mes siguiente el mensajero de la Mami se apareció bien campante en el sauna reclamando su dinero.

—Pero yo ya terminé de pagar el mes pasado —alegó Arteaga.

—Si eso fuera cierto, cojudo, yo no estaría aquí —le respondió el otro y le dio un par de golpecitos en el cachete.

Y así fue como comenzaron los problemas con Zerpa, quien no dejaba de enviar todos los meses a su mensajero a cobrar. El Sajino lloraba de impotencia cada vez que se acercaba el veinticinco y le daban ganas de volver a sus viejas costumbres y coser a alguien a tiros.

Pero no lo hizo.

No se atrevió.

Sabía que eso hubiera sido meterse con la Mami y el que lo hace no la cuenta.

A excepción mía, claro, que lo hice y aquí estoy, justamente, contándola.

La segunda razón era más antigua que la primera, vino desde antes todavía. Entonces, quizá ésta sea la primera y la que te acabo de contar haya sido la segunda. En ese caso...

En fin, la cuestión es que sí había otra razón, aparte de la económica, por la que el Sajino Arteaga quería que yo me cargara a la Mami. Una razón más de índole personal o moral.

Si el Sajino se había marchado de su tierra era porque quería otro tipo de vida para él. Ya no quería seguir implicado en crímenes o tener que ver con delincuentes. Una nue-

va vida, eso era lo que quería. Y el que se hubiera visto obligado a pedir la ayuda de la Mami Zerpa, echaba por tierra sus aspiraciones. Verlo ahí, metido en su negocio como un parásito, disfrutando de lo que él y su esposa habían conseguido, hacía que el estómago de Arteaga se le revolciera. La presencia Zerpa, lo que representaba su figura, no lo dejaba avanzar, no le permitía olvidar el pasado.

Eso lo volvía loco.

La Mami es un mal bicho por donde lo veas, viejo. No vas a poder encontrar una peor junta que él y para alguien que quiere dejar su vergonzoso pasado atrás, pues es como si cargara con el muerto a todos lados.

Y esa fue la segunda razón por la que el Sajino decidió que la Mami debía morir.

Hay muchísimas más, pero, para mí, con esas dos me bastan.

En esas estaba, dándole vueltas al plan, cuando...

4:10 a.m.

Hasta que por fin.

4:11 a.m.

Tal como esperaba, salió cayéndose de borracho.

La Mami es temible, sí, pero cuando se tiene la oportunidad de verlo de cerca, uno se da cuenta de que no es más que una basurita de metro sesenta, subido de peso y con unos rulitos de lo más ridículos bailándole detrás de las orejas como si fueran aretes.

Como sea.

La cosa es que después de hacerle la guardia por horas, se abre la puerta y sale el tal Eduardo Zerpa, más borracho que pichula en escabeche.

Los músculos se me tensaron en señal de alerta. El culo dejó de dolerme. Suena ridículo pero eso es justo lo que pasa cuando te pones en guardia. Decidí quedarme quieto y observarlo un poco más para ver lo que hacía.

Daba un paso, tropezaba y seguía caminando, cabeza abajo. Los cachetes abultados, como apretando los dientes para no vomitar. Se acercó al mismo carro en el que antes había orinado Chang y como vio que alguien ya lo había utilizado, se pasó al siguiente que aún no estaba meado. Rodeó el auto por la parte trasera, justo frente a mí. Se me pasó por la cabeza meterle la camioneta y aplastarlo contra la cola del otro carro, pero hubiera resultado muy sucio.

Matar a la Mami no era lo mismo que matar a un perro.

Se llevó las manos a la entrepierna y al hacerlo perdió por completo el equilibrio. Fue a parar contra la pista levantando una nube de polvo. Movié los brazos un par de veces para liberarlos pues con la caída el mismo se los estaba aplastando. Después no se movió más.

Me bajé del carro.

4:15 a.m.

Me fijé de que nadie más salía en ese momento del sauna y cruce la pista que me separaba del cuerpo botado de Zerpa. Me arrodillé junto a él y un olor terrible me pegó en la nariz. La Mami se había meado encima. Le sangraba la frente en el lugar donde se había dado contra el piso y respiraba con jadeos. Estaba fuera de combate.

Me quedé muy quieto otra vez, tratando de escuchar si alguien venía. Nada. Lo tomé del cuello de la camisa y co-

mencé a arrastrarlo hasta mi camioneta. Era como arrastrar un saco de papa. Me partí la espalda en por lo menos cuatro partes, pero logré subirlo al asiento de atrás. Le puse las manos atrás y lo enmarroqué. La Mami dormía como un bebito. Por precaución, me tomé el trabajo de amarrarle los cordones de las zapatillas. Trucos que uno aprende: los dos de la derecha con los dos de la izquierda. Parece una cojudez pero funciona.

Luego me subí tras el volante y le eché una mirada por el espejo retrovisor. No había resultado muy complicado. Al menos, no la primera parte. Puse en marcha el motor y salí del lugar, despacio. Tenía al menos cinco minutos más hasta que Chang y el resto se diera cuenta de que la Mami se estaba demorando mucho. Con suerte, diez.

4:30 a.m.

Conduje por la carretera que bordea la playa. Pensé en muchos sitios donde llevar acabo el trabajo, pero me decidí por los campos de hierba seca que había junto al mar.

Hacía poco menos de un mes había salido a la luz un escándalo donde estaba metido el alcalde del distrito: el mar estaba siendo utilizado como el basurero público de la ciudad. No solo hubo una investigación fuerte contra el alcalde, sino también que la playa entera fuera declarada en emergencia. Ningún bañista podía siquiera asomarse al lugar.

No me equivoqué: en todo el trayecto no me crucé con un alma.

La Mami roncaba en el asiento trasero. La cabina apesataba a chivo viejo y, por lo que pude ver, la sangre de Zerpa me estaba manchando el asiento. Hice una nota mental: iba a tener que limpiar después. Lo hago aunque esas notitas,

al igual que los apuntes en papel, se me pierden muy fácilmente.

Bajé un poco la ventana para ventilar la cabina y volver a respirar sin asco. Quizá la brisa fue la culpable de que Zerpa empezara a moverse. Suave al comienzo. Después, cuando notó el amarre en las manos, empezó a sacudirse y a contraerse por la mitad como un gusano. Gemía y hacía ruidos como si se estuviera ahogando. Un segundo después se mandó con una ola de vómito que me dejó la camioneta más sucia que la playa a la que casi había llegado.

Hay que ver el lado bueno de las cosas: si se me olvidaba mi notita mental, el olor a desagüe que me había regalado la Mami se iba a encargar de recordarme que debía lavar mi camioneta al revés y al derecho, carajo.

Hubiera querido llegar más lejos pero el olor era insoportable.

Había que acabar con eso cuanto antes.

Salí de la carretera y me metí a campo abierto. Apagué las luces delanteras y reduje la velocidad para evitar levantar una nube de polvo que se pudiera ver a lo lejos. El terreno era lo suficientemente firme como para que mi camioneta no se quedara arenada. Cuando la hierba seca comenzó a hacerse más alta, me detuve. Quité las llaves del contacto y dejé que el silencio se asentara nuevamente sobre el terreno.

—Última parada: el lugar de los hechos —le avisé a Zerpa, pero creo que no me escuchó.

4:50 a.m.

Ya casi eran las cinco de la mañana. Estábamos en invierno y no amanecería tan pronto como en otra época del año; sin embargo, tenía que actuar rápido.

Bajé a la Mami de la camioneta, jalándolo de las piernas y luego dejando que se resbalara del asiento hasta caer al suelo.

Estaba hecho un desastre.

Lo mismo que mi camioneta.

Quizás lo más sensato hubiera sido incinerarla. Inspeccioné los alrededores. Todo en orden. Procedí a arrastrar a Zerpa por segunda vez en la noche, llevándolo hasta donde los arbustos me cubrían más arriba de los muslos. Tenía la espalda hecha polvo, me dije a mí mismo que descansaría por una temporada. Mi cuerpo me lo pedía a gritos.

Me alegré de estar tan cerca a la playa. Ya no tendría que enterrarlo, sino solo dejar que el mar se lo llevara y esperar que los peces que aún no hubieran tomado desayuno se sirvieran de él. Encontré un buen lugar y lo dejé ahí tirado. Me puse las manos en la cintura y me dediqué a recuperar el aliento. Cuando estuve en calma, saqué de mi bolsillo trasero mi Nuevo Testamento.

¿Soy un sicario? Por definición, sí. Aquella no era la primera vez que mataba por dinero. Al igual que los demás, lo hago por necesidad. Sin embargo, no soy igual a ellos. Podría decirse que yo sí tengo consciencia de lo que estoy haciendo. No aprieto el gatillo sin más y no contra cualquiera. Tengo que saber de quién se trata y si se lo merece.

Debe ser el sentido del deber que me ha pegado el uniforme después de llevarlo puesto tantos años.

Si me contratas para que mate a tu abuela millonaria, primero, voy a revisar su registro de antecedentes penales y, si la vieja está limpia, con gusto te devolveré tu dinero, ¿comprendes? En el caso de la Mami, el tipo tenía méritos de sobra para que mi moral me diera luz verde. Pero no lo iba a hacer sin antes prepararlo para su partida de este mundo. Es algo así como leerle sus derechos. El tipo era un delincuente de los grandes, pero también era humano

y aunque no estuviera seguro de que mis rezos lo llegaran a salvar de donde quiera que lo estuvieran esperando, por lo menos a mí sí me dejan algo más tranquilo después de haberlo «despachado».

Esto lo aprendí a hacer hace mucho tiempo, cuando era catequista y me pasaba los fines de semana ayudando al padre de la parroquia en cuanto diligencia tuviera pendiente. Aunque los demás muchachos lo veían como una pérdida de tiempo y una mariconada, para mí no era tan aburrido.

A veces la cosa se ponía interesante.

El padrecito no solo iba a rezar por un hijo perdido o un marido mujeriego; también lo llamaban cuando alguien ya estaba con un pie fuera de la cancha. Cada vez que tenía este tipo de llamados de emergencia yo me emocionaba. ¿Te has puesto a pensar en la clase de cosas que la gente confiesa antes de partir? Era mucho mejor que verlo en películas, viejo. La cosa era que luego de que el enfermo confesaba las cosas más increíbles que te pudieras imaginar, el padrecito le rezaba unas oraciones que lo preparaban para exhalar el último suspiro. Tantas veces las oí que me las sabía de memoria. De eso hace mucho. Hoy, la verdad es que me tengo que ayudar de la página de mi Nuevo Testamento donde hace siglos las anoté para no olvidarlas.

Cuando comencé a realizar este tipo de trabajitos, me pareció correcto hacer lo mismo que hacía el padrecito al que yo acompañaba cuando era chiquillo. Me dirán anticuado pero cada quien tiene su estilo, viejo.

La vez que le tocó a la Mami no fue la excepción.

5:01 a.m.

Abrí el librito azul y luego de persignarme comencé a recitar, lo más solemne que pude, una de las oraciones que tenía apuntadas.

—Te encomiendo, Dios Todopoderoso, a mi querido hermano... —me detuve para ver a la Mami tirado ahí en el suelo. Respiraba como un burro al que no le sale el rebuzno por falta de práctica. Me costaba mucho hacerme a la idea de que pudiera ser mi hermano espiritual. Continué—: Eduardo Zerpa, más conocido como la Mami para mayor referencia, y lo pongo en las manos de Aquél de quien es criatura. Para que después de sufrir la sentencia de muerte dictada por los hombr... dictada por mí, vuelva a Ti, pues fuiste Tú en tu infinito amor quien lo formó de la tierra —o de un relleno sanitario—, Señor. Ahora, pues, que su alma va a salir de este mundo y la luz en su cuerpo terrenal se apague para siempre, te pido, oh Dios, salgan a recibirlo los gloriosos coros de ángeles, querubines y apóstoles que, en tu Divina Presencia, se encargarán de juzgarlo. Amén.

Pensé leer un par de versículos, pero por la falta de buena luz, al final, desistí.

Me persigné de salida y devolví las oraciones a mi bolsillo trasero.

Ya era tiempo.

5:06 a.m.

Me paré a los pies de Zerpa y desfundé mi Beretta.

Le quité el seguro con el pulgar provocando un chasquido.

Coloqué el índice en el gatillo.

Había empezado a presionar con el dedo cuando me asaltó esa odiosa sensación de estar olvidando algo, esa sensación que se me había vuelto tan usual.

«El “seguro”», pensé, «No tengo seguro».

Dejé caer mi brazo. No podía ponerle punto final a la Mami sin un seguro.

El seguro no es otra cosa que la evidencia de que la víctima, al momento de ser asesinada, andaba en algo chueco. La mayoría de los arrestos que se realizan, si no hay una orden de por medio, necesitan de un seguro para poder proceder. Los policías necesitan «sembrar» estos seguros a los futuros detenidos antes de poder llevárselos a la comisaría. Es una práctica común, funciona. Nada más conveniente que entrar en la comisaría con un delincuente enmarrochado en una mano y con un buen seguro en la otra diciendo: «¡Mire, mi mayor, lo encontré con esto en su poder!». En el caso de Zerpa, lo ideal hubiera sido tener un seguro que, en caso de que alguien encontrara el cuerpo después, pudiera dar lugar a un par de especulaciones: que el individuo murió mientras disparaba contra otro, por ejemplo.

Necesitaba un arma que sembrarle.

Pensé en que mi bolsita «medicinal» podría ayudar en algo. Marihuana, por si aún no ha quedado claro.

La fumo para aliviar los dolores musculares que me parten la espalda un día sí y otro día también. Mastiqué la idea un poco más y decidí que no resultaría convincente si es que alguien hallaba el cuerpo. No matan a nadie por andar con una pequeña e inofensiva bolsita de yerba.

Aparte me daba pena desprenderme de ella.

La fatiga me seguía trepando el cuerpo y ya me estaba llegando a la cabeza, cuando se me ocurrió que quizá ya tuviera mi seguro. Quizá la Mami tenía un arma que yo no hubiera visto. Esto me recordó otra cosa que había olvidado.

Muy imbécil yo no lo había registrado.

Volví a enfundar mi arma. Las manos me sudaban, me había puesto muy nervioso. Hoy en día ya se me andan olvidando muchas cosas, pero en ese momento no me podía perdonar que algo tan elemental como cachear a la Mami se me hubiera pasado.

Le saqué las zapatillas, levanté las suelas pensando en una navaja, palpé el fondillo de su pantalón, el interior de sus medias y fui subiendo tentando sus muslos. El vientre de Zerpa se mecía y sonaba como un globo lleno de agua.

Se veía maternal, hacía juego con su alias.

Su pantalón aún estaba húmedo por su propio orín pero ya no me importaba. En sus bolsillos tenía fajos de billetes, llaves, papeles, tarjetas, varias identificaciones y preservativos. Procuré que los condones no estuvieran rotos o abiertos y me los guardé junto con los billetes. En el bolsillo de su camisa tenía algunas monedas y otros papeles que no me molesté en verificar. Le di la vuelta para inspeccionar sus bolsillos traseros y encontré un celular.

Una lucecita azul parpadeaba en la parte superior.

Desbloqué la pantalla y pude ver lo que parecía ser una especie de croquis. Era el WhatsApp. Había un punto azul en medio que despedía unas ondas sobre el mapa. Me acerqué el aparato para ver mejor. En la esquina inferior derecha de la pantalla apareció otro punto, solo que éste último se movía.

Y rápido.

La distancia que lo separaba del primer punto se iba acortando y cuando estaba a menos de tres centímetros de alcanzarlo, oí el rugir de un motor tras de mí.

5:16 a.m.

Me paré como si me hubieran quemado el culo. Dejé caer el celular y me apresuré a desenfundar otra vez mi arma. Por un segundo pensé en todas las huellas que estaba dejando. Desde el suelo me comenzó a llegar un estertor y unos jadeos de asfixia.

La Mami estaba despertando.

Se giró sobre sí y me miró. La papada se le había dividido en mil pliegues y su boca parecía la de un sapo.

Sonrió.

—Ya decía yo —Zerpa hablaba como si tuviera la garganta llena de burbujas—. Esto era lo que tenía el Sajino.

No le respondí. No sabía qué decirle. Levanté la mirada: el carro se iba acercando cada vez más.

Aceleraba.

—Yo te conozco. Lucas, ¿no? —empezó a toser. No paró hasta escupir la bola de flema que tenía atravesada—. Sí. Ya me acordé de ti.

Yo también me acordaba y eso es algo que, por desgracia, sin importar la edad, no creo que pueda olvidar.

Sucedió hace casi veinte años. Entonces yo estaba limpio, era «legal».

Era solo un tomo más intentando hacer su trabajo.

Fue durante un operativo de rutina: casas de cartón, barrio en ruinas. Éramos quince y entrábamos en las casitas dando de patadas y apuntando a quien encontráramos detrás de cada puerta. Estábamos tras la pista del cabecilla de una red de microcomercialización de droga que ya nos venía dando muchos problemas: niños de doce y trece años estaban muriendo intoxicados por lo que sea que les estaban vendiendo.

El nombre del tipo no lo recuerdo, al final logramos capturarlo. Después de tumbar muchas puertas, eso sí. El terreno a cubrir era grande y la estrategia era recorrer cada calle por parejas. Estábamos bien armados, cada uno con una AK y gas lacrimógeno por si las pulgas. Yo iba adelante y mi compañero me cubría la espalda. Encontraba ancianos, niños pequeños que habían dejado encerrados, hombres ebrios teniendo relaciones con chiquillas, y demás perlas por el estilo.

Tras una de esas puertas, encontré a Zerpa.

Yo sabía muy bien quién era, ¿quién no? Entonces ya era uno de los más buscados. Estaba en plena faena con una de esas niñas. Ella estaba desnuda, él solo llevaba puesta una camiseta sin mangas, los dos en un sillón viejísimo con botellas de cerveza a su alrededor. Al verme ahí con el arma apuntando, la chiquilla salió corriendo hacia el fondo de la casa.

Zerpa se quedó ahí.

Yo lo miraba tras mi fusil. Permanecimos así pocos segundos hasta que él comenzó a erguirse. Yo levanté el fusil en respuesta, apuntando a su cabeza. Él se llevó un dedo a la boca.

«Shhh».

Se agachó a recoger su pantalón y con toda la paciencia del mundo sacó un rollo de billetes y lo hizo rodar hasta mis pies.

Desde afuera me llegaba la voz de mi compañero:

—¿Qué pasó? Lucas, ¿qué fue?

Su voz también llegaba hasta Zerpa quien al oír mi apodo se sonrió.

—Cógelo, Lucas. Acá no pasó nada —me dijo susurrando. Dudé por medio segundo.

Luego, me agaché a recoger el rollo sin dejar de apuntar a su cabeza. Me lo guardé dentro de mi chaqueta y empecé a retroceder.

—¡Negativo! Vamos a la paralela.

Zerpa asintió sin dejar de sonreír y no lo vi más. Mi compañero y yo abandonamos la calle.

Esa noche, cuando llegué a mi casa, saqué el rollo y conté el equivalente a tres meses de sueldo y una quincena.

El nuestro fue un encuentro fugaz. No creí que fuera a recordarlo. Sin embargo, sí lo hizo. Aquello me desbarató un poco más.

No podía darme el lujo de siquiera pensar en responderle. Detrás de mí, el auto ya iba aminorando la marcha. La luz de los faros me bañaba la espalda.

5:27 a.m.

Chang. Por supuesto.

El vehículo prácticamente lo vomitó a la arena.

Tenía la mira de mi arma puesta en él, luchando por no perderlo a contraluz.

Me apuntó con un arma monstruosa.

Me gritó algo que no alcancé a entender, tenía la lengua dormida por el alcohol. Llevaba su arma por delante y esta parecía tirar de él como un perro ansioso por echar a correr.

Gritó nuevamente y luego pude oír cómo rastrillaba la máquina. Me lancé a la arena justo cuando una ráfaga furiosa pasaba sobre mi cabeza. Chang no pudo con la potencia de los disparos y cayó de espaldas sobre la arena. Le disparé al ras del suelo, estilo comando. Le pegué cuatro balazos que lo samaquearon, estilo muñeca de trapo.

No volvió a moverse.

Me paré, me sacudí el polvo de la chaqueta y del pantalón. Caminé hasta el cuerpo de Chang y vi que tenía dos impactos en la cara interior de la pierna de derecha, uno justo en la entepierna y otro en el costado izquierdo bajo las costillas.

Pensé en apagar las luces del auto en el que Chang había llegado —ya estaba amaneciendo pero aún podían ser vistas a distancia—; sin embargo, alumbraban algo que llamó mi atención y que quise ver con la mayor claridad posible.

Balas. Unas cincuenta. Todas de Chang.

Su arma era una abominación, violencia pura, ideal para un tipo como él. Si me hubiera alcanzado, me habría dejado como papel desglosable, que se rasga y se rompe con facilidad.

Seguí caminando hasta llegar al lugar donde estaba la Mami. Zerpa no tuvo tanta suerte. Seis de las cincuenta balas de Chang las había recibido él. Sin embargo, a diferencia de su sicario, la Mami seguía respirando. A duras penas, pero respirando.

No le quedaba mucho tiempo. Moriría en cualquier momento. Pero el pobre la estaba pasando muy mal. Quizá me equivocaba y podría aguantar hasta una hora más en ese plan.

Como sea, hubiera sido muy cruel dejarlo así. Además yo tenía que terminar mi trabajo.

Zerpa temblaba, parecía a punto de entrar en shock.

—Lu... Lu...

No lo dejé terminar. Levanté mi Beretta y le abrí un tercer ojo.

Ya casi eran las seis de la mañana.

Empecé a pensar en los titulares del día siguiente.

«AJUSTE DE CUENTAS ENTRE TAL Y CUAL».

No había que investigar nada. Los hampones se matan, fin de la historia. No podía importar menos. Y a mí menos que a nadie. Había cumplido y estaba cansado.

Me guardé mi Beretta, sentí la cacerina ligera.

El que se siente pesado es uno, viejo.

CHAQUETAS ROJAS

JERÓNIMO GARCÍA TOMÁS

Así que nada más veo salir al viejo de detrás los arbustos con la pistola en la mano lo tengo claro.

Igual cuesta de creer, pero enseguida los conecto, a la tía y a él. Quiero decir... Ya era bastante raro, ¿no? Y no es que no me hubiese parecido sospechoso y todo eso. Que una tía tan buena, que podía llevarse a cualquiera, se me viniera a mí y me diera palique y se me pusiera todo lo tonta que se pueden poner y al final, y daba igual lo borracha que fuese, me dijera:

–Oye, has dicho que tienes la moto fuera, ¿no? Porque sé de un sitio...

Lo de saber de un sitio también se las trae, pensándolo luego, porque en medio de una jodida pinada, de no sé cuántos kilómetros cuadrados, ¿qué más dará un rincón que otro? Pero ella sabe de un sitio.

Vista desde fuera, la cosa olerá mal, vale. Pero hasta oliéndolo, notando la mosca detrás de la oreja y todo eso, ¿quién coño no se va detrás de esos shorts negros? ¿Eh?

Así que tengo los pantalones bajados, me los ha bajado ella, y se me está empezando a poner tan dura como la tenía en el Actioner antes de salir, cuando oigo el ruido de los arbustos y levanto la cabeza y veo el brillo del cañón y la

figura negra del tío detrás con el chubasquero y me digo, ya está. Tampoco es que les valga mucho la pena. En realidad, no hubiese tenido ni para pagar una puta. Porque eso sí se me había pasado por la cabeza, que la tía fuera una puta. Así qué, si eso es de lo que va la cosa, va a ser que se han pegado un buen curro para nada. Pero estoy casi a punto de recuperar el habla y de decir que se pueden llevar la moto, si quieren, cuando el tío se me planta cerca, yo aún arrodillado en el suelo, con los putos pantalones por las pantorrillas, y suelta:

—¿Quién es este?

Entonces nadie se atreve ni a toser. Yo creo que él está esperando a que la tía conteste, y como no lo hace repite la pregunta y ella dice que cómo que quién es y entonces él sale con algo que me deja más clavado todavía.

—Este no es Remo.

Remo. Así que de eso va todo. No soy Remo.

Pero por mucho que no sea Remo, el tío no deja de apuntarme con el revólver y yo ya no dejo de temblar. Parezco un jodido martillo pilón, a punto de abrir un agujero en el suelo. La tía lo cuenta todo. Ha llegado al Actioner y ha preguntado por Remo a una camarera y esta la ha mandado a la barra del fondo. Cuando ella ha dicho que no lo conocía, que tenía que hablar con él para pasarle un mensaje de otra chica, la camarera le ha dicho más o menos cómo es Remo, que tiene el pelo negro rapado a los lados y engominado hacia atrás y que lleva una chaqueta roja con franjas blancas en las mangas.

Así que yo no tengo que oír más para saber lo que ha pasado. Porque justo yo me había acercado a la barra del fondo para hablar con Remo, pero al poco él había dicho que tenía que irse a pasar no sé qué, y justo entonces, dos minutos o así después, la chica había ido a por el único tío

que llevaba el pelo y la cazadora como le habían dicho. O sea, yo.

–Pero ¿cómo te has podido confundir?

Al viejo le ha cambiado la voz y ahora se le nota lo viejo que es, de verdad está jodido por lo de que yo no sea Remo.

–¿Cómo has traído a otro, si te han dicho quién era y...?

Y entonces es cuando voy y la cago.

Enseguida me doy cuenta, pero... Supongo que hay veces en que no me puedo callar la boca. Porque ¿qué puta necesidad tenía de decirlo? Pero lo digo:

–Remo y yo nos parecemos.

Y el viejo se me queda mirando. Y tampoco sé cómo sé que me está mirando, porque en ese claro rodeado de pinos y matorrales casi no veo más que su puta silueta envuelta en el chubasquero, pero lo sé. Y no sé quién tiembla más en ese momento, si la pistola o yo.

Así que el tío, después de un rato, suelta:

–Lo conoces.

Y yo veo que si la cosa podría haber acabado bien, eso se acaba de joder.

–No, no, no... –me pongo a balbucear como un subnormal. Como si tuviera remedio.

Pero él ya sabe que lo conozco y mira a la chica, que se ha vuelto a poner la cazadora de cuero y se agarra los brazos como si tuviera frío, y dice que lo conozco y que ahora qué van a hacer. Ella habla entonces: puede volver al Actioner, encontrar a Remo, el de verdad. Dice que esta vez seguro que no se equivoca. Pero el viejo le repite:

–Este lo conoce.

Y la chica no le contesta, pero por su silencio se nota que entiende.

–Si dejamos ir a este –dice el viejo–, ya no habrá forma de traer al otro.

Yo le juro que no diré nada. Se lo juro por todos mis muertos. Pero él no parece ni enterarse de que estoy hablando.

Así que la chica va y sale con que no hay razón para matarme.

–Una cosa es que se haga justicia por lo de tu hija. Otra, matar a un inocente. Yo no te puedo ayudar a eso.

Pero él contesta que tan inocente no puedo ser, si soy amigo suyo. Y yo me pongo a chillar, porque ahora ya me chorrean lágrimas por las mejillas y las palabras me salen así, y no podría hacer nada para mantener mi dignidad aunque me importara una mierda mantenerla. Y chillo que no soy amigo de Remo, que solo lo conozco de vista y que no sé nada de sus historias.

Eso sí que está claro que lo ha oído, porque mueve el revólver y me da con el cañón en la cabeza.

–A mí no me engañas, cabrón. ¿Crees que no sé lo que eres? Eres igual que él. Sabes lo de mi hija, ¿verdad? Se llamaba Carla, por si se te ha olvidado. Porque no sé a cuántas habrá hecho lo mismo, ese hijo de puta. Con tu ayuda, a lo mejor.

Yo digo que nunca he ayudado a Remo a hacer nada, y él entonces me pregunta que si acaso sé quién era su hija, quién era Carla, y yo tengo que decir que sí, porque me da que si digo que no aún se va a cabrear más, y él va y suelta:

–Entonces sabes lo que ese desgraciado le hizo y te da igual. Sigues yendo con él y llamándole tu amigo. Y si ahora te mato para que no vayas a advertirle, no estoy haciendo nada malo, porque de ninguna manera estoy matando a un hombre inocente.

Y mientras, el revólver ha empezado a temblar más.

Así que me va a disparar y ya está. Pero el revólver tiembla porque seguro que nunca ha matado a nadie y, por muchas ganas que le tenga a Remo, yo no soy Remo. Pero me

tiene que matar. Y por mucho que yo lloriquee y tenga la pinta patética que seguro que tengo, con el pantalón desabrochado y todo eso, y que la tía que me ha llevado hasta allí siga pidiéndole que no lo haga y prometiéndole que irá enseguida al Actioner a sacar al auténtico Remo de allí antes de que yo pueda avisarle, él me va a matar igual.

–Aunque no le consiga avisar, nos ha visto. A ti mejor que a mí. Y sabe quién soy.

–Sabe quién eres porque se lo has dicho.

–Ahora ya es tarde.

Así que me va a matar.

Esa mierda de revólver tembloroso va a escupir una bala y da igual que yo aparte la cara y me tape la cabeza y siga jurando por lo más sagrado que nunca diré nada a nadie.

Pero entonces oigo algo y tengo que mirar y resulta que la chica se ha tirado contra el viejo y le ha bajado el brazo. El revólver hace un ruido de cojones y la bala levanta tierra cerca de mi pie y eso me hace pegar un brinco. Y caigo a un lado y me meto a toda hostia entre los arbustos y corro como no he corrido en mi vida. Dos disparos más suenan detrás de mí. Del tronco de un pino saltan cachos de corteza. Uno casi se me mete en el ojo.

Pero sigo para adelante y ya no se oye ningún otro disparo. He corrido ya un huevo cuando me veo que la he vuelto a cagar. En lugar de ir a donde tengo la moto, he ido para el otro lado. O creo que para el otro lado, porque en realidad no tengo ni puta idea de dónde estoy. Y volver atrás a por mi moto es algo que no puedo hacer ni de coña, ¿no? Así que no me quedan más huevos que encontrar la carretera y echar a andar hacia el Actioner. Y mientras voy por entre los árboles y los putos arbustos, que se me enganchan a las mangas de la chaqueta y me arañan las manos, buscando el ruido del tráfico, que se oye lejos pero bastante claro en el silencio de la noche, empiezo a darme cuenta de otra cosa.

Y es que ellos van a ver que no he cogido la moto y que voy a tardar la tira. Y van a ver también que el móvil se me ha salido del bolsillo cuando tenía los pantalones bajados. Así que no tengo manera de avisar a Remo. Y seguro que sabiendo eso lo van a intentar otra vez, van a volver a probar su numerito y ahora les va a salir bien, porque la chica de los shorts negros y la chupa de cuero no se va a equivocar dos veces.

Así que, mierda, si quiero salvar a Remo, tengo que ponerme las pilas. Y mientras me doy aire, empiezo a acordarme de la tía aquella, la hija del viejo. Remo casi va a la cárcel por aquello. Como si hubiese sido culpa suya que la tía llevase un cargamento de pastillas y farlopa en las venas. Ya era de las que se veía que iba a acabar jodida sí o sí. Le tocó a Remo igual que le podía haber tocado a otro. Y al fin y al cabo, él tenía más papeletas que ninguno, porque era a él al que la tía no paraba de dar el coñazo, para sacarle droga por la jeta y eso. Porque, como él dice, que una tía se te lleve de vez en cuando al baño y te afile la broca por unos gramos está bien, pero que empiece a buscarte todas las noches, y hasta varias veces la misma noche, al final tan colocada que no sabe ni dónde se la tiene que meter, como si fueras una máquina expendedora estropeada que lo regalase todo, al final se convierte en un coñazo, y es mejor apartarse de esa tía antes de que te complique la vida. Pero una cosa es saberlo y otra es hacerlo, y con esa el pardillo acabó siendo él. Y ¿quién coño le puede echar las culpas a nadie por darle a una tía lo que está pidiendo a todas horas?

Dicen que estaba inconsciente cuando se la folló la última vez, que ya se estaba muriendo y que cualquiera, eso dicen, habría visto que la tenían que llevar al hospital cagando hostias. Pero con una tía así, ¿quién coño nota la diferencia, si cualquier otra noche también acaba pareciendo un puto cadáver?

Así que encuentro la carretera enseguida. Y ahora sí que me tocaría correr de verdad, ir echando el hígado para llegar antes de que la chica de los shorts negros le tire a Remo y lo líe. Y no es que no sepa que Remo no es tonto y eso, y que no se deja liar así de fácil si ve que algo huele mal. No es como yo. Pero de algunas tías es difícil pasar, hasta cuando algo huele mal. Y de todas formas, con Remo es normal. Quiero decir que las tías le entran. Unas veces para sacarse un gramo por la jeta, y otras veces porque es Remo. Y entonces dos faros vienen hacia mí y pienso, joder, tengo que hacer que ese capullo pare y me lleve como sea. Y ya estoy plantado en mitad del carril moviendo los brazos como un histérico cuando se me pasa por la cabeza que ¿y si los del coche son ellos? Sí que haré bien el gilipollas como me vuelvan a trincar por no haberlo pensado antes. Pero el coche pega un frenazo, chirriando y derrapando en el asfalto, y veo que hay tres tíos y cuando me acerco va y resulta que son el Rivas y sus colegas. Justo venían de otra discoteca y ahora mismo iban para el Actioner. Así que digo de puta madre y me monto detrás y el coche arranca y yo tengo que reírles las gracias y hacer como que me lo estoy pasando de puta madre y largarles el cuento de que me había ido allí a la pinada con una tía que me ha dejado tirado después de echar un polvo y partirme el culo cuando ellos se despelotan de mi historia. Hasta tengo que callarme la puta boca cuando a uno, jodido eunuco inflado de pastillas, se le ocurre hacerse el gracioso y decir:

—Coño con el Lino, siempre el mismo pringao.

Porque ni de coña voy a contarles la verdad ni a decirles que tengo que avisar a Remo, porque quiero ser yo quien avise a Remo. Después de lo que he pasado, de no haber follado con la tía de los shorts negros y haber estado a punto de diñarla y toda esa mierda, ni de coña voy a dejar que sea otro gilipollas el que se cuelgue la medalla.

Así que nada más llegar digo que me estoy meando encima y salgo pitando del coche y corro como si me ardieran los pies. El Actioner está más lleno que antes. La pista está apretadísima de peña frotándose y saltando y haciendo el subnormal, y me toca atravesar todo ese campo de capullos para llegar hasta el fondo. Remo no está en la barra. Pero, como siempre, el rincón del final, el más oscuro y apartado del Actioner, está reservado a él y a sus colegas. No es que esté reservado “reservado”, pero todo el mundo allí sabe que ese sitio es para Remo y el que no lo sabe se entera enseguida, y pobre si no se quiere enterar.

Así que voy hasta allí, cruzándome con dos pavas que vuelven a la pista cerrando sus monederos y riendo como retrasadas mentales, y paso por entre el grupo de colegas de Remo que nada más verme empiezan a tocarme los huevos con sus risitas y sus comentarios de “Mira, pero si es el mini—Remo”, y “¿Qué crees que ha hecho, se ha llevado una foto de Remo a la peluquería y ha dicho que lo quería igual?”. Las mierdas de siempre. Solo que esta vez no dejo que me toquen los huevos. Esta vez tengo algo importante que decir a Remo, algo que puede hacer que sea la última vez que me toquen los huevos y que se tengan que empezar a callar la puta boca.

Así que después de que Remo me mire como pasando de mí y me pregunte cuánto quiero y de yo decirle que no vengo por eso, le empiezo a soltar todo de corrido. No me dejo nada, excepto, claro, la parte en que me he puesto a llorar como una nena. Y conforme lo cuento, veo que la cara de Remo va cambiando. Y si normalmente ya tiene una cara fría de cojones, la que se le va poniendo hace que se me pongan por corbata hasta a mí. Cuando acabo, veo cómo junta las manos y cómo los músculos de sus brazos se hinchan, y por no estar callado, digo:

—A lo mejor me rayo, Remo, pero yo creo que lo van a volver a intentar. Que la tía esa va a volver esta misma noche y te va a querer liar como me ha liado a mí.

Los colegas de Remo se han callado como putas. La música estaría cubriendo sus voces, de todas formas, pero yo sé que se han callado como putas.

Y entonces, viéndole la cara, que por la manera en que me mira parece hasta que la culpa de todo la tenga yo, me entra primero un poco de miedo por mí, pero luego me entra más miedo al pensar en otra cosa, y le digo que ya que se lo he contado, ya que he perdido el culo por llegar a tiempo al Actioner y avisarle, tiene que prometerme algo, y es que a la chica no le van a hacer nada. Lo que le hagan al hombre me da igual. Va por ahí queriendo matar a un inocente, todo porque cree que su hija era una santa y que lo que le pasó no se lo había buscado. El tipo se merece lo que se le venga encima. Pero la chica no ha hecho nada malo, aparte de ayudar al viejo. Y seguro que es culpa del viejo, que le ha comido el tarro y le ha convencido de que Remo es un mierda que de verdad merece morir. Y al fin y al cabo, ella me ha salvado la vida. Si hubiese dejado que mataran a un inocente, si se la hubiese sudado, yo ya no estaría entre los vivos ni hubiese podido correr a avisarle. Si se piensa bien, no solo me ha salvado a mí. Nos ha salvado a los dos.

Así que solo le pido por favor que no haga daño a la chica.

Y después de decirle eso, de decírselo más de una vez de varias maneras distintas, él sigue poniendo esa cara que, por lo fría que es, no es lo que uno podría llamar la cara de un tío que está de muy mala hostia, pero de alguna manera es peor que si lo fuera. Una cara que no hace nada por dejarme tranquilo. Así que cuando al fin abre la boca y dice “No te preocupes”, yo me digo que no tengo por qué y hago todo lo que puedo por no estar preocupado, pero me preocupó igual.

Y voy a decir algo más pero ya no me da tiempo, porque Remo se ha levantado y, diciendo a sus colegas que esperen allí, se va hacia la barra.

Al principio me cuesta moverme. No sé si porque no puedo o porque no acabo de querer. Como si esperara que Remo volviese y me dijese algo más o hiciese algo que me dejase más tranquilo. Pero nada de eso va a pasar, así que al final paso otra vez por entre sus colegas, que ahora ya no dicen nada, y quedándome pegado a la pared veo a Remo en la barra. La camarera le acaba de poner una cerveza y él simplemente se queda allí bebiendo como si no tuviese otra cosa que hacer, algo un poco raro en el Actioner, donde quitando el apartado de Remo y sus colegas no hay un solo metro cuadrado en el que alguien pare quieto.

Y ya es una jodida casualidad. Quiero decir que ni cronometrándolo habría salido así. Porque nada más aparto la mirada de Remo y miro al montón de capullos que se restriegan como marranos en la pista cuando veo una cabeza pasar entre las demás y voy y la reconozco a pesar de lo cambiante de las luces y del mogollón y de la música de mierda que ya confunde bastante. Supongo que es porque sin darme cuenta ya la estaba esperando. Lo que me hace pensar, por estúpido que suene, que es como si tuviéramos una especie de conexión. A lo mejor es porque no hace ni a una hora que estábamos a punto de follar, o porque no dejo de darme cuenta de que si sigo fuera del hoyo es solo gracias a ella. No tengo muy claro qué me pasa pero ahora que la vuelvo a ver, y la veo acercándose a la barra igual que se había acercado antes cuando yo estaba allí, para hacer con Remo lo que había hecho conmigo, es como si lo que estaba pasando en la pinada entre ella y yo, por falso que fuera, no se hubiera acabado del todo. Como si algo en mi cabeza no acabase de entender por qué iba ella ahora a ligar con Remo y no conmigo. Y no me parece justo. Estúpido, ¿no? Y a lo

mejor es porque empiezo a pensar que también ha sido así antes. Tendría que haber visto ya que era a Remo a quien buscaba. Y eso, aunque después de todo lo que ha pasado sea una completa gilipollez, hace que me sienta peor.

Porque ahora la estoy viendo, cómo llega a la barra y como quien no quiere la cosa se pone a su lado y le roza con el codo como sin querer y se inclina como para llamar a la camarera cuando lo que busca es que él pueda echar un vistazo al escote en V de su camiseta, y, solo por si aún no se las ha visto bien, nada más pedir su copa, se vuelve un poco hacia él, sin mirarle, y se quita la chupa de cuero y se pasa la mano por el pelo oscuro, poniéndose un mechón detrás de la oreja. Y ahora se gira hacia la pista, y antes de que lo haga yo sé que va a apoyar los codos en la barra, porque en mi cabeza la estoy viendo hacer todas esas cosas antes de que las haga, y sé que va a quedarse ahí enseñando lo que tiene y a esperar a que la camarera le ponga la copa detrás y le diga que ya la tiene ahí y que ella va a hacer como que no oye para que Remo, tocándole el brazo, la avise de que la camarera le está hablando. Y sé y veo todo esto como si yo estuviese ahí, a lo mejor hasta olvidándome de que hace nada que he estado ahí, como si para mí poco a poco estuviese dejando de ser verdad, algo que de verdad ha pasado. Y verme ahí pero saber que no estoy de verdad ahí me jode. Me jode que tenga que ser Remo y no yo.

Así que, sin poder apartar los ojos de lo que mi cabeza ya está viendo, me pongo a pensar en ella.

Era Sara o Laura. ¿Cómo me dijo que se llamaba? Me suena Sara, pero a lo mejor era Laura. No lo sé. ¿Qué coño importa si no sé nada más de ella? Solo que le gusta llevar a tíos a la pinada, y eso, como me tengo que recordar, es mentira, y que está ayudando al viejo a cargarse a Remo, no a mí. Pero ¿por qué lo está ayudando? De eso no tengo ni idea. Pienso que a lo mejor era amiga de la tía que murió,

a lo mejor ella misma le tiene tantas ganas a Remo, como el viejo, porque era una buena amiga. Pero a lo mejor no es nada de eso. A lo mejor es solo una puta que el viejo ha pagado para que saque a Remo de allí y Remo le da tan igual como la hija del viejo porque solo quiere su pasta. A lo mejor es eso.

Pero sea como sea yo la estoy mirando, a Laura, la amiga, o a Sara, la puta, allí con Remo, y me doy cuenta de lo mucho que me gustaría estar otra vez en la pinada. Ni siquiera creo que antes lo hubiese querido tanto. Quiero decir, antes, cuando era yo y no Remo. Y ahora que es él... Joder, ahora veo lo mucho que me gustaría, veo cada cosa que hace, cada cara que pone, como cuando vas drogado y de repente lo ves todo separado y seguido al mismo tiempo. Y creo que se me puede llegar a ir la olla si sigo mirando lo que pasa en la barra. Porque ya da igual que sea todo una mentira. Esa mentira ni siquiera es para mí, porque yo no valgo ni para una mentira, y en el fondo, muy en el fondo de mi sesera, ya lo sabía, ¿no? ¿Podía no saber que en realidad era a Remo a quién se quería follar?

Y ahora que lo veo claro, que no me lo puedo negar porque lo tengo delante de mis putas narices... Joder, ahora es cuando de verdad estoy loco por ella.

Y casi llego a creer que no voy a poder aguantar tanta mierda cuando ella me coge de la mano y mirándome por encima del hombro con esa sonrisa de caliente—pollas sabelotodo se separa de la barra y lo arrastra entre la gente que se restriega bajo las luces vibrantes. Remo se deja llevar. Como lo haría yo. Como ya lo he hecho.

Por un momento, hasta me alegro de lo que le va a pasar. Solo por un momento, porque entonces me acuerdo. Y entonces casi querría, o lo querría sin el “casi”, solo que no me lo quiero reconocer, casi querría no haberle dicho nada

y haber dejado que Sara o Laura nos llevaran hasta el viejo y que el viejo nos hiciera lo que nos tenía hacer.

Pero como digo, eso solo puede durar un momento, y ahora lo único que puedo hacer es seguir a la chica y salir al aparcamiento mal iluminado y verla tirar de mí. Solo que ahora es Remo quien tira de ella y no al revés, tira de ella como si la llevara hacia su coche, pero yo sé que no la lleva hacia su coche porque conozco el coche de Remo y sé que no está en aquel lado del aparcamiento, donde asoma la acequia por entre los cañaverales y donde hay menos luz. Así que me pongo tenso y aunque sigo caminando detrás de ella siento que mi cuerpo no me responde y que todo va mal, porque Remo ha dicho que no le iba a hacer daño pero sin embargo no la está llevando hacia su coche para ir a la pinada, al sitio que ella me dice, y tampoco tiene ningún sentido que los colegas de Remo aparezcan de repente junto a la acequia, como si nos estuviesen esperando. No tiene ningún sentido porque se suponía que estaban dentro y yo desde luego no los he visto salir. Claro que he estado demasiado ocupado mirando lo que había pasado en la barra como para ver ninguna otra cosa. Y ahora sí que no puedo hacer más que fijarme. Ahora sí que no tengo ojos ni cabeza para nada más.

Ya no puedo apartar los ojos cuando los colegas de Remo la están rodeando y dos la sujetan de los brazos y los demás hacen un corro como para que nadie pueda ver bien desde el aparcamiento lo que está pasando, pero el corro deja los suficientes huecos como para que yo pueda saber lo que está pasando y entrever cómo Remo, ahora enfrente de Laura, mueve el brazo adelante y atrás muy rápido, como si tirase de un cordel para poner un motor en marcha, y las piernas de Sara se aflojan y las rodillas se doblan un poco y si no cae es porque las cuatro manos la están sujetando y del corro también la golpean y acercan sus cabezas para escu-

pir y para volver a golpear en el pecho o en la cara, que yo imagino ya llena de sangre. Y aún así las piernas se me han agarrotado y noto como un torniquete en la garganta que no me deja gritar, ni siquiera cuando entreveo la mano, que hubiese sido la mía, subir desde la cintura de Remo hasta la altura del cuello, y lo que parece la cabeza de Laura se levanta y se echa hacia atrás y se sacude una última vez y un rayo de luna se cuele en el corro y me enseña la mancha que va creciendo hacia abajo por su camiseta y, entonces sí, la dejan caer, o mejor dicho tiran el cuerpo de Sara a la acequia, al mismo tiempo que oigo un grito enloquecido. Un grito que podría ser el mío pero no lo es, porque de hecho mi cabeza, como la de todos los del corro, se está girando hacia el lugar de donde viene, y descubro al viejo del chubasquero en mitad del aparcamiento, justo cuando su revólver empieza escupir fuego.

Y como siguiendo las balas, mi cabeza se vuelve hacia el grupo y veo a dos de los colegas de Remo caer al suelo. Uno se retuerce, apretándose el muslo con las manos. El otro ya no hace nada. El arma sigue soltando balas y otro que se había dado la vuelta para escapar se encoge de repente y se lanza en plancha dentro de la acequia. Y aunque el viejo sigue disparando sin apuntar, a lo loco, los otros ya se han desperdigado. Los colegas que no se han comido ninguna bala corren de vuelta al Actioner, pero Remo, que es más listo y sabe que la cosa va con él, corre un trecho al borde de la acequia y toma impulso y salta los dos metros de ancho y se hunde entre las cañas.

Entonces el viejo me pasa por al lado. Veo que va detrás de Remo y sé lo que va a hacer. Ya lo estoy viendo. Porque se ve que va a querer pasar también al otro lado de la acequia pero que, como está viejo y eso, no va a poder saltar, y que va a tener que bajar y mojarse hasta las rodillas y auparse para salir, y luego entrará en el cañaveral y ni de coña

va encontrar a Remo ahí dentro. Pero para entonces yo ya me puedo mover. Y dejo al viejo a lo suyo, porque yo sé mejor que él lo que hay que hacer y sé lo que piensa hacer Remo, porque es lo que yo haría. Así que, en vez de seguir al viejo o de entrar en el cañaveral, lo que hago es rodearlo, saliendo del aparcamiento por el lado de la playa y subiendo a las dunas que separan el cañaveral de la arena y del mar. Solo que antes de subir a las dunas he agarrado una buena piedra del suelo.

Y corriendo arriba y abajo por encima de las dunas puedo ver las puntas de las cañas, y veo el agitar que se va moviendo por lo alto del cañaveral, y viendo hacia donde va sé por donde saldrá Remo a las dunas. Así que corro más deprisa y casi ni me fijo en ese otro movimiento que, por detrás del suyo, sacude también las cañas.

HOLLYWOOD FOR EVER

CECILIA RÍOS

En la esquina de mi casa hay un bar viejo y desprolijo, con tres altas puertas que de vez en cuando, sus dueños pintan de color salmón. Se llama Hollywood, pero no tiene su nombre estampado en la fachada ni hay un cartel de neón sobresaliendo la pared, ni siquiera una lata de refresco que lo indique. El letrero aparece, con letras desvaídas por las incontables frituras, encima del horno.

No es un lugar agradable y sus mozos carecen de simpatía. No tiene espejos donde mirarse de reojo y los baños se ubican en un lugar desconocido e invisible. Su virtud es estar siempre abierto. De día y noche, con viento o lluvia, salud o enfermedad, el Hollywood ostenta siempre sus puertas abiertas y sus luces encendidas. Los días de paro general, los de desengaño, los cinco feriados y los de duelo nacional pasan indiferentes para el bar de esta esquina. No le afectan las alternativas de la luna ni del dólar. Le tienen sin cuidado los crímenes, el secuestro de adolescentes, los conflictos sociales y las rencillas internas de los partidos políticos. Nunca se definió por uno u otro cuadro de fútbol. No se ven en sus paredes fotos de Gardel, Julio Sosa o el Mariscal. Si la trata de blancas y la huelga de policías fueron temas de discusión y consulta entre sus sucias paredes, nada de eso dejó hue-

lla. Hace un tiempo, sus dueños cambiaron las viejas sillas de madera cascada por otras, pequeñas y rectangulares, de madera clara. Los clientes no se sintieron afectados, la noticia no salió en los diarios, y todos acuden, fieles al horrible mobiliario.

Mirado desde la altura de la felicidad, allá abajo brilla el Hollywood. Si la perspectiva es la solitaria noche de la decepción, sus luces se ven desde un costado, de atrás, tal vez de frente. Lejos del sueño o la pesadilla, más allá de amores y olvidos, dolores y reencuentros, hay siempre un parroquiano acodado en su ventana. A veces es solo el mozo mirando la calle desierta.

Recuerdo esa imagen, la del mozo mirando por la ventana, y me pregunto si es impersonal esa figura inmóvil tras el vidrio, o es la del hombre que conocí aquella tarde, cuando crucé al fin la calle y entré al bar. Todo había empezado tres días antes.

—Bajo a comprar fósforos —dijo Gerardo mientras sonaban las campanitas de la puerta.

Era domingo. Habíamos terminado el almuerzo y la tarde se presentaba larga y sin perspectivas. Por algún motivo que no lograba identificar, ya no practicábamos aquellas siestas eróticas de fin de semana que tanto nos gustaban cuando nos conocimos. Me disponía a lavar los platos. Comencé a juntarlos, pero la pereza pudo más y abandoné sobre la mesa la pequeña pirámide de platos, platillos y cubiertos. Fui hasta la ventana. Era un día húmedo, frío y gris. Pensé que en unos segundos lo vería cruzar la calle, entrar al bar, hablar con el cajero. Así fue. Pero después de guardar en el bolsillo la cajita y el vuelto, no fue hacia la puerta de salida. Dando tres pasos hacia la izquierda, descolgó el tubo del teléfono público. No sé bien por qué, busqué su número y disqué. Daba ocupado, y corté antes de que el sistema le avisase que tenía una llamada en espera.

Volví a la ventana y él seguía allí, encorvado en el rincón del bar, tapándose con una mano la oreja izquierda, escuchando o hablando sin gesticular, absorto mientras mis ojos, desde la altura, adivinaban sus palabras. Cuando lo vi cruzar la calle hacia nuestra casa, volví a llamar. Ella me atendió, y envié un mensaje de llamada por error.

Esa noche, mientras él dormía, descubrí en su cuello un pequeño rasguño. Encendí la luz y lo observé durante un buen rato. Era una línea pequeña y rosada— reciente, pensé— tan delgada como un pelo y tan arqueada como para haber sido causada por una mano de mujer.

Lunes de mañana.

Entré al baño donde terminaba de peinarse. Siempre me gustó verlo en el espejo mientras se palpaba el cuello, las orejas, para sacarse los pelitos que se escapaban de la afeitadora.

—¿Dónde? —preguntó alarmado, mientras su mano ciega buscaba la marca delatora que no veía.

—Fue la afeitadora —concluyó, enjuagándose las manos.

Lo miré de reojo, torciendo la cabeza, para que no pensara que era estúpida, y le dije:

—Qué afeitadora de porquería.

Había sido mi regalo de Navidad dos años atrás, y cualquier comentario en su contra sería una agresión hacia mí.

—Es muy buena —contestó con calma, acariciándose el mentón reluciente por la loción aftershave— lo que pasa es que ya está vieja.

Esa breve frase logró descomponer el buen comienzo del día.

Miró por la ventana a lo lejos, como si recordase algo triste. Resignado a cumplir con su rutina, se terminó de vestir y con un amable y cariñoso beso se fue a trabajar. Lo vi

cruzar la calle y entrar al Hollywood, del que salió rápidamente, guardando los cigarrillos en el bolsillo del saco. “La llamaré después”, pensé.

Lunes de tarde.

Limpié los vidrios de las ventanas. Es una de mis tareas favoritas. Me encanta verlos brillar al sol y me gusta que la gente se asombre ante su transparencia.

Si comentan que parece que no hubiese vidrios, por lo limpios que están, me siento en la gloria. Es exactamente lo que espero cuando me dedico a ellos con tanta devoción. También me gusta que me miren desde el edificio de enfrente mientras me esfuerzo en alcanzar los ángulos más lejanos de la superficie exterior. Algunos me hacen señas para que tenga cuidado, porque temen que me caiga. Me divierte asustarlos.

Gerardo me dijo que en el bar le comentaron mis locuras. “Su mujer se va a caer de allí arriba algún día”, le dijeron.

—¿A quién le importa que estén tan limpios los vidrios?—me preguntó—. Casi todo el mundo los limpia cada tres o cuatro meses.

Recordaba esas palabras mientras pasaba el papel de diario en la ventana del living. “¿Así que del bar me miran?” pensé. “Si quieren mirar, que vean algo interesante”. Me cambié el equipo deportivo por un short apretado y una camiseta corta, y me trepé a la escalera.

Tuve éxito. Al poco rato vi que dos tipos sentados junto al ventanal del Hollywood miraban hacia mí (me di cuenta porque el que estaba de espaldas torcía la cabeza) y desde la puerta hacían lo mismo los mozos, como pingüinos con sus casacas blancas y los brazos cruzados atrás. Les ofrecí un rato más de espectáculo y después bajé.

Lunes de noche.

A las ocho me llamó para decirme que llegaría tarde. “Unos amigos de la juventud, de toda la vida”, dijo. Era maravilloso encontrarlos después de tantos años.

—¿Cómo se llaman?

—El Gallego Gómez, Alejandro Pérez, Panchito. Hicimos todo el liceo juntos.

Me quedé pensando en la extraña coincidencia de haberlos encontrado a los tres el mismo día, después de tanto tiempo. Me entretuve leyendo el reverso de sus fotos de adolescencia. En ninguna de ellas figuraba nadie de apellido Gómez, ni Pérez, ni había un solo Francisco. La llamé y la voz extraterrestre de la operadora me informó que el teléfono estaba— momentáneamente— apagado o fuera del área de cobertura.

Cuando llegó me hice la dormida. Fue al baño, y me pareció que demoraba mucho enjabonándose las manos. Llegó a la cama en puntas de pie y se acostó. Me acerqué suavemente para percibir su olor, pero la penetrante huella del jabón había borrado todo otro posible aroma.

Martes de mañana.

Se levantó muy locuaz. Me contó con detalle una discusión que tuvo con su jefe la tarde anterior, mientras caminaba enérgicamente de punta a punta de la cocina. Yo bebí mi café con leche en silencio: él movía las manos de una forma que siempre me llamó la atención. Era la forma en que ella lo hacía. “Se le han pegado sus gestos” pensé, y sentí un poco de miedo. Entonces dijo “patidifuso”. Solo una vez en la vida había oído esa palabra, y había tenido que verificar su existencia en el diccionario. Ella había sido quien la pro-

nunciara, aun antes que Almodóvar. Esa horrible palabra me quitó todas las dudas.

Esa mañana sí habló por teléfono desde el bar unos diez minutos. Tuve el impulso de bajar corriendo y preguntarle por qué me hacía eso, pero me quedé inmóvil, con la frente contra el vidrio transparente, donde quedó la marca de mi respiración. Me distrajo la gente que entraba y salía del Hollywood. ¡Si pudiera confirmar la índole de sus conversaciones! Resolví hablar con el mozo del bar.

Martes de tarde.

Me senté en una mesa del fondo y miré con insistencia al más joven de ellos. Pensé que sería más inexperto, menos sabio, más propenso a ayudarme, a decirme la verdad. Cuando se acercó lo recibí con la mirada más implorante que pude. Desde su altura, vi que miraba mis tetas.

—No sé cómo decirle...

—¿Le traigo un cafecito, y conversamos un poco?

Mientras procuraba el café y el permiso para sentarse conmigo me desprendí discretamente un botón más de la blusa. Me maldije por no haberme puesto la camisa blanca, casi transparente. De todas formas, estar un poco más gorda me ayudó, porque la blusa me ajusta más los pechos. A tipos como él, la ranura ovalada que deja ver una línea de carne entre los botones tirantes les resulta irresistible. Me moví en la silla para que la pollera se subiese un poco más.

—¿En qué puedo servirla, señora?

Su tono que no era inocente ni estúpido, y sabía que, sentada allí, sería yo presa suya y no él de mí. No vio ni oyó nada, nunca notó nada especial, aunque identificaba a Gerardo. Resolví no avanzar mucho con el juego. Después de todo, solo tenía sospechas y no quería involucrarme con un desconocido que además era un mozo del bar frente a

mi casa. Me dijo que al día siguiente salía del trabajo a las cuatro, y que durante su turno estaría atento a las conversaciones que pudiera tener mi marido desde el bar. “No se me va a escapar nada, quédese tranquila”, me dijo con picardía y serenidad. Me fui sin dejarle propina. Había conseguido lo que quería, pero no estaba satisfecha. Es desagradable tener que hacer ese tipo de cosas.

Martes de noche.

A la hora de la cena me perfumé, me puse ropa interior seductora, y esas cosas. Él me acarició con su dedo mayor un hombro y dijo que estaba muy linda. Encendió la luz de arriba, colocó las velas en una punta de la mesa y desparrramó carpetas con papeles sobre el mantel de hilo de las ocasiones especiales.

—No tengo hambre —dijo, cuando le comuniqué el menú especial que había preparado—. Guardalo en el freezer, para otra ocasión. ¿Podrías cambiar de música, que esa tan new age me pone somnoliento, y tengo que terminar este informe?

Me fui a la cama sin cenar. Las lágrimas dificultaron la labor de las toallitas desmaquilladoras, y el marrón de la base ensució mi mejor chalina. Pensé preguntarle por ella, o armar un escándalo, pero a esa hora de la noche yo también tenía sueño, y no lo hice.

Miércoles de mañana.

En la peluquería me encontré con mi amiga María Rosa. Me vio desmejorada.

—Todo esto me tiene muy mal —le confesé.

—No es para menos. Siempre la interesada es la última en enterarse.

—Son todos iguales —concluyó la peluquera, pero no me resultó convincente, porque la muestra del universo masculino que ella había conocido era a todas luces insuficiente y poco significativa.

Caminé largas horas por la ciudad, mirando sin ver las vidrieras multicolores de la primavera, sin saber qué hacer. Cuando volví a casa, vi por la ventana que el mozo del bar —Carlos, podía llamarlo, ahora que lo conocía— salía a la puerta a cada rato, y miraba hacia mí. No me dejé ver, un poco avergonzada por habermele insinuado con tanto descaro.

Miércoles de tarde.

La llamé y le dije que la visitaría en un par de horas. Se sorprendió, pero se mostró muy amable. Llamé luego a Carlos, el mozo, que pareció no creer que fuese yo. Nos pusimos de acuerdo para charlar un rato, en otro bar un par de cuadras hacia el centro. Me pinté los labios de rojo y me vestí como una puta, aunque tuve la precaución de cubrirme con la gabardina. Quería impresionarlo al quitármela para sentarme a la mesa, porque no deseaba perder tiempo en la conversación. Tal vez tuvo la misma idea, porque terminamos en un hotel a una cuadra de allí. Quiso demostrarme que era un gran macho, pero aquel era mi día. Sin sacarme las medias caladas, lo empujé sobre la cama y me senté encima suyo. Le hundí las uñas en los brazos para que no me tocara.

—Después —le dije—. Ahora mando yo.

Me moví sobre él con energía, sin emitir ningún jadeo, ninguna palabra. Me miró un rato con fijeza, como si no entendiera lo que pasaba. No opuso resistencia, aunque parecía sorprendido. Antes de lo esperado le subió un calor desde los huesos, a la altura de los muslos, y lo sentí derre-

tirse, apretado entre mis piernas. Había ganado. Fue maravilloso. Me miró con algo de resentimiento. Habría querido sentirme doblegada bajo suyo, pero lo conformé diciéndole que eso era solo el principio. Sonrió con los ojos cerrados y se durmió.

Salí sin hacer ruido. Pagué una hora más al conserje, y le dije que lo dejara dormir. En el taxi me retoqué el maquillaje. Suavicé un poco los tonos, para lograr un efecto más respetable.

Ella abrió la puerta con una sonrisa. Cuando arqueó sus brazos para saludarme, le hundí el revólver en las costillas. Intentó defenderse, pero la rapidez de mi ataque no se lo permitió. Disparé sin pensar, y corrí a encender el equipo de audio, para tapar sus gemidos. Quedó inmóvil boca arriba, mientras su oscura sangre se extendía sobre la alfombra. Me pregunté qué le había visto Gerardo, aparte de ese largo pelo rubio teñido y enrulado. No tuve pena por ella: en mi lugar, habría hecho lo mismo. No puede evitar una sonrisa de triunfo cuando salí del edificio. Nadie me vio, nadie me conoce. Nunca estuve allí, y si alguien sospecha de mí, pasé la tarde con el mozo del Hollywood.

Jueves de mañana.

Me llamó desde la oficina, muy alterado, para contarme lo que había pasado.

“No lo puedo creer, te juro, no puedo”, decía una y otra vez. “Pobre...” apenas alcanzaba a articular yo, en los escasos silencios de su charla desesperada y confusa.

Final

Estuvo una semana lloroso y ensimismado. Hablaba sin cesar del caso, y compró todos los diarios durante los tres

o cuatro días que hablaron de ella. Yo seguí limpiando los vidrios, y para no entristecerme imaginaba la revancha del mozo, si alguna vez volvía a encontrarlo.

Al poco tiempo todo volvió a la normalidad. Por las tardes, cuando no da el sol, descorro las cortinas para que entre la luz un rato más. Miro entonces las ventanas rosáceas del bar, la gente que entra y sale. Todo allí se mueve como si estuviera en constante cambio. Sin embargo, sé que este asunto no le dejó ninguna marca. Solo la lluvia que golpea sus ventanas y el hollín que ensucia sus paredes provocan efectos destructores; la muerte, la traición y el olvido le son tan desconocidos y ajenos como antes. Hay siempre un parroquiano acodado en la ventana. A veces es solo el mozo mirando la calle desierta.

EL PUÑAL DE CARAVAGGIO

KIKE FERRARI

“A única coisa que aprendi nesses anos todos é que em crime de morte só há duas motivações. Sexo e poder. Só se mata por dinheiro ou por boceta ou as duas coisas juntas. Assim é o mundo”

Rubem Fonseca

Se sienta en la cocina.

—Hola —dice y abre el diario en el suplemento deportivo.

Locomotora Castro por KO en el tercero.

Independiente recibe a River por el partido de vuelta de los octavos de final de la Supercopa.

Traverso hizo el mejor tiempo en el Gálvez.

Después policiales, claro.

Rita le acerca un café y vuelve a la mesada de la cocina. La mira irse. El pelo atado sobre la nuca, ese culo precioso y acogedor que por meses fue deseo, después por años solaz y ahora bronca y traición.

Cómo no me di cuenta antes, piensa.

Cómo.

—¿Los chicos? —pregunta por inercia. Sabe que ya se fueron a la escuela y están solos.

—Es miércoles, tienen inglés. Esta tarde los busca el micro.

Los chicos te están salvando la vida, piensa Rubén. No los puedo dejar sin mamá, te necesitan viva. Y yo no puedo vivir sin ellos, así que no podemos separarnos. Sólo queda una salida.

Y el diario no me da nada.

—¿Querés unas tostadas? —pregunta Rita aún de espaldas, el culo precioso mantenido a fuerza de pilates.

—Bueno —ni siquiera baja el diario.

Lee.

Un crimen pasional en González Catán.

Dos pibes baleados en el Gran Rosario. Ajuste de cuentas y zona liberada policial.

Tráfico y peleas por el territorio. Tres muertos en la Uno Once Catorce.

Nada. Hace días que busca y no encuentra nada. Y cada día que pasa...

Las manos de Rita se cruzan dejando un tarrito entre el diario y Rubén.

—Ahí tenés mermelada, si querés —dice.

Rubén se queda con la mirada en las manos y las sigue. Recuerda la primera vez que vio a Vicki, su carita redonda entre los dedos delgados de Rita. Recuda esos dedos entrelazados con los suyos, gordos y ásperos, en el Parque Lezama una tarde de domingo. Piensa en las maravillas que le hicieron esas manos.

Pero ahora. Con esas mismas manos...

Putá, piensa. Puta de mierda.

Cómo no me di cuenta antes. Cómo. Estaban ahí las señales. Justo a él se le escaparon. Cómo puede ser. Justo a él que labura de detectar la traición. Y eliminarla.

En todos los matrimonios pasa, le dijeron los muchachos. No te preocupes.

Manga de forros. Cornudos. ¿Los cuernos son lo que pasa en todos los matrimonios? A todos los matrimonios en los que la mujer es una puta de mierda, les pasa.

Cómo no lo vi, piensa.

Ahora no, que estoy transpirada. Ahora no, que me acabo de bañar. Ahora no, que los chicos están despiertos. Ahora no, que se acaban de dormir. Ahora no, que tengo sueño. Ahora no, que no me lavé los dientes. Ahora no, que los chicos se están por despertar.

Ahora no.

No.

Puta.

Puta de mierda.

Vuelve a la lectura.

Conductor borracho atropella a un niño de siete años y huye.

Presunto suicidio en la estación Flores del Sarmiento.

Dos muertos en un asalto en Boulogne.

Nada. Ya tiene la idea, pero le falta el factor externo. Y, sin eso, no puede laburar.

—¿Qué lees: Policiales o Deportes? —ríe Rita del viejo chiste que está entre ellos desde que se conocieron—. Tené —agrega y le alcanza el cuchillo para la mermelada.

Rubén lo mira y sonrío, también, detrás del diario.

Piensa: cuchillo.

Cada uno tiene su método. A él le gusta trabajar solo y con lo que le ofrece la realidad, con lo que está sucediendo. Que sea la gran exposición lo que le sirva de camuflaje. Como un cazador que dispara al mismo tiempo que estalla un trueno, para que los dos ruidos se confundan en uno. Hay cosas que ya sabe, aunque le falten otras. Aunque le falte el componente principal. Es cuestión de esperar. Como un cazador.

—No creas, estuve leyendo otras cosas, ¿sabés? —dice.

—¿En serio? —contesta ella—, ¿al final descubriste que hay algo más que crímenes y el resultado de Boca?

Rubén traga saliva. No, no hay nada más, piensa. Vos, los chicos. El laburo con Peralta. Los deportes que me distraen y el resto es parte del trabajo. No leo crímenes, miro mis negocios. ¿Cómo creés que te pago los gustos? ¿De dónde pensás que sale el filo para las exposiciones a las que te gusta ir, para los posgrados en Literatura Contemporánea en la Facultad de mi Garcha, para las putas clases de pilates que te dejan precioso ese culo acogedor aunque ya nunca para mí porque últimamente siempre es ahora no? ¿Cómo creés que gana la guita un tipo como yo, que sólo lee las páginas de crímenes y las de deportes? ¿Qué creés que hago en el Sindicato, a ver?

Pero qué sabrás vos, piensa. Qué sabrá de mí, esta hija de puta. Tantos años juntos para que no me conozca. Para que no sepa nada.

¿Y yo?, duda de pronto Rubén, ¿qué sé de ella?

Que se coge a otro, sé.

Sacude la cabeza.

Pero hice el esfuerzo, eh, piensa. Estuve ocupándome de otras cosas. Tus monografías sobre literatura, por ejemplo. Tu reciente interés por la pintura.

Rubén mira el cuchillo para untar la mermelada en su mano. Sonríe de nuevo.

Putas de mierda, piensa.

—¿Te cuento una? —pregunta —Hay un pintor, Caravaggio se llamaba el fulano...

Hace una pausa para ver el efecto de sus palabras en la cara de ella. Ve asombro.

Y es que por primera vez en los últimos años el marido de Rita acaba de sorprenderla. Entonces piensa inmediatamente en la muestra de Caravaggio que fue a ver el mes pasado con Itsvan y el miedo se apodera de ella por un instante. Pero en seguida decide que no. Debe ser una casualidad. Él

no puede saber. Si supiera, algo hubiera pasado. Claro que no, qué va a saber. Siempre preocupado con el trabajo y los deportes. Nunca le prestó atención ni a ella ni a sus cosas. Menos va a saber eso.

—Bueno, resulta que el tal Caravaggio llevaba siempre un puñal en la cintura y en la hoja tenía grabada la frase *sin miedo y sin esperanza*. ¿Qué te parece?

Rubén la mira fijo. Paladea el momento. Sabe que en este mismo instante ella está dudando.

—Ni miedo ni esperanza. Nada. Interesante, ¿no? —juega con el cuchillito entre los dedos—. El puñal de Caravaggio...

Unta finalmente una tostada. Vuelve al diario por un momento.

Vecinos de Berazategui linchan a supuesto abusador de menores.

Grupo comando roba el Banco Nación de la Plata: 8 millones de pesos.

El siguiente titular captura su atención. Ahí está, piensa. Lo encontré.

—¿Te cuento otra cosa que leí por ahí? —dice repentinamente entusiasmado, mientras lee el artículo en diagonal.

A las seis treinta de esta mañana personal de la policía de Ramos Mejía... junto a su automóvil, reconocido comerciante de arte... hipótesis policiales van desde la droga hasta... manos y pies atados con precintos y la boca tapada con cinta adhesiva... un disparo de grueso calibre, presumiblemente .45, en la nuca.

—Sí, claro — la voz de Rita es un tango bailado por el temor y la curiosidad.

—Esta me dejó pensando. Escuchá. Según Ed McBain seudónimo del escritor italo-norteamericano Salvatore Lombino, uno de los mayores exponentes de lo que se dio en llamar la novela de procedimientos reales de investigación, hay sólo dos razones para matar; —dice citando textualmente y de memoria el trabajo titulado **Razones y motivaciones: del jarrón veneciano al callejón, un recorri-**

do por los móviles criminales desde la novela de intriga al genero negro que Rita publicó unos meses atrás y le dedicó a Itsvan, cuando empezaron a verse —como le hace decir al detective Hawes, uno de los personajes de su serie sobre el Distrito 87, en su novela *Trampas: “amor o dinero: son los únicos móviles que existen”*.

Ahora parecen no quedar dudas. Rita tiembla, navegando entre la sorpresa, el miedo, la confusión y el halago. Su marido sabe. Sabe y no hay gritos. Nunca hubiera pensado que fuera a reaccionar así. Quiere decir algo pero él sigue hablando.

—Y yo pensaba que si esto es así la mejor manera de ocultar un asesinato por amor, sería que parezca provocado por guita, ¿no?

—No sé —dice Rita, cada vez más confundida, y se levanta de la mesa —no lo había pensado...

Rubén ya puede ver los titulares del día siguiente.

Mafia de las Pinturas: otro galerista asesinado.

Imagina la nota mencionando los paralelos entre los dos crímenes, las hipótesis periodísticas acerca de tráfico de arte o falsificaciones, la mención de que ambos crímenes tuvieron un mismo modus operandi.

—Mirá vos —dice—, hubiera jurado que era un tema que te interesaba.

Decide que —además de los precintos en manos y pies, la cinta adhesiva en la boca y el tiro en la nuca— le va a dejar en algún bolsillo un papelito que diga *sin miedo y sin esperanza*, para que a ella no le queden dudas. Y de paso reforzar la idea del móvil artístico.

Quizá ahora empieces a entender a qué clase de hombre tenés al lado. Quizá te enteres de lo que soy capaz.

—Sí —balbucea Rita—, teóricamente me importa pero...

—Claro, los crímenes teóricos ¿no? Yo porque leo siempre el suplemento policial del diario... —hace una pausa en

la que espera que ate cabos. —Capaz vos podrías empezar a hacerlo. Se aprenden cosas, también ahí.

Y tira sobre la mesa el diario abierto en el titular que le llamó la atención: *Crimen mafioso en Olivos: asesinan a dueño de una galería de arte.*

—Oíme, Oso... —intenta Rita.

Él siente la frase como una puñalada entre las costillas. Una muerte dulce. Cuánto hacía que no me llamaba así, piensa.

Sin esperanza, se repite, sin miedo.

—Oíme... —vuelve a decir la mujer. Pero él ya se levantó de la mesa mirando ostensiblemente el reloj de la pared.

—Ahora no, hablamos a la noche. Hoy tengo algunas cosas que hacer.

Piensa que todavía tiene que pasar por la ferretería a comprar precintos y cinta adhesiva, piensa, e ir a buscar la .45, que quedó en la oficina.

Camino a la puerta la besa apenas sobre los labios.

—Vuelvo tarde, eh —dice después.

